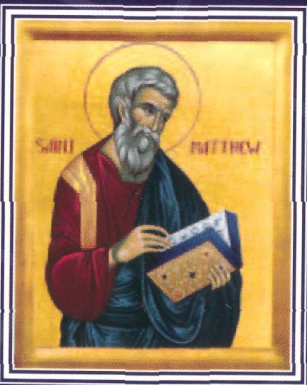


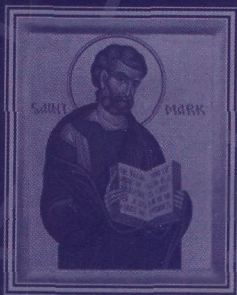
José Cristo Rey García Paredes

AL RITMO DE LA PALABRA

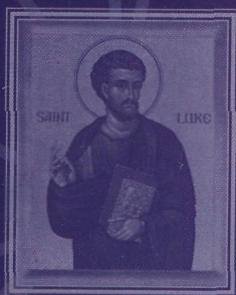
Comentarios a las lecturas del Domingo
Ciclo A



Ciclo
A



Ciclo
B



Ciclo
C

José Cristo Rey García Paredes

AL RITMO DE LA PALABRA

**Comentarios a las lecturas del Domingo
Ciclo A**

“El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prision y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio o procedimiento, comprendida la reprografía y el tratamiento informático, sin la preceptiva autorización”

© Publicaciones Claretianas, 2007

Juan Álvarez Mendizábal, 65 dpdo, 3º
28008 Madrid

Administración: Carlos Iglesias

Teléf.: 915 401 268

Fax: 915 400 066

Internet: <http://www.publicacionesclaretianas.com>

E-Mail: publicaciones@claret.org

ISBN: 978-84-7966-316-2

Depósito Legal: M-44815-2007

Impreso en España - Printed in Spain

Correcciones: Ruth Guerrero

Maquetación: José Luis Mancho

Imprime: Estugraf, S.L.

CONTENIDO

Tiempo de Adviento	11
Tiempo de Navidad	29
Tiempo de Cuaresma	55
Tiempo de Pascua	85
Fiestas	127
Tiempo Ordinario	139

Nunca agradeceremos suficientemente a la madre Iglesia el gran regalo del Año Litúrgico. En su fantasía, estimulada por el Espíritu, la Iglesia ha ido diseñando —a lo largo de su larga historia— un camino de espiritualidad, adaptado perfectamente al curso del tiempo.

No solo celebra la Eucaristía cada día, cada domingo. La Iglesia contempla el misterio eucarístico desde la policromía de los diferentes tiempos, de las más diversas memorias, desde las interpelaciones más novedosas del presente.

El año litúrgico es una sabia estructura de “lectio divina” —lectura consecutiva de la Palabra de Dios—. A lo largo de cada año recorreremos todo el Misterio de la Salvación. A lo largo de tres ciclos proclamamos una gran síntesis de la Palabra de Dios, primera y definitiva Alianza.

Ofrezco en este volumen mis comentarios a la Palabra de Dios de todos los domingos del ciclo A. Ellos intentan ser un humilde subsidio para que la Palabra resuene en el corazón, sea contemplada por la mirada interior, conmueva todos nuestros resortes personales y suscite en nosotros respuestas creativas.

Visto en su conjunto este recorrido de todo el año litúrgico, descubro la sabiduría del Espíritu guiando a su Iglesia y a cada uno de nosotros dentro de ella. Quien acuda, cada domingo, con hambre y sed, a la celebración de la Palabra eucarística, descubrirá cómo renace en él o ella su identidad cristiana, misionera y profética. Percibirá cómo el Espíritu nos instruye internamente.

El año litúrgico es el camino de espiritualidad común, compartido por todos los miembros del Pueblo de Dios. Todos juntos, al ritmo de la Palabra y de la Entrega del Cuerpo y la Sangre de Jesús, podemos llegar muy lejos... hasta lo imprevisible.

A quien descubra la fascinación de la Palabra de Dios, le resultará muy difícil no volverse domingo-adicto y sentirá —no se sabe cuánto— cualquier legítima ausencia de la Asamblea dominical.

TIEMPO DE ADVIENTO

Comienza nuestro tiempo sagrado de Adviento y con él nuestro nuevo Año de Gracia. Durante cuatro semanas seremos instruidos por el Espíritu en el arte de la Esperanza.

Cada domingo nos ayudará a crecer en esperanza. El primer domingo nos inquieta con esta pregunta: ¿Hay que esperar a Alguien? El segundo domingo nos invita a entrar en el “bautismo de esperanza” y a dejar que ella se apodere de nosotros. El tercer domingo nos indica “el camino acertado” y nos muestra cómo la paciencia es forma de esperanza. El cuarto domingo nos pide que seamos “guardianes de la Esperanza”.

Este tiempo litúrgico nos ofrece una pedagogía para iniciarnos en la espera y el deseo.

¿HAY QUE ESPERAR A ALGUIEN?

Is 2,1-5

Rm 13,11-14a

Mt 24,37-44

Estamos en vela cuando esperamos algo, a alguien, también cuando nos tememos algo; o cuando queremos que no se nos pase un acontecimiento previsible. Vemos esta actitud ante las puertas de salida de los aeropuertos, de las estaciones de autobuses; o cuando llega la hora de un programa que nos interesa... Así mismo esperamos grandes acontecimientos que se anuncian con la suficiente antelación.

Quien espera centra su atención, hace lo posible por no perder la oportunidad que se le brinda. Mantiene dentro de sí una cierta tensión. Ésta se relaja cuando se produce el encuentro, cuando llega lo esperado.

¿Esperamos algo?

El problema que hoy nos acucia es cómo alentar y despertar nuestras esperanzas religiosas. ¿Esperamos al-

go de Dios? ¿Hay en nosotros alguna secreta esperanza de que algo grande, extraordinario, para nosotros y la humanidad pueda acontecer?

Jesús quería inculcar en sus discípulos una actitud de esperanza y de alerta ante la imprevisible llegada del Hijo del hombre: “estad también vosotros preparados, porque a la hora que menos penséis viene el Hijo del hombre”. En el mismo Evangelio de hoy se identifica la venida del Hijo del hombre con la llegada de nuestro Señor.

En su pedagogía, Jesús utiliza imágenes que sirvan para alentar la esperanza y mantener alerta: la llegada imprevista del diluvio en tiempos de Noé o el asalto imprevisto de la casa por un ladrón, cuando es de noche. Hoy podríamos hablar de un atentado cuya preparación no han detectado las fuerzas de seguridad, o de un terremoto que los aparatos de medición sísmica no han logrado registrar.

¿Por qué “esperar al Hijo del hombre”?

Es ésta una vieja historia. Los profetas de Israel no podían pactar con las situaciones que les tocaba vivir. Denunciaban todo aquello que no respondía al proyecto originario de Dios: las injusticias, las violencias, las exclusiones. Lo vemos en la primera lectura de este domingo: Isaías presenta una visión de Judá y Jerusalén que nada tiene que ver con la realidad de ese momento. Pero le ha sido dado ver lo que ocurrirá al final de los días: “Al final de los días estará firme el monte de la casa del Señor”. Judá y Jerusalén se convertirán en el punto focal de toda la tierra, en el lugar de encuentro, de pacificación, de justicia.

La imagen profético-apocalíptica del Hijo del hombre —propia del profeta Daniel— va en la misma dirección, aunque la perspectiva es mucho más universal o mundial. El Hijo del hombre es el poder alternativo a los poderes maléficos que dirigen la historia de los pueblos. Es el símbolo del poder humanizador, que actúa en nombre de Dios y hace llegar a la tierra la justicia salvadora de Dios.

¿Por qué esperar al Hijo del hombre? Pues porque, si queremos que las cosas marchen de otra manera en esta tierra, Él es la solución que Dios nos ofrece. Ya se ha demostrado que cualquier otro intento de solución es insuficiente; al fin y al cabo, el mal se hace con las riendas de la historia y sus agentes dominan las situaciones.

Ahora la cuestión es ver si el Hijo del hombre merece nuestra confianza, nuestra fe absoluta. Y si, además, creemos que la figura del Hijo del hombre se cumplió en Jesús, nuestro Señor, ¿merece Jesús nuestra confianza como liberador, instaurador de la humanidad soñada?

¡Daos cuenta del momento en que vivís!

El tiempo de Adviento quiere despertar nuestra fe, nuestra esperanza, aquella que nos viene de nuestra opción vital por Jesús. Creemos en Él. Sabemos que desde Él llegará la salvación al mundo, a cada generación humana, a cada persona. Jesús viene a nosotros. Sigue viniendo cada día. Nos envía su Espíritu y en su Espíritu Él nos comunica su Palabra y su Vida. Quien cree en Jesús sabe que está salvado. Quien descubre el mundo en manos de Jesús sabe que este mundo no sólo transmite malas noticias, sino que también está abierto a la gran noticia de la salvación.

Nuestro mundo no está dejado de la mano de Dios. El Dios de la Alianza está en medio de nosotros. Nos pide que no temamos. El día se echa encima. El Señor viene una vez más.

El tiempo de Adviento es pedagogía de esperanza. Comenzamos “nuestro año” sonriendo, esperando más allá de cualquier expectativa. Por eso, queremos vivir en pleno día. Conscientes de que tenemos a nuestro alcance aquello que nos hace despreocuparnos del futuro y construir gozosamente nuestro presente. Como decía nuestra Rosalía de Castro: “Es feliz el que soñando, muere. Desgraciado el que muera sin soñar”.

UN BAUTISMO DE ESPERANZA

Is 11,1-10

Rm 15,4-9

Mt 3,1-12

Al excesivo optimismo lo llamamos “poesía”, “alucinación”, o incluso –en un sentido más positivo– utopía. La persona utópica fija su mirada en aquello que no tiene lugar en nuestro mundo y, no obstante, cree que puede hacerse realidad.

Hay momentos de la historia de la humanidad en los cuales el optimismo no alcanza grandes intensidades: nos mostramos más bien pesimistas, un poco deprimidos. El momento que estamos viviendo es uno de ellos. Los conocimientos que tenemos de la realidad, de los fenómenos históricos, reducen mucho el campo de nuestro optimismo. No esperamos grandes sorpresas en los comportamientos humanos. No prevemos la superación de males endémicos que aquejan a gran parte de la humanidad. Seguirá habiendo violencia, conflictos armados, guerras, muertes, enfermedades, exclusión, injusticia...

Una visión idílica

Esta sensación contrasta con el mensaje que hoy nos transmite la liturgia.

El profeta Isaías se muestra sobremanera esperanzado y optimista en el fragmento del capítulo 11, hoy escogido. Se trata de un poema utópico que canta aquello que sucederá en aquel bendito “día” que está por venir:

- surgirá un “un nuevo rebrote” en el tronco o en la raíz de Jesé, un vástago, un descendiente en la casa de David;
- sobre él se posará el Espíritu Santo, con seis dones (prudencia, sabiduría, consejo, valentía, ciencia y temor de Dios);
- será un hombre justo y leal, que administrará justicia rectamente, especialmente con los desamparados.
- Se creará un contexto de armonía y paz en el país, en la naturaleza: “el país estará lleno de la ciencia del Señor, como las aguas colman el mar” y se superarán todas las hostilidades y todo entrará en alianza (lobo y cordero, novillo y león, vaca y oso, león y buey, niño y áspid).

El apóstol Pablo nos dice también que la lectura de las Escrituras, de la Palabra de Dios, nos da tal consuelo y paciencia que mantiene nuestra esperanza. Pero el gran motivo para seguir esperando un mundo diferente es Jesús. Él es el descendiente, el vástago de David, sobre quien se posa el Espíritu con sus dones. Él es aquel en quien Dios cumple sus promesas y manifiesta su fidelidad no

sólo hacia el pueblo judío, sino hacia todos los pueblos de la tierra.

Que comienza a realizarse

Los sueños son viables cuando la gente comienza a creer en ellos. Quizá nada acontezca de verdad en nuestro mundo sin nuestro consentimiento. El Dios de la Alianza no va a imponer sus dones si antes no cuenta con nuestro beneplácito.

Hay personas, conscientes de aquello que puede llegar, que dedican su vida a alimentar sueños. Decía acertadamente Cora Weis que “cuando soñamos solos, sólo es un sueño. Pero, cuando soñamos juntos, el sueño se puede convertir en realidad”. Juan Bautista fue aquel hombre providencial que invitó a su pueblo a soñar, a salir de su incredulidad y de su depresión. Lo hacía con energía, con convicción, apasionadamente.

Juan pedía a la gente que preparara el camino, pues ¡el Señor viene! Estaba convencido del poder impresionante de Dios y de la inminencia de las soluciones a los problemas que traería consigo: “reunirá el trigo en el granero... quemará la paja”, os bautizará con Espíritu Santo y fuego.

Juan anuncia la utopía, pero ya presente, llamando a las puertas. Pero se aíra ante quienes no creen, no esperan, se oponen. Son los dirigentes espirituales (fariseos), religiosos (sacerdotes) y políticos (saduceos) del pueblo. Los llama “camada de víboras”, gente demasiado acostumbrada al pasado y totalmente cerrada al futuro. Su padre Zacarías se había opuesto al proyecto de Dios, pero se convirtió a la esperanza. Así ahora, Juan Bautista llama a los opositores para que se conviertan a la esperan-

za. ¡Las promesas están a punto de realizarse! Pero no se sitúa en el templo de Jerusalén, sino en el desierto. Evocaba, de esta manera, la necesidad de refundar al Pueblo allí donde Dios mismo lo fundó.

Cuando la esperanza se apodera de nosotros

La esperanza no nace de la autosugestión. No somos nosotros quienes hacemos brotar la esperanza en nuestro espíritu; es la esperanza, que viene de Dios, la que se apodera de nosotros. La esperanza es como un baño que se derrama sobre todo nuestro cuerpo y lo vitaliza, lo regenera. Quien ha recibido el don de la esperanza ve la realidad de otra manera; no se preocupa tanto; descubre la mano providente de Dios en todo lo que acontece y siempre sabe que la Gracia vencerá.

La esperanza llegará a nosotros como un bautismo: al principio de agua, después de fuego y de Espíritu. La esperanza debe ser suplicada. Es fuego de Dios en nuestro corazón. Es luz de Dios en nuestro camino. Es moral de victoria en nuestras luchas.

Aunque en nuestros tiempos no descubramos excesivos motivos de optimismo, aunque las estadísticas parezcan tantas veces desfavorables, aunque nos dé la impresión de que este mundo está dejado de la mano de Dios, ¡no es así! El Señor viene también en nuestro tiempo, en nuestra generación, a visitarnos. Viene a bautizarnos con su Espíritu, derramado permanentemente sobre esta tierra. Viene a bautizarnos con la esperanza.

En este segundo domingo de Adviento, ¿porqué no disponernos a recibir el bautismo de la esperanza?

EL CAMINO ACERTADO

Is 35,1-6a.10

St 5,7-10

Mt 11,2-11

Nos podemos confundir en la espera. Podemos situarnos en la puerta equivocada, por donde no saldrá la persona a la que esperamos. Nos podemos confundir cuando la impaciencia nos hace desistir antes de tiempo. También en la esperanza es necesario el discernimiento.

Personas cansadas de esperar

Hay personas que se cansan de esperar, que se decepcionan al constatar que los sueños, sueños son y nada más. Entonces deciden pasar al ataque tomando la propia espada para hacer justicia por su cuenta, o pasar a retaguardia y dedicarse a una vida tranquila y sin sobresaltos.

Quienes empuñan su propia espada, muestran ante la sociedad una amargura crítica permanente: contra el neoliberalismo, la sociedad burguesa, la falta de radicali-

dad (si se sienten progresistas), contra la sociedad sin valores, moralmente libertina, religiosamente indiferente, dogmáticamente librepensadora (si se sienten tradicionalistas). Tanto unos como otros, renuncian a ser mensajeros de esperanza, anunciadores de la salvación posible. Su tarea consiste en “poner el dedo en la llaga”. Actúan antes de tiempo. Se desmarcan de los tiempos de la esperanza.

De nuevo, el horizonte idílico

La liturgia de este tercer domingo de Adviento nos presenta una vez más, obstinadamente, el horizonte de la esperanza. El profeta Isaías en su capítulo 35 se vuelve más utópico –si cabe– que en otras ocasiones. El texto proclamado es de una belleza cautivadora. Canta la repatriación, la vuelta del destierro, la refundación del Pueblo:

- El camino de Dios es el camino que lleva al monte Sión. Se ha abierto en la estepa, en el desierto. Todo en él florece. Se convierte en un camino triunfal, iluminado por la Gloria y la Belleza de Dios.
- Es el camino de los rescatados, débiles, ciegos, sordos, cojos. Mudos. Se les anuncia que viene Dios en persona para resarcirlos y salvarlos. Recuperarán la fuerza para caminar, se abrirán sus oídos, se desatará su lengua para cantar.
- La alegría será incesante, el gozo permanente será el compañero de todos los rostros. La pena y la aflicción se alejarán.

¿De quién se trata?

Es la pregunta que se hacen Juan y sus discípulos cuando Juan se encontraba en la cárcel de Herodes: “¿Eres tú el que ha de venir, o tenemos que esperar a otro?”

Jesús sale al encuentro de la pregunta hablando de Juan, de su consistencia profética, de la verdad de sus palabras y anuncios. Jesús fue reconocido por Juan como el Hombre en quien se cumplen las promesas, que trae consigo el futuro de Dios. Juan no tuvo intereses egoístas al anunciar lo que anunció. Juan era aquel mensajero —anunciado por Isaías— que le preparó el camino.

Para demostrar que él es aquel a quien hay que acoger, y no otro, Jesús se remite a hechos que se pueden ver y palabras que se pueden oír: ciegos que ven, inválidos que caminan, leprosos que quedan limpios, sordos que oyen, muertos que resucitan, pobres a quienes se les anuncia el Evangelio. En Jesús se cumple la profecía de Isaías. Se ha abierto el camino de Dios y en ese camino acontece la transformación. Seguir a Jesús es entrar en el camino de los rescatados, en el camino de la alegría, de las buenas noticias, de la terapia colectiva. Juan preparó el camino, pero él no era el camino.

La paciencia como forma de la esperanza

Ahora nos preguntamos: ¿quién resuelve los problemas de la humanidad? Estamos en un tiempo en el que tantísima gente sufre, se ve muy limitada, casi imposibilitada para subsistir. Y la cuestión se nos plantea con toda contundencia: ¿por dónde viene la salvación? No basta afirmar una y otra vez que la solución es Jesús. Jesús está en el cielo. ¿No tarda demasiado en venir?

Consciente de esto fue Santiago, quien en su carta nos dice: “Tened paciencia, hermanos, hasta la venida del Señor”. La paciencia es otra forma de esperanza. En ella el sufrimiento se asocia a la espera. Aunque se llegue al límite, la paciencia mantiene alta la esperanza. La paciencia es resistencia esperanzada, hasta la última posibilidad. Luis Mandoki habló en estos términos: “a los pesimistas hay que decirles algo: no se nos olvide que ésta es una película de aventuras con final feliz, y en las películas de aventuras con final feliz al héroe siempre se le complican las cosas, más y más, hasta que triunfa”.

Parece que la venida del Señor se retrasa. Y mientras esto sucede, es fácil que nos lancemos a luchar unos contra otros, y la casa se revuelva. La venida del Señor está cerca. Esta venida se anticipa simbólica y realmente en cada Eucaristía. El Señor nos asegura que las promesas idílicas serán realidad. No hay que ceder en la esperanza. Hay que vivir nuestros sueños como si ya se hubieran realizado.

Ésta es la puerta verdadera por donde viene la salvación. Juan le preparó el camino. Por sus frutos lo conoceremos.

CUIDAR LA ESPERANZA

Is 7,10-14

Rm 1,1-7

Mt 1,18-24

La esperanza necesita ser cuidada como un niño pequeño. Podemos perderla por menos de nada. La esperanza es frágil, indefensa, no tiene argumentos. A veces la menor noticia, el gesto más insignificante nos introduce el gusano de la desesperanza, de la desilusión. Mucha gente está amargada sin grandes razones. La esperanza que nos habita como un don necesita ser cuidada, atendida.

¡Pide una señal!

Hay veces en las que nuestra esperanza necesita señales. No basta fiarse de nuestra buena voluntad; se necesitan signos que aseguren la esperanza; signos que, obviamente, vengan de Dios.

Según el profeta Isaías —que hemos proclamado en la primera lectura— Dios mismo le dijo al rey Ajab: “Pide una señal al Señor, tu Dios: en lo hondo del abismo

o en lo alto del cielo”. Dios desea que sus signos sean deseados. Pero Ajab excusa su petición diciendo que no quiere tentar a Dios. Semejante actitud cansa a Dios.

Dios decide, por su propia cuenta, dar una señal al pueblo. Se trata de una joven mujer embarazada, que va a dar a luz y que se convertirá en signo de la voluntad de Dios de continuar la estirpe de David, la monarquía.

No deja de ser llamativo que la esperanza de un pueblo pueda encerrarse en el germen de vida que hay en el seno de una mujer.

La Esperanza en peligro

El evangelio de este cuarto domingo de Adviento nos propone ese mismo “signo” de Dios, pero ya en la plenitud de los tiempos: otra joven mujer embarazada, que va a dar a luz a quien llamarán Emmanuel, Dios presente en medio de su Pueblo.

Pero el signo puede correr peligro. Imaginémonos que José hubiera cedido. Lo legal, lo ajustado a la normativa (cf. Dt 22,20-21), hubiera sido denunciar a su mujer por un embarazo irregular y exponerla a pública infamia y apedrearla. María pertenecía a José, pero lo que en su cuerpo estaba sucediendo no pertenecía a José. Si José hubiera seguido la normativa, habría permitido la inmolación de María y con ella la interrupción violenta de lo en ella generado “por obra del Espíritu Santo”.

Parece increíble que un ser humano pueda disponer de tanto poder y que las leyes puedan llegar tan lejos cuando se aplican de modo inexorable. En José, esposo de María, podía encontrar el mismo Hijo de Dios al ser más peligroso y amenazador.

Cuando Mateo nos dice que “su marido era justo”, sitúa la justicia de José mucho más allá del ámbito legal. La justicia de José fue la que salvó la vida de María y de la criatura concebida en su seno. José fue justo porque supo interpretar la ley, superar la ley. Porque supo abrirse a la Palabra de Dios. Descubrió cómo en su mujer se estaba realizando la profecía de Isaías. José dijo —como María— “hágase en mí, según tu Palabra”, porque hizo lo que el Ángel le dijo, porque acogió —durante el sueño— la instrucción de Dios. José se convirtió en el guardián de la Esperanza del mundo y de María, la causa de nuestra Esperanza.

Guardianes de la Esperanza

Todo aquello que nos trae esperanza, futuro, salvación, está siempre muy amenazado. El sistema en el que vivimos no quiere sobresaltos, ni cosas fuera de norma. Por eso, el sistema tiende a defenderse de cualquier novedad extraña.

Lo nuevo parece que trae siempre anormalidad, que está fuera de la norma, de la ley, de lo normal. Lo nuevo es lo que aporta esperanza. La verdadera justicia no consiste en defender lo que siempre se ha hecho, sino en hacer viable lo que hasta ahora no ha sido. José se convierte en el hombre del Adviento y de la Esperanza. Hace viable lo nuevo, aunque supere todas sus expectativas y sus aparentes derechos.

Sabemos que hoy hay nuevas iniciativas de paz, de justicia, de cuidado de la creación, de defensa de los derechos humanos, de vivencia y transmisión de la fe. Estamos en un mundo en el que muchas mujeres embarazadas

nos dicen que Dios da futuro a nuestro planeta y a nuestra humanidad, nuevas generaciones aportan ideas frescas, proyectos no estrenados, impulsos inéditos. Quienes sólo se dejan regir por la norma podrían hacer abortar lo nuevo que puja por ser alumbrado. Serían los nuevos Herodes, los que imposibilitan que la vida salga victoriosa. Tampoco el Dragón apocalíptico quería que naciera el Hijo de la Mujer y estaba dispuesto a devorarlo apenas fuese dado a luz.

La esperanza debe ser cuidada, defendida. José es el Guardián de la Esperanza. De él debemos aprender, cada uno en nuestro ambiente y, desde él, en nuestro mundo.

TIEMPO DE NAVIDAD

Navidad es origen, nacimiento. Es la fiesta del Génesis continuado y potente que ofrece a nuestra historia sus sorpresas y maravillas. El Espíritu nos sigue guiando y nos hace entrar en el misterio de toda Navidad.

El Espíritu nos irá llevando por un sorprendente itinerario: 1) Navidad. El misterio del Nacimiento: contemplado desde dentro y no sólo desde fuera; 2) Sagrada Familia. La familia: espacio ecológico donde germina la Vida; contexto donde germina, nace y se desarrolla la Vida del Hijo de Dios; 3) Segundo domingo después de Navidad. La Gloria que Jesús irradia: se insiste en el Misterio que tantos testigos confesaron; 4) Solemnidad de Santa María. El fantástico proceso de la maternidad: se comprende al Hijo desde la Madre, mujer habitada por el Espíritu Santo; 5) Epifanía. La fiesta de la irradiación misionera: la gloria de Dios se manifiesta a representantes de todos los pueblos; 6) Bautismo del Señor. La segunda epifanía prepara el Camino: Juan Bautista es testigo privilegiado de la manifestación del Hijo de Dios y lo muestra a Israel haciéndole fácil el camino.

Se nos ofrece en este tiempo navideño la posibilidad de volver a la raíz, al origen de todo, al diseño primordial, para renacer y constituirnos en testigos y misioneros.

EL MISTERIO DEL NACIMIENTO

Is 52,7-10

Hb 1,1-6

Jn 1,1-18

Para celebrar el día de la Navidad de Jesús la Iglesia recurre a algunos de sus textos más sublimes y difíciles de interpretar: el prólogo de Juan y de la Carta a los Hebreos. Es probable que no pocas personas echen en falta la proclamación de aquellos evangelios que relatan de forma popular el nacimiento de Jesús.

Con ello se indica que la fiesta –hoy celebrada– no es folklore religioso, ni evocación del niño interior que todos llevamos dentro. Es la fiesta de la opción más seria de Dios, nuestro Creador y Padre: la de enviarnos al mundo a su Hijo único y encarnarlo en nuestra misma esencia humana.

“...Y la Palabra se hizo carne”

El evangelio, apenas proclamado, no anuncia que Jesús “nació en un pesebre”, sino que “la Palabra se hizo

carne y acampó entre nosotros”. Antes de ser Jesús es Palabra de Dios. Misteriosa expresión para hablar del Hijo eterno de Dios, de la expresión de su propio ser, de esa misteriosa dualidad que es el Hijo en relación al Ab-bá.

“La Palabra ya existía en el principio. Estaba junto a Dios. Era Dios”. A través de ella el Abbá se expresa, se manifiesta, actúa. Él creó todo a través de la Palabra. ¡Qué bien lo expresa el primer capítulo del Génesis cuando se representa a Dios Creador así: “Y dijo Dios... Y dijo Dios”. Manifestaba de esta manera cómo Dios creó el mundo y cada una de sus realidades “por medio de su Palabra”.

La Palabra de Dios es vida. En ella está la vida. Cuando se pronuncia, esta Palabra hace ser.

La Palabra de Dios es Luz. Cuando esta Palabra es pronunciada, todo se ilumina y desaparecen las tinieblas. Por eso las tinieblas se oponen a la Luz. No quieren recibirla. Pero hubo seres humanos que la acogieron y quedaron por ella iluminados, vivificados.

La Palabra se hizo carne. Jesús era la Palabra de Dios hecha carne. Con Jesús llega la revelación total de Dios, la Luz de Dios, la Belleza de Dios.

El Hijo de Dios

La Carta a los Hebreos nos habla de una forma más concreta y menos abstracta. Nos revela algo absolutamente impensable para los hebreos. Dios ha hablado de muchas maneras en los tiempos antiguos: a través de los profetas, de los autores sagrados. Pero lo absolutamente inimaginable es que en estos últimos tiempos nos ha hablado a través de un Hijo suyo, “al cual ha nombrado he-

redero de todo, y por medio del cual ha realizado las edades del mundo”.

Esta revelación es inaudita para un hebreo: ¡que Dios nunca ha sido un Dios solo, único, célibel!, ¡que Dios ha tenido un Hijo desde siempre!, ¡que últimamente nos ha hablado a través de ese Hijo! Se trata de Jesús de Nazaret.

La concretización del Hijo de Dios en un hombre de nuestra historia es la mayor sorpresa que podríamos esperarnos. De Jesús dice el autor de la Carta a los Hebreos que es “el reflejo de la belleza de Dios, la impronta de su ser, el que sostiene el Universo con su palabra poderosa”.

El *Mebasser* y su inimaginable anuncio

¡Éste es el nacimiento que en este día, 25 de diciembre, celebramos! ¡Éste es el anuncio que más concierne a toda la humanidad! Por eso, la liturgia recurre una vez más al profeta Isaías (al segundo Isaías) y habla del Mensajero de las buenas noticias (el *Mebasser*, en lengua hebrea). Este profeta anuncia la llegada de nuestro Dios y de su Reinado. Verle caminar sobre los montes a pie descubierto para transmitir la noticia es un espectáculo de grandísima belleza.

Desde que resuena su voz, muchos se hacen eco de la Buena Noticia. Hay alegría, gozo, esperanza. Ha llegado el momento prometido por Dios.

FAMILIA: ESPACIO ECOLÓGICO DONDE GERMINA LA VIDA

Eclo 3,1-6.12-14

Col 3,12-21

Mt 2,13-15.19-23

La palabra “familia” procede del término latino “famulus”, que significa “siervo”. La “familia” tenía que ver originariamente con un sistema de servidumbre, de dependencia del “paterfamilias” o del padre de la familia. La democratización de la sociedad ha afectado a la estructura familiar. El poder es compartido. Las relaciones son mucho más igualitarias y se favorecen las relaciones personales e íntimas. Pero, al favorecer más la libertad, resulta más fácil el conflicto, la separación, el divorcio, la desestructuración familiar. En este contexto ambivalente celebramos este año la fiesta de la Sagrada Familia.

“Llamé a mi hijo”

Respecto a Jesús, Dios Padre nunca renunció a su derecho de paternidad-maternidad. El hijo de María y, le-

galmente también, de José es “hijo de Dios”. Y Dios lo cuida y protege de las fauces del dragón Herodes que quería matarlo. Se sirve de José como instrumento de su Providencia; le envía tres veces a su ángel para que le inspire qué hacer en cada circunstancia: huir a Egipto con “el niño y su madre”, volver de Egipto cuando pase el peligro, desviarse hacia Nazaret para evitar otros peligros. “Desde Egipto llamé a mi hijo”.

José actúa como protector y guardián del “hijo y la madre”, como padre que protege la vida, como esposo que cuida de su esposa. Pero también actúa como un “nuevo Moisés”, que conduce al nuevo pueblo de Dios, simbolizado en “el hijo y la madre”.

Jesús fue concebido sin el concurso de José: “de María virgen por obra del Espíritu Santo”. Pero Jesús no hubiera sobrevivido, no se hubiera educado adecuadamente en un contexto familiar rico, sin el concurso de José. De esta manera, José colaboró en el origen de la vida y educación de Jesús. Y colaboró no como un agente externo, un contratado, sino como el esposo de María que Dios no quiso que se separara de ella. La sponsalidad le hace a José intercambiar sus dones con María, de modo que comparten el gran tesoro que es Jesús, el Niño. María y José sabían muy bien que su Hijo no les pertenecía radicalmente: era Hijo de Dios y Dios contaba con ellos.

El hijo de María y de José

La lectura primera, tomada del libro del Eclesiástico, nos invita a contemplar a la familia de Nazaret desde otra perspectiva: desde el Hijo con relación a sus padres, María y José. Como buen hijo, Jesús estaba llamado a hon-

rar a padre y madre como realidad sagrada, como tratándose del culto que agrada a Dios, que expía el pecado y que concede la gracia de Dios. Incluso el Eclesiástico recuerda: “sé constante en honrar a tu padre, no lo abandones mientras vivas”. Jesús, que invitó a dejar padre y madre para seguirle, no dejó abandonados a sus padres. Sólo a la edad de 30 años inició su camino profético: “bajó con ellos a Nazaret y les estaba sometido”.

La relación de veneración hacia sus padres fue también la base humana de la adoración que mantenía permanentemente hacia su Abbá. Ya desde niño recordó a María y José que debía dedicarse a los asuntos de su Padre, aunque María y José no entendieron.

De la misma forma que Dios reivindica para sí, de manera única, la paternidad-maternidad sobre Jesús (“mi hijo”), también Jesús reivindica para sí, de manera única, la filiación divina (“mi Abbá”). María y José son para Jesús las representaciones vivas de la maternidad y paternidad del Abbá.

La difícil convivencia familiar

Pero vivir en comunidad familiar y sponsal no siempre es fácil. El matrimonio hace convivir lo diferente (lo masculino y lo femenino), pero también lo paritario (lo personal): los dos en alianza, sin adueñarse el uno del otro, entregándose al otro. El hombre no se hace mujer, ni la mujer se hace hombre. Ambos se hacen —gracias al misterio de cada uno— algo distinto, un nosotros lleno de belleza y fascinación. En ese nosotros aparece el Hijo, no como posesión, sino como regalo; no como realidad hecha, sino como semilla que hay que cultivar.

La Carta a los Colosenses propone un programa bellísimo de vida familiar. Le pide a todos los que forman la comunidad familiar que reconozcan que:

- *Han sido elegidos por Dios como santos y amados:* por lo tanto, que actúen desde la misericordia entrañable, desde la bondad, la humildad, la dulzura, la comprensión; que sean agradecidos a Dios en todo lo que de palabra u obra realicen.
- *Han sido perdonados por el Señor:* por lo tanto, que siempre se perdonen unos a otros y que se corrijan mutuamente.
- *Se les ha ofrecido como árbitro familiar la Paz de Cristo:* por lo tanto, que formen siempre un solo cuerpo, que haya mutua obediencia, amor, atención.

La vida en común es, a veces, muy difícil y sólo el amor, la fidelidad, la renuncia, el sacrificio, hacen posible el sueño del Dios del Génesis y de los Hechos de los Apóstoles: que sean una sola carne, un solo corazón, una sola alma. Cuando se logra, la felicidad es desbordante.

**EL FANTÁSTICO PROCESO DE LA
MATERNIDAD**

Nm 6,22-27

Ga 4,4-7

Lc 2,16-21

La historia sigue su ritmo imperturbable. Un número más se añade a nuestra contabilidad del tiempo. Anoche despedíamos entre alegría y nostalgia el año viejo y dábamos la bienvenida al año nuevo. Hoy nos despertamos con un número más en el cómputo de años y nos disponemos a escribir la primera página del que acaba de comenzar.

Nos brotan espontáneamente buenos deseos y augurios. Quisiéramos que este año no esté marcado en el calendario de la historia como un tiempo de desgracias, de enfrentamientos, de muerte. Deseamos la paz. Queremos que éste sea un año marcado por la justicia, la felicidad, la buena convivencia. ¿Será así? ¿Podremos hacer algo para que así sea?

¡Que Dios nos bendiga!

Ante todo, ¡nada mejor que poner todos nuestros días bajo la mirada y protección de Dios, nuestro Abbá! Porque sólo de Él depende que sea un tiempo de gracia y no de desgracia, un tiempo de bendición y no de maldición. La historia humana es tan compleja, tan impredecible e imprevisible, que ante ella sólo cabe o el temor estadístico ante las previsibles muertes por guerra, por accidente de tráfico, por convulsiones de la naturaleza, por enfermedades o hambre y ante los previsibles conflictos políticos y domésticos, o la confianza en Dios, que nos lleva a la seguridad de que no seremos abandonados ni aun en las peores circunstancias.

Los israelitas tenían una preciosa fórmula de bendición que hemos proclamado en esta Eucaristía –tomada del libro de los Números, capítulo 6– y que nosotros hacemos nuestra:

“El Señor te bendiga y te proteja, ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor El Señor se fije en ti y te conceda la paz”

Esta oración expresa el deseo de hallar gracia a los ojos de Dios, de conseguir su mirada luminosa y amable, su atención amorosa sobre cada uno de nosotros, de nuestras familias y amistades, sobre nuestro pueblo, nuestra comunidad, nuestra nación, nuestro mundo. En la medida en que esto suceda, en que se encienda la Alianza amorosa que nos liga con Él, en esa misma medida tendremos paz, bienaventuranza y podremos esperar siempre lo mejor.

Este deseo de bendición queremos extenderlo a todo el mundo, a todos los países de la tierra. Vivimos en

red. Nadie puede ser feliz sin los demás. La bendición sólo es bendición si es global. Por eso, también surge de aquí un imperativo moral, para todos nosotros, que Pablo nos inculcó: “¡Benedicid, sí! ¡Benedicid, no maldigáis!” (Rom 12,14).

La memoria de la mayor bendición

La madre Iglesia, mientras tanto, no olvida que estamos en tiempo de Navidad. Ella comenzó su año nuevo y sagrado con el Adviento, hace ya más de un mes. Ella quiere dedicar este primer día del año civil a honrar la maternidad singular y trascendente de María, “la madre” de Jesús.

Y es que la mayor bendición de Dios nos llegó a la tierra hace más de 20 siglos: aquel día maravilloso en que una joven doncella de Nazaret, prometida como esposa a José de la casa de David, dijo “fiat” (“hágase”) al proyecto de Dios Padre para que su Hijo se hiciera hombre. A partir de aquel momento se desplegó en su cuerpo sin estrenar todo el fantástico proceso de la maternidad. Toda su sexualidad quedó consagrada por el Espíritu y se puso al servicio de la más portentosa de las obras de Dios.

De una manera solemne, concisa, emocionada, nos cuenta el apóstol Pablo en la Carta a los Gálatas, qué fue lo que sucedió en esta mujer:

- Se cumplió el tiempo.
- Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer
- para que recibiéramos la filiación adoptiva.
- Porque somos hijos de Dios, envió a nuestros corazones al Espíritu de su Hijo que clama “¡Abbá!”.

María es la madre del Hijo de Dios. Gracias al Espíritu es posible en ella lo imposible. María es madre del Hijo de Dios gracias al Espíritu Santo, a la potencia de Dios que la cubre con su sombra. Pero este hecho no tiene como objetivo hacer de ella una mujer privilegiada y única, sino servir de mediación para que todos nosotros seamos hijos de Dios y recibamos el Espíritu que nos permite clamar, juntamente con Jesús, ¡Abbá!

La bendición llegó a la humanidad por medio de la maternidad de María. Y lo que ella revela es no solamente que Jesús es el Hijo de Dios, sino que también nosotros lo somos por pura gracia y misericordia.

Presentación en sociedad

El evangelio de este día nos narra con sencillez cómo el Niño, María y José son presentados en sociedad. Allí se acercan los pastores, que encuentran al Niño acostado en un pesebre, que cuentan lo que habían escuchado sobre Él. Allí está María, que no acababa de comprender el Misterio en el que estaba implicada: “meditaba todo esto en su corazón”.

Al cumplirse los ocho días circuncidan a Jesús, lo introducen públicamente en la Alianza de Dios con su Pueblo y le ponen por nombre Jesús. La madre y el padre ejercen como tales y manifiestan de esta manera que Jesús es hijo.

Al comenzar este año, acerquémonos simbólicamente a María para honrar su magnífica maternidad y proclamar que gracias a ella la humanidad está en manos de Dios.

LA GLORIA QUE JESÚS IRRADIA

Eclo 24,1-2.8-12

Ef 1,3-6.15-18

Jn 1,1-18

La Navidad no es una fiesta exterior al mundo. Es su fiesta más interior, más profunda. Algo ocurrió en toda la naturaleza, en el universo, en la humanidad, el día que el Hijo de Dios se encarnó por obra del Espíritu Santo en el seno de María Virgen. La manifestación de Dios en el Niño Jesús es un acontecimiento que ofrece la clave y el sentido de toda la realidad.

La Iglesia se invita a sí misma a la meditación, a la contemplación, al estremecimiento ante semejante viraje histórico. Las lecturas de este domingo son de un alto calado teológico y difíciles de comprender. Tratemos de introducirnos en ellas con sencillez, con palabras que puedan tocar nuestro corazón y permitan que sintamos el “pasma” ante el Misterio.

La Sabiduría habita en Jacob

El libro del Eclesiástico nos presenta en el capítulo 24 la Sabiduría como si de un personaje se tratara.

La Sabiduría fue creada por Dios, antes de los siglos, y no cesará jamás. Dios, el Creador del Universo, le ordenó que habitara en Jacob y que Israel fuera su heredad. La Sabiduría obedeció y apareció en medio del Pueblo, en la Asamblea (Iglesia) de Dios. Entró en la Santa Morada del Templo y allí ofreció culto y en Sión se estableció, en la ciudad santa de Jerusalén reside. La Sabiduría echa raíces en el pueblo y el pueblo disfruta de ella, la admira, la alaba, la bendice.

Los creyentes del Nuevo Testamento pronto se dieron cuenta de que Jesús era esa misteriosa Sabiduría de quien hablaban los libros sagrados. Jesús es la Sabiduría eterna que ha puesto su morada entre nosotros y hace que el pueblo de Dios no caiga en la necedad, en la ignorancia, en la oscuridad ni en la perdición.

La Palabra es Vida, es Luz

La Sabiduría es contemplada por el cuarto Evangelio como “Palabra”, como “Verbo” de Dios. En la Palabra la Sabiduría se expresa. Cuando Dios crea el mundo, todo lo realiza por medio de su Palabra-Sabiduría. Toda realidad existente lleva la marca de la Palabra.

Para el cuarto evangelio la Palabra es la Vida, es la Luz. De ella procede la Vida del mundo. Gracias a ella el mundo no está en tinieblas. Propio de la Palabra es revelar, expresar el sentido de todo aquello que nos parece misterioso. La Palabra nos expresa aquello que está oculto en el corazón de Dios. Gracias a la Palabra podemos conocer el misterio de su Voluntad.

Por eso, también la Palabra ilumina la mente y el corazón de los seres humanos. Y a través de Ella, no sólo venimos a la existencia, sino que nuestra existencia tiene sentido. Gracias a Ella no caminamos a oscuras. Gracias a Ella nuestra vida no es un absurdo.

Se hizo carne

¡Esto es lo más estremecedor! La Sabiduría de Dios, la Palabra de Dios, se hizo carne, entró en nuestro mundo y asumió nuestra condición carnal. Ya no se trata sólo de morar en medio del Pueblo, como la Sabiduría en el Antiguo Testamento. Ahora se trata de una auténtica encarnación en la naturaleza humana. La Palabra, la Sabiduría de Dios, se convierte en un ser humano de carne y hueso, en un hijo del Pueblo de Israel, en el hijo de María.

De ello hay testigos. Sus discípulos han contemplado su gloria. Han visto, oído, tocado, la Gloria-Belleza-Sabiduría de Dios que Jesús irradiaba. Han contemplado y convivido con el Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad.

El testimonio del cuarto Evangelio y de las cartas de Juan tiene una intensidad impresionante. Para los testigos la carne humana de Jesús no es apariencia, no es imaginación, es la realidad más cierta. En ella se hace ser humano la Palabra.

¡Bendito sea Dios, Padre de Jesús!

Otros creyentes expresaron también su estremecimiento ante el misterio de Jesús. La segunda lectura de este domingo, tomada del inicio de la Carta a los Efesios, así lo atestigua. Se trata de un texto de doxología, de glo-

rificación al Abbá de Jesús, por todo lo que nos ha regalado en Él: “¡benedicidos con toda clase de bienes espirituales y celestiales!”.

Si Jesús es la Palabra, la Sabiduría eterna de Dios, ¿cómo no exclamar que en Él hemos sido elegidos desde antes de crear el mundo?

La encarnación del Hijo de Dios es un derroche generosísimo de gracia sobre la humanidad. Todos nosotros hemos quedado afectados: su santidad es nuestra santidad; su pureza inmaculada es nuestra pureza inmaculada, su filiación divina se alarga en nuestra filiación.

Hagamos lo posible por contemplar el misterio hasta estremecernos y saltar en un canto de alabanza de su Gloria.

LA FIESTA DE LA IRRADIACIÓN MISIONERA

Is 60, 1-6

Ef 3, 2-3a. 5-6

Mt 2, 1-12

La fiesta que hoy celebramos tiene nombre griego. “Epifanía” quiere decir “manifestación”. Celebramos el día en que el Hijo de Dios y de María se manifestó a otros pueblos de la tierra representados por los Magos de Oriente y recibió de éstos homenaje y adoración. Celebramos también la vocación misionera de la Iglesia.

Manifestación de la Luz

Sentimos terror y angustia cuando nos perdemos entre la niebla o en un túnel o cueva sin aparente salida, cuando perdemos la referencia. Se despiertan en nosotros temores ancestrales y culturales. Nos sentimos víctimas del sinsentido. ¡Así describe el tercer Isaías la situación del mundo, antes de la llegada del Mesías!

“Mira ~~las tinieblas cubren la tierra~~ y la oscuridad los pueblos”

Pero Dios envía un profeta de gracia: *Mebasser* lo llama el profeta Isaías (Is 40; 52; 61), que literalmente quiere decir en hebreo “mensajero de alegres noticias”. Este profeta anuncia el amanecer de la luz y con ella de la Gloria o Belleza de Dios sobre Jerusalén. La ciudad se convierte en el vértice del mundo; irradia su luz hacia todos los pueblos de la tierra. Atraídos por ella, todos se ponen en marcha: en primer lugar, los hijos e hijas del Pueblo de Dios, dispersos, desterrados; después los demás pueblos. Traen a Jerusalén la riqueza de las naciones: llegan multitud de camellos, dromedarios, traen incienso, oro y proclaman al Dios de Israel: “se postrarán ante el Señor todos los pueblos de la tierra” (Sal 71).

La misión como irradiación

Quienes visitan a Jesús en Belén hacen realidad la profecía del *Mebasser*: primero los pastores, después los Magos. Le traen a Jesús las riquezas de las naciones.

La casita de Belén —en que moraban Jesús, María y José— se convierte en “centro de atracción e irradiación misionera”. Los Magos, personajes sensibles a los signos del cielo, percibieron la llegada a la tierra de una luz misteriosa. Vieron su reflejo en una estrella. No quisieron perder la oportunidad. Se pusieron en camino, dispuestos a superar cualquier dificultad.

Su visita a Jerusalén muestra, por una parte, su sensibilidad religiosa y, por otra, la insensibilidad de los sumos sacerdotes y escribas que, aunque conocen las Escrituras, no reconocen en ellas lo que Dios les pide.

Los Magos creen en la **Palabra del profeta**; se vuelven exégetas prácticos de ella:

“Y tú, Belén, tierra de Judea, no eres ni mucho menos la última de las ciudades de ti saldrá un jefe”

Hay quienes se preguntan por la veracidad histórica de los hechos aquí relatados. La experiencia histórica, más de veinte siglos de experiencia misionera, nos muestran cómo personas de las más diferentes culturas y pueblos se postran ante el Niño y la Madre y lo adoran. Cómo, también, hay autoridades políticas y religiosas que persiguen al Niño y a la Madre y quisieran exterminarlos. Lo dijo simbólicamente el libro del Apocalipsis: el dragón está apostado delante de la mujer, para devorar a su hijo apenas nazca (Ap 12). El dragón sigue también hoy con sus asechanzas. Pero Dios protege al Hijo y a la Madre. La misión de irradiación y atractivo irresistible sigue adelante.

No debemos confiar más en nuestras estrategias de misión que en el encanto irresistible del Niño de Dios, enviado por el Abbá, porque tanto amaba al mundo...

La revelación del Misterio

En los Magos se cumple inicialmente el misterio oculto de Dios, que el autor de la Carta a los Efesios reconoce que le ha sido revelado: que comiencen a creer en Jesús y a agregarse a su Cuerpo, que es la Iglesia, hombres y mujeres de otros pueblos de la tierra, diferentes del pueblo judío.

Hoy también asistimos al despliegue maravilloso de la fe en Jesús en todo el mundo. Mujeres y hombres de todas las razas –ahora especialmente en Asia y en África

ca— se sienten iluminados por la luz de Jesús, por su estrella. En cambio, aquellas personas de las que se podría esperar una mayor adhesión de fe y compromiso se muestran escépticas y frías, incluso hostiles, como fue el caso de las autoridades políticas y religiosas de Jerusalén, cuando fueron visitadas por los Magos.

**LA SEGUNDA EPIFANÍA PREPARA
EL CAMINO**

Is 42,1-4.6-7

Hcb 10,34-38

Mt 3,13-17

La celebración de la Navidad se nos acorta y concluye con esta segunda epifanía del bautismo. Se escapan de nuestra contemplación los años de la infancia, adolescencia y juventud de Jesús. La revelación cristiana no satisface nuestra legítima curiosidad por conocer la vida de Jesús en Nazaret. Ni siquiera se nos concede una fiesta en la que celebrar el *encuentro de Jesús por parte de sus padres* en el templo de Jerusalén, después de tres días, cuando les reveló que “tenía que dedicarse a las cosas de su Padre” y “ellos no entendieron”. A partir de ahí hay todo un tramo largo e importante de la vida de Jesús que nos es transmitido con frases muy concisas: “bajó con ellos y les estuvo sometido”, o cuando se decía que Jesús era—según se creía— “el hijo de José”, “el artesano”.

Se presentó a Juan para que lo bautizara

Sabemos que cuando Jesús tenía 30 años, más o menos, dejó Galilea y se fue a un desierto pedregoso y estéril, donde Juan Bautista estaba predicando el cambio necesario para hacer de Israel el pueblo de la Alianza. Quiiso someterse al bautismo de Juan y contribuir, él también, al surgimiento del nuevo pueblo.

Según el evangelista Mateo, Juan se percató de quién era Jesús. Reconoció que las cosas debían ser al revés: “necesito que tú me bautices”. Sin embargo, Jesús le dijo que no era éste el momento. Lo que ahora les incumbía a los dos era cumplir la voluntad del Padre. Fue entonces cuando Juan le permitió a Jesús acceder al bautismo.

Aquel bautismo fue una experiencia de revelación, de epifanía, no sólo para Juan, sino también para Jesús mismo. Utilizando un lenguaje apocalíptico, el evangelista nos dice que ocurrieron varias cosas:

- Se abrió el cielo: el mundo trascendente abre su puerta.
- Vió Jesús que el Espíritu de Dios bajaba como una paloma y se posaba sobre él. Desde el cielo desciende el Espíritu de Dios como una paloma que busca su nido (¡era la metáfora utilizada por los rabinos!) y anida en Jesús.
- Vino una voz del cielo que decía: ¡Éste es mi Hijo, el amado, el predilecto!”: el cielo habla y proclama que Jesús es el Hijo, el Amado, el Predilecto.

No podíamos esperar una epifanía más sublime y certera. Juan es testigo de lo que sucede. Jesús toma conciencia del Misterio que le envuelve.

Una voz que ya antes había resonado

El segundo Isaías, en sus cantos al Siervo de Dios, había anticipado de alguna manera el bautismo de Jesús. Había hablado de un ser humano especialmente amado y elegido por Dios que aparecería en la tierra. ¡Era el Amado, el Preferido, el Elegido! Sobre Él reposaría el Espíritu de Dios. Será el Mediador de la gran Alianza de Dios con todo el mundo. El profeta explicita las características de este siervo de Dios que nos ayudan a comprender mejor la misión recibida por Jesús en su Bautismo:

- *Trae el derecho a las naciones y lo promueve*, sin vacilar, hasta implantarlo en toda la tierra.
- *Actúa suavemente*: no grita, no vocea, no quiebra, no apaga.
- *Trae la liberación*: abre los ojos al ciego, saca a los cautivos de la cárcel, ilumina a quienes viven en tinieblas.

Un bautismo que no cesa

Hubo mucha gente que reconoció, a partir del día de Pentecostés, que esta profecía se había cumplido en Jesús. Que era de Jesús de quien hablaban los profetas. Pedro, en una de sus apariciones públicas, como representante de la comunidad cristiana, habló del Jesús, bautizado por Juan, que “pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con Él”. Pero también añadió que Dios acepta compartir el bautismo de Jesús con hombres y mujeres de toda condición. Dios no es nacionalista, no se dirige únicamente a grupos escogidos: “Dios no hace distinciones. Acepta a quien lo teme y practica la justicia, sea de la nación que sea”.

Quienes se adherían a Jesús pedían ser bautizados. Tenían la conciencia de que ellos serían acogidos por Dios como hijos e hijas, que serían agraciados con el don del Espíritu, que recibirían una misión para pasar por el mundo haciendo el bien y haciendo imposible al Maligno su reinado.

El bautismo es mucho más que un rito de iniciación. Es una experiencia que nos hace semejantes a Jesús y que nos revela el sentido de la vida, la vocación a la que hemos sido llamados.

Propio de los bautizados es sentirse vocacionados, elegidos, amados, para así poder transmitir a los demás la misma experiencia y hacer surgir muchos acontecimientos semejantes en la tierra.

TIEMPO DE CUARESMA

Cuarenta días para la experiencia intensa, para reaprender nuestra fe, para re-nacer en la Pascua. El Espíritu en su pedagogía nos irá llevando, paso a paso, hacia el Baptisterio de la Celebración Pascual, donde con Jesús resucitaremos para una vida nueva. He aquí los pasos del Magisterio del Espíritu a través de su Iglesia: 1) Primer domingo. ¡La tentación: poner a Dios a prueba!; 2) Segundo domingo. La vocación cristiana: visión y misión; 3) Tercer domingo. El Agua que calma la sed; evocación del Bautismo; 4) Cuarto domingo. La Luz que ilumina la tierra; la iluminación bautismal; 5) Quinto domingo. Cuando el Espíritu toca la carne: hacia la perfección bautismal; 6) Domingo de Ramos. La toma del templo: Juez de jueces.

Iremos redescubriendo y rediseñando nuestra identidad como seguidores de Jesús. Nos sentiremos habilitados para seguirlo por el camino, sin temor, hasta entrar en la peligrosa Jerusalén de aquí abajo, aclamándolo como Aquel que viene en nombre del Señor.

¡LA TENTACIÓN: PONER A DIOS A PRUEBA!

Gn 2, 7-9; 3, 1-7

Rm 5, 12-19

Mt 4, 1-11

Este primer domingo de Cuaresma nos confronta con un tema importantísimo en nuestra vida: la tentación. Para nosotros, los cristianos, la “tentación” es una cuestión seria; tras ella se oculta una realidad perversa y misteriosa que denominamos “Satán”, “Demonio” y que influye en nosotros y nos induce. La tentación nos enfrenta a Dios, aunque no lo parezca, y nos lleva a romper la Alianza de amor con Él.

Tentar a Dios

La peor tentación consiste en “tentar al mismo Dios”. ¿Cómo es esto posible? Nos lo dicen los libros del Antiguo Testamento: el pueblo de Israel quería probar a Dios y le pedía signos de su fidelidad a la Alianza. Muchas veces no se fiaba de sus promesas. Por eso, se separaba de

Dios y utilizaba sus propios recursos... ¡hasta llegar a construirse un dios propio, un becerro de oro!

Éste es el sentido de la petición del Padre nuestro “¡No nos dejes caer en tentación!”, es decir, “¡no permitas, Padre, que te pongamos a prueba, que te pidamos signos!”. Concédenos fiarnos absolutamente de ti: de lo que nos mandas, de lo que nos dices, de lo que nos pides, de lo que nos acontece. Concédenos el don de la fe, de la confianza. Sólo así podremos contrarrestar la fuerza que nos separa de Ti, de tu Alianza.

Hay un poder negativo, diabólico, que quiere convertirnos en ateos autosuficientes, o en idólatras de nosotros mismos. Cuando uno se siente “como dios”, no necesita a Dios. Cualquier proyecto de Dios sobre nuestra vida va a encontrar inmediatamente un obstáculo: una tentación, otra posibilidad, un contraataque.

¿Cómo contrarrestar la tentación? Este domingo y sus lecturas nos transmiten la sabiduría de Dios al respecto.

¡Violar la intimidad de Dios!

Según el autor del Génesis, la primera tentación y caída en ella consistió en violar la intimidad de Dios. El Señor Dios colocó a sus criaturas humanas, el hombre y la mujer, en su jardín. En el interior del Jardín, en la zona más íntima, es decir, aquella que Dios se reservaba para sí, puso el árbol de la Vida y el árbol del conocimiento del bien y del mal. El varón y la mujer debían respetar hasta tal punto esa intimidad que no podían comer de la fruta de esos árboles, ni siquiera tocarla. Nada les faltaba a las criaturas humanas. Allí había toda clase de árbo-

les hermosos y de frutos sabrosos. Podían comer de todos, excepto de aquellos que pertenecían a la intimidad de Dios.

Una criatura llamada serpiente, la más astuta de todos los animales del campo, pone a prueba a la mujer y, por medio de ella, al varón. Su palabra hace ver las cosas de otra manera. Si comen del árbol de la vida, ¿cómo van a morir? Si comen del árbol del conocimiento del bien y del mal, ¿cómo no van a adquirir el conocimiento propio de Dios? La serpiente los incita a entrar en la intimidad de Dios y robarle a Dios aquello que Él se había reservado para sí mismo. La mujer vio, comió y dio. “Vio” y se excitó en ella el deseo de entrar en el ámbito prohibido de lo divino. “Comió”, es decir, introdujo en su vida un programa divino que le estaba prohibido. Y tuvo la capacidad de convencer al varón y hacerlo cómplice: ¡le dio el fruto que pertenecía sólo a Dios!

Un ser humano que no respeta a Dios se queda desnudo, sin vida, como un enfermo que renuncia a su médico o a su medicina. La primera pareja violó la intimidad de Dios y ella misma perdió toda su intimidad.

¿Pondrá Jesús a prueba a su Abbá?

“Tres” tentaciones: el número expresa totalidad. En estas tentaciones quedan resumidas todas las que Jesús sufrió durante su vida.

El autor de las tentaciones es Satán, ese personaje misterioso que activa el mal en el mundo, la antigua serpiente. Emerge como un símbolo siniestro, enemigo de Dios y de su proyecto. Satán tienta a Jesús. Pero ¿en qué? En algo sumamente sutil. No le pide pecar contra nin-

gún mandamiento. Solamente le sugiere que “tiente” a Dios su Padre, que lo ponga a prueba: para que le convierta las piedras en panes, para que le envíe ángeles y no tropiece su pie en la piedra cuando se tire espectacularmente desde el pináculo del templo, para que lo ponga a prueba volviendo su capacidad de adoración hacia el Tentador. Ante tentaciones semejantes, el pueblo de Israel desobedeció la Alianza con Dios en el desierto:

“Ojalá escuchéis hoy su voz No endurezcáis el corazón como en Meribá, como el día de Masá en el desierto, cuando vuestros padres me pusieron a prueba y me tentaron aunque habían visto mis obras”

Jesús escucha la Voz. El ser humano “vive de la Palabra que sale de la boca de Dios”. El ser humano auténtico “no tienta a Dios”. Se fía absolutamente de Dios. El ser humano no debe excitar los celos de Dios adorando, aunque sea provisoriamente, a otro. Jesús muestra una confianza absoluta en su Abbá. Deja todo en sus manos. Sabe que el Abbá lo cuida.

Muchas veces tentamos nosotros a Dios. Lo ponemos a prueba. No nos fiamos de su Promesa. No creemos que haya establecido con nosotros y con nuestro mundo una Alianza eterna. Como los dos ciegos de la película “Vía Lactea” de Buñuel, después de haber sido curados de nuestra ceguera continuamos utilizando nuestros bastones de ciego como si nada hubiera ocurrido.

Nos encanta suplantar a Dios de mil formas. No nos basta su Palabra. Lo que tantas veces se llaman “mediaciones” no son sino expresión de absoluta desconfianza en el poder de Dios.

LA VOCACIÓN CRISTIANA: VISIÓN Y MISIÓN

Gn 12,1-4a

2Tm 1,8b-10

Mt 17,1-9

Hay personas que saben lo que Dios quiere de ellas. Pero hay también muchas personas que no lo saben o, si lo saben, no quieren saber nada de ello. La resistencia a la llamada de Dios es autodestructiva. Quien no obedece a Dios no está obedeciendo a su más profundo sueño. Lo que llamamos “voz de Dios” es la revelación providencial de aquello que llevamos inscrito en lo más profundo de nuestro ser. ¡Es la clave secreta que da acceso a nuestros mejores recursos!

Éste es el domingo de la vocación cristiana. También de la vocación a cada una de las formas de vida cristiana. No debiera haber en nuestra Asamblea nadie que no se sienta llamado. Para todos hay una llamada. La vocación es fuente de felicidad y de sentido. ¡Qué bello es sa-

ber que eres como eres y haces lo que haces porque estás vocacionado!

¡Bendito quien se arriesga a salir y se aventura!

Hay momentos en la vida en que uno siente la necesidad de cambiar, de entrar en una página inédita de su propia existencia. Hay voces interiores que nos invitan a abandonar lo conocido y entrar en lo desconocido. Una profunda insatisfacción nos hace entender que allí donde estamos, donde vivimos, no hay futuro. Y uno se siente llamado a salir, a perderse, a comenzar una nueva y definitiva aventura.

Así le sucedió a Abrán, como prototipo de tantos otros seres humanos. Fue el primer gran emigrante del espíritu. Él interpretó que era Dios, un nuevo Dios, el origen de su inquietud. El joven Abrán respondió con radicalidad porque era muy radical la llamada. Decían los rabinos, en sus explicaciones catequéticas, que Abrán dejó a sus dioses para adherirse sin condiciones al nuevo Dios que se le manifestaba en su horizonte como “el Único”. Pero este Dios era un admirable seductor. Lo desinstalaba constantemente. Lo llevaba de aquí para allá. Abrán salió sin saber adónde iba. Su vida se convirtió en un admirable camino hacia la Patria prometida. No salió para disfrutar de la Patria —ya desde el primer momento—, sino para “buscar la Patria”.

En la vida no somos felices cuando poseemos, sino cuando caminamos, cuando deseamos. Ésa es nuestra condición: ser felices en el deseo, en la tendencia. Somos caminantes por esencia. Nuestra felicidad se encuentra en el camino. La instalación nos deshumaniza. Morar siem-

pre en lo conocido nos encarcela. Hay momentos en la vida en que hay que responder a la voz que nos llama “más allá”. Hay que creer en la Promesa, aunque sea arriesgado, aunque no se tengan las cosas seguras. En ello estriba nuestra felicidad.

Vocación para evangelizar sin descanso

La segunda lectura de este domingo nos habla del joven Timoteo. El autor de la carta, como padre en la fe, exhorta al joven y lo invita a llenar su vida de sentido. Lo hace con un mandato y una extraordinaria aclaración.

- *El mandato.* “Toma parte en los duros trabajos del Evangelio, según la fuerza de Dios”. Se le dice a Timoteo que su vocación no tiene nada que ver con una tarea fácil y llevadera que le vaya a permitir disfrutar de muchas horas de descanso u ocio. Evangelizar es vivir inquieto, en disponibilidad absoluta —¡las veinticuatro horas! —, es amor sin límites, es transmitir la mejor noticia de la forma más creíble, porque es necesario que se sepa para vivir con esperanza. Al joven Timoteo se le pide que no se escabulla y que su celo apostólico le ocupe la vida.
- *La extraordinaria aclaración:* la pasión evangelizadora tiene un motivo: Dios nos ha salvado ya, Dios nos ha llamado a vivir una vida santa, es decir, una vida en alianza con Él, en-amorada de Él. Nos ha llamado a vivir en su Palacio, en su Tienda, en su intimidad. Sí, a nosotros, que somos pecadores. Él quiere que habitemos en “lo Santo”... y ya desde tiempos inmemoriales.

Comunicar la Visión

“¡No contéis a nadie la VISIÓN!”. He aquí un secreto sorprendente que tiene una fecha de caducidad más sorprendente aún: ¡hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos! Los tres jóvenes Pedro, Santiago y Juan son agraciados con la revelación más insospechada: Jesús les manifiesta su interioridad, su misterio. ¡Es el Hijo amado, único, de Abbá Dios! Abbá dice que escuchen sus palabras, que contemplan su belleza, que profundicen en su misterio. Jesús estaba transfigurado, al revelar toda la Luz que lo habitaba. Los tres amigos recibieron la gracia de la mirada y vieron aquello ante lo que habían estado ciegos. Más aún: descubrieron que Moisés y Elías —los grandes padres del Pueblo— eran amigos íntimos de Jesús. Quedaron sorprendidísimos. Pedro estaba fuera de sí: ¡Qué bien se está aquí! Quiso establecerse en esa felicidad. ¡Hagamos tres tiendas! En el fondo quería hacer un límite sólo para privilegiados. Poner cerco a la felicidad para disfrutarla ellos solos.

Pero Jesús endereza las cosas. Les dice que tienen vocación de aventureros. Que es necesario descender, seguir el camino sin pararse hasta llegar a la montaña de la muerte y de la Resurrección. Les anuncia que habrá resurrección de entre los muertos y que la vida tiene un segundo tiempo decisivo.

La vocación es una experiencia de Visión. El Abbá se nos revela como nuestro Abbá. Vocación es lo mismo que escucha: “Tú eres mi hija... mi hijo... mi amado, mi preferido”. La vocación es un envío misionero y un mandato a la gente: “¡Escuchad a mi hija, a mi hijo...!”.

Cuando se escucha en profundidad a una persona llamada por Dios, se descubre en ella la voz misma de Dios. Hay que prestar mucha, mucha atención... pero ahí, detrás de cualquier persona vocacionada, está el mismo Dios.

La vocación lleva al temor. Uno siempre se siente indigno, impreparado, incapaz. Pero Dios... ¡lo que quiere lo hace! Nadie es llamado para disfrutar solo de Dios. Somos llamados para contar la Visión, pero el día prefijado por aquel que nos envía la Luz que nos habita irá poco a poco iluminando el mundo y llenándolo de vida.

EL AGUA QUE CALMA LA SED

Ex 17,3-7

Rm 5, 1-2.5-8

Jn 4,5-42

En este tercer domingo se inicia la “Cuaresma catecumenal”. Podemos percibir en el itinerario espiritual, a partir de ahora, las huellas y restos de una antiquísima tradición: la preparación inmediata de los catecúmenos para el Bautismo. A nosotros, bautizados, nos puede parecer “innecesario” pero la madre Iglesia, en su sabiduría, nos ofrece la oportunidad de volvernos catecúmenos de nuevo, de poder entrar –como si fuera la primera vez– en la experiencia de nuestra iniciación cristiana, de nuestro bautismo-confirmación.

Este domingo está dedicado al “agua viva”, a la evocación del bautismo, para que nos dispongamos a nacer de nuevo del agua y del Espíritu.

¡No nos dejará morir de sed!

Huyen de Egipto. Los hebreos van haciendo camino al andar en las estepas de la península del Sinaí. Es un de-

sierto que la Biblia llama Midbar-Sur (Ex 15,22) o Midbar-Etam (Nm 33,8). En este camino por el desierto hay varias etapas: la primera es Mará –lugar de las aguas amargas– (Ex 15,23), la segunda es Elim (árboles), donde se encontraban doce fuentes y setenta palmeras (Ex 15,27) y donde aconteció el episodio del Maná y de las codornices (Ex 16). Continúa la marcha y se llega a una nueva etapa, a la que corresponde la primera lectura de este domingo: ¡Refidim!, localidad en las proximidades del Sinaí (Ex 17,11). “No había agua potable”. El pueblo protesta (significado de Meribá), pone a prueba (significado de Masá), murmura; no cree en el Dios de la Alianza, ni se fía de Él. Entonces “Moisés clamó al Señor” y Dios le respondió:

“lleva también en tu mano el cayado con el que golpeaste el río Herirás la peña de ella saldrá agua y el pueblo beberá” (vv 5-6)

Moisés hizo lo que Dios le mandó en presencia de los ancianos.

Las circunstancias de la vida nos llevan frecuentemente a desconfiar de Dios, o incluso a olvidarnos de él. ¡Es la condición humana! También nosotros somos generación incrédula, hombres y mujeres de poca fe. El Dios de la Alianza no nos abandona. Necesitamos un Moisés creyente e intercesor que nos conduzca por el desierto y aliente nuestra fe.

Una alianza nueva y definitiva

Samaría era considerada por los judíos como tierra heterodoxa. Los judíos despreciaban a los samaritanos. Para insultar a alguien lo llamaban despectivamente “¡samaritano!”. En el año 128 a.C. los judíos destruyeron el templo samaritano del monte Garizín; pero también en-

tre los años 6 y 9 d. C. algunos samaritanos profanaron el templo de Jerusalén durante la fiesta de la Pascua.

Jesús decide pasar por un territorio muy conflictivo, pero lleno de historia. ¡Allí estaba el terreno cedido por Jacob a su hijo José y el lugar donde José había sido enterrado! Había allí un manantial: era un pozo profundo que, según los datos arqueológicos, estuvo en uso desde el año 1000 a.C. hasta el 500 d.C.: ¡el pozo de Jacob! Este pozo nos evoca también el manantial abierto por Moisés en la roca, cuando el pueblo caminaba por el desierto.

Jesús está fatigado, como resultado de la siembra que está realizando y del camino que está haciendo. Y, fatigado, se sienta en el pozo. Jesús es el Nuevo Manantial.

Llega una mujer, sin nombre propio. Es samaritana. Viene a apagar su sed en el manantial de Jacob. Jesús le hace una petición: “¡Dame de beber!”. Dar agua era signo de hospitalidad. También Jesús pediría agua en la cruz. Jesús le pide un favor, pero está dispuesto a hacerle otro mucho mayor: “Si conocieras el don de Dios... tú me pedirías y yo te daría agua viva”. Jesús es el manantial de la vida y se ofrece como fuente a la samaritana. La mujer se extraña. ¿Puede haber algo mejor que el pozo de Jacob? Jesús dice que el agua de Jacob no apaga definitivamente la sed. Con el agua de Jesús la sed se apaga definitivamente. La mujer cree en Jesús y quiere beber siempre de esa agua viva.

Jesús viene a ofrecer la Nueva y Definitiva Alianza, como un Esposo a su Esposa. Quiere reconquistarla. Liberarla de sus maridos opresores, de sus alianzas prostituidas. Jesús le ofrece el verdadero camino, el agua que calma la sed, la alianza sin ruptura que hace feliz.

Poco a poco, la mujer lo va comprendiendo y entra en la Alianza. Jesús la convierte en mensajera de la Nueva Alianza. La mujer nació del agua y del Espíritu.

La mujer samaritana es un símbolo de pueblos o comunidades o personas que se han apartado, que viven en situación de infidelidad... pero que tienen sed y están más abiertos de lo que parece a entrar en la Alianza.

Fe, Esperanza, Caridad

Nuestro bautismo nos introduce en la Alianza y nos concede una energía poderosa con tres rostros aunque es una: la llamamos “virtudes teologales”, o “poderes divinos” en nosotros. Pablo habla de ellas en la lectura que acabamos de proclamar: la justificación de la fe, la esperanza que no defrauda, el amor que ha sido derramado en nuestros corazones.

- La fe, la confianza absoluta en nuestro Dios, nos hace justos, nos hace estar en paz con Él, nos introduce en un mundo de Gracia y no de des-gracia.
- La esperanza que nos habita nos hace desear un regalo único: ¡la gloria de Dios! ¡Vernos envueltos en la Belleza y el Poder de Dios! Quien confía en Dios nunca queda defraudado. Sus sueños se ven realizados hasta lo impensable.
- Todo esto es posible porque Dios ha derramado su amor sobre nosotros. Jesús y el Espíritu Santo son los mediadores de tanta, tanta Gracia. Dios Padre nos conoce. Sabe que somos pecadores, débiles. Por eso, nos envió a Jesús; por eso, derrama constantemente sobre nosotros su Espíritu. Por eso, tenemos en nosotros semilla divina: fe, esperanza, caridad.

LA LUZ QUE ILUMINA LA TIERRA

1Sa 16,1b.6-7.10-13a

Ef 5,8-14

Jn 9,1-41

El cuarto domingo de cuaresma nos sorprende con el tema de la LUZ. No sólo Buda es el “iluminado”. También los bautizados nos hemos definido como “los iluminados”. Hay una diferencia. Buda hizo de su vida un camino hacia la iluminación. Nosotros, los cristianos, nos sentimos ya “iluminados” al comienzo del Camino, en el mismo bautismo. Buda hace de su existencia una búsqueda constante de la luz que lo habita. Nosotros también somos conscientes de la luz que nos habita, pero no tenemos tanta conciencia –como Buda– de la necesidad de identificarnos con esa Luz.

Ser un bautizado es ser un “iluminado”. No somos la luz, pero damos testimonio de la Luz. Este domingo nos ayuda a comprender ese camino hacia la iluminación.

¡Se busca... el candidato, la candidata... de Dios!

No siempre se elige a quien es el candidato o la candidata de Dios. Nos dejamos llevar por las apariencias, por las normas establecidas, por la costumbre, por aquello que parece obvio. Pero Dios es Creador, es mucho más imaginativo de lo que pensamos. Tiene sus candidatos o candidatas. Personas en las que ha sembrado carismas nuevos, nuevas energías y posibilidades. ¡Solo hace falta descubrirlas, reconocerlas... e incluso... buscarlas fuera del grupo establecido!

En aquel cónclave de Belén, en casa de Jesé, faltaba el candidato de Dios y hubo que ir a buscarlo fuera, al campo, entre las ovejas. Esa pregunta del profeta Samuel, “¿se acabaron los muchachos?”, es irónica, mucho más de lo que parece. Ninguno de los hermanos dijo entonces que tenía otro. Todos se callaron. El único que respondió fue el padre, el que estaba excluido de la elección.

Hay muchas elecciones en la Iglesia. En cada elección existe el peligro de que aparezcan las obras de las tinieblas. Hay que estar muy atentos, porque con las mejores razones se pueden solapar intereses de poder por el poder. Se dicen, a oscuras, cosas que después nadie se atreve a decir a la luz.

¡Ciegos, sí, ciegos junto a Jesús!

Jesús se encuentra con un ciego de nacimiento. Ha nacido “ciego”. Es una desgracia casi incomprensible. ¿No inició el Creador su creación diciendo: ¡Hágase la luz!? ¿Cómo puede nacer un ser humano sin luz? He aquí la paradoja: ¡ser dado a luz y estar ciego!

Los discípulos juzgan esta situación desde la perspectiva del castigo por el pecado: “o sus padres pecaron, o él pecó”. Para Jesús es una ocasión providencial que le permitirá mostrar cómo Él es la Luz del mundo, la Luz de la Nueva Creación. Ese hombre será muy pronto iluminado por Jesús: “mientras esté en el mundo, yo soy la luz del mundo”. Y lo es, efectivamente, porque confía en Jesús. El pobre ciego recupera su dignidad humana. Recibe una fuerza interior que maravilla a todos. La gente incluso no lo reconoce a causa de la transformación que en él se ha producido: “¿No es éste el que estaba sentado y mendigando...? ¡No! pero se le parece”.

La Luz que es Jesús ciega, ofusca a los fariseos, a los dirigentes de Israel y éstos se vuelven ciegos y ven algo diabólico allí donde resplandece sin tiniebla alguna la luz de Dios. *Quien era ciego de nacimiento irradia sobre ellos la luz de Jesús.* Pero, ¡ni por esas! Los dirigentes se vuelven más ciegos todavía. Prefieren discernir la situación a partir del “cumplimiento de la ley” y de su propia autosuficiencia. El ciego cree en Jesús. Los que piensan que ven, se han vuelto todavía más ciegos.

Existe una ceguera horrible que atenta constantemente a quienes “dirigen” las sociedades, los grupos religiosos, bien sea como gobierno, bien sea como doctrina o amaestramiento. Quienes ya lo saben todo no tienen posibilidad de aprender nada. Hay presbíteros, predicadores, teólogos, hombres y mujeres de gobierno que ya lo saben todo: ellos son la norma de la ortodoxia, el ejemplo de la clarividencia. Viven de certezas. La ley los ampara siempre. Desprecian a los ciegos de nacimiento. No perciben que en los ciegos de nacimiento se manifiesta la

gloria de Dios y no en ellos, que creen que ven. La historia del ciego se repite.

Es bueno que nosotros mismos, yo mismo, me pregunte si tengo todas las cosas claras; si no dudo de mis certezas; si no aprendo nada de los pobres, de los herejes, de los últimos. Quien se sitúa ante lo nuevo como juez implacable, quien de nadie que no sea de su línea aprende, quien lleva defendiendo la misma posición durante años... está padeciendo una terrible ceguera, aun estando muy cerca de Jesús.

La Iglesia de la Luz

Sí, a veces las tinieblas se apoderan de nosotros, o nos servimos de ellas para no pocas actuaciones. La utilización excesiva del “secreto”, las maquinaciones ocultas, las deliberaciones en las cuales se juegan asuntos muy importantes de los demás... ¡todo eso pertenece al mundo de las tinieblas!

Hay una información “secreta” que pertenece al mundo de las tinieblas. Quien tiene información es poderoso, se siente poderoso. Mira a los demás con desprecio. Dice las cosas con segundas intenciones. Así utilizaron las informaciones contra Jesús sus enemigos –amigos de las tinieblas–. Así utilizan no pocos hoy sus informaciones, recibidas de anónimos y sombríos acusadores. Jesús no era así. Pablo no era así... “hasta da vergüenza mencionar las cosas que ellos hacen a escondidas”, “dicen a escondidas”, “deciden a escondidas”. Donde hay mucho secreto, allí anida la corrupción. Donde no hay luz, allí se establece el reino de las tinieblas. Quien está con Jesús, Luz del mundo, no tiene nada que ocultar. ¡Que venga la Iglesia de la Luz!

CUANDO EL ESPÍRITU TOCA LA CARNE

Ez 37,12-14

Rm 8,8-11

Jn 11,1-45

¡Agua! ¡Luz! ¡Vida! Éstas son las palabras que van marcando e inspirando nuestro camino cuaresmal hacia la Pascua. Hoy nos corresponde la palabra ¡Vida!

Es paradójico que cuando ya nos acercamos a celebrar la Semana Santa, también semana trágica de la condenación y muerte de Jesús, el tema que Jesús nos propone sea precisamente éste: “Yo soy la Vida”. Sí, hablamos de la vida cuando nos circunda tanta, tanta muerte. ¿Qué virus maléfico lleva a la humanidad a ser tan cruel, tan vengativa, tan violenta?

Se hace necesaria una gran Misión, un gran Envío a todas las naciones de la tierra: la gran Misión de la Vida, el envío de los Misioneros y Misioneras de la Vida... ¡para que Dios sea glorificado!

¡Os infundiré mi Espíritu y viviréis, pueblo mío!

¡Sepulcros! ¡Tierra! Con estas dos palabras define el profeta Ezequiel la situación presente y futura del pueblo de Dios. En el presente el pueblo está muerto. El pueblo es un cementerio, morada de muertos y sepultados. Cuando un pueblo está muerto reina la corrupción, la desesperación, la tiniebla. No hay futuro. Pero quien está encerrado en miles de sepulcros es el pueblo elegido y que pertenece a Dios. El valle de los huesos secos es un gran cementerio. Allí está el pueblo de Dios. El espectáculo no podría ser más desolador.

En el futuro inmediato Dios promete un cambio absoluto de la situación. Siente dolor, pena profunda. Lo revela la repetición de esta expresión “¡Pueblo mío!, ¡pueblo mío!” Dios siente una enorme pena, como David cuando lloraba la muerte de su hijo Absalón, precisamente cuando atentaba contra él, y exclamaba “Hijo mío, hijo mío”. Dios se compromete él mismo a abrir los sepulcros, a hacer salir de los sepulcros, a infundir espíritu y dar vida, a llevar a la Tierra. Y además se juramenta: “Yo soy el Señor, ¡lo digo y lo hago!”.

La pasión amorosa de Dios por su pueblo es impresionante. Deja libre la libertad... hasta que no puede más. Cuando la libertad es empleada para la autodestrucción, Dios reivindica su poder paterno y materno y da vida a lo que está muerto.

Esta profecía de Ezequiel, ¿no nos recuerda también la sepultura de Jesús? El Abbá contempló a su Hijo sepultado... como el pueblo. ¡Hasta ahí llegó la solidaridad de Jesús con nosotros! En el santo sepulcro resuenan las

palabras de Dios Padre: “¡Hijo mío, Hijo mío!”. Y el Abba lo resucita, le da el Espíritu, lo lleva a la Nueva Tierra.

Si Dios es así, si nuestro Padre-Madre es así, ¿qué nos podrá separar del amor de Dios? ¿La muerte?

¡La muerte ya no hiere a sus amigos!

¡Hermanos!, ¡amigos! Otras dos palabras que entretejen este relato de la resurrección de Lázaro.

Lázaro, Marta, María, son hermanos. Así se llamaban también los primeros cristianos: ¡hermanos, hermanas! También Pedro y Andrés eran hermanos, y el cuarto evangelio lo resalta. Marta y María sintieron hasta en lo más hondo de su ser, la muerte de su hermano. Quedaron absolutamente desoladas. Lázaro, Marta y María eran amigos de Jesús. Se dice que Jesús los amaba: a Lázaro, a Marta, a María. ¡A cada uno, a cada una, a su manera! En un momento Jesús llama a Lázaro “nuestro amigo”. Jesús valora mucho la amistad.

Jesús revela quién es en un contexto de fraternidad y de amistad. “¿Quiénes son mis hermanos, mis hermanas? ¡Los que escuchan la palabra de Dios!”. Marta, sobre todo, escucha la Palabra y confiesa a Jesús como “el Hijo de Dios”, “el que tenía que venir al mundo”, “la resurrección y la vida”. Marta cree. También María escuchaba embelesada la Palabra hasta olvidarse de todo. Eran hermanas de Jesús. También eran amigas. Pareció que la muerte de Lázaro iba a herirlas irremediabilmente. Pero llegó Jesús y todo cambió de color. Lázaro escuchó la voz del Hijo del hombre y resucitó. Volvió la paz, la alegría, la esperanza a casa de “los hermanos”, de “los amigos”.

Jesús no les ahorró el dolor de la muerte. Llegó cuatro días después. No les ahorró el tiempo de duelo. Pero, tras el duelo, viene la luz, la esperanza. Y es... que ¡la muerte, ya no hiere a sus amigos!

Cuando el Espíritu envuelve la carne...

¡Carne! ¡Espíritu! De nuevo nos encontramos con dos palabras que Pablo utiliza para decirnos algo importante. En nosotros hay “carne”, en nosotros hay “espíritu”.

Somos seres “carnales”, pero también “espirituales”. Cuando hablamos del Espíritu contemplamos nuestra vida desde su trascendencia, desde su misterio. Entonces percibimos que nuestra vida es consistente, que estamos llamados a la “vida eterna”; entonces percibimos que nada es definitivamente amenazante. Quien se deja llevar por el Espíritu se abre al infinito, descubre sus más secretas potencialidades, se siente hija o hijo de Dios.

Cuando Pablo habla del Espíritu sabe muy bien que el Espíritu de Dios se une a nuestro “espíritu” con minúscula; que el Espíritu de Jesús nos ha sido enviado y que se derrama en nuestros corazones. Cuando recibimos el Espíritu de Jesús, este mismo Espíritu supera en nosotros todas las muertes que nos amenazan, nos da vida, nos resucita.

No hay que poner en contraposición carne y espíritu. La carne queda transfigurada y eternizada gracias al Espíritu. Por eso confesamos: “¡Creo en la resurrección de la carne!”. Decía Nietzsche que “en el verdadero amor, el alma envuelve al cuerpo”. Nosotros decimos: “en el verdadero amor, el espíritu envuelve a la carne”.

LA TOMA DEL TEMPLO: JUEZ DE JUECES

Is 50,4-7

Flp 2,6-11

Mt 16,14-27,66

Después de muchos siglos, vemos que en el mundo no hay paz y ¡mucho menos en Jerusalén! Hay guerra en demasía: muertes, violencias, atentados, destrucción... Añoramos la paz, pero la paz no llega. ¿Fue el sueño de Jesús un sueño imposible? ¿Somos los cristianos, que en este día celebramos la entrada de Jesús en Jerusalén, los auténticos “cautivos de la esperanza”?

La perspectiva

La entrada de Jesús en la ciudad santa de Jerusalén respondió a un deseo muy especial de Jesús. Él quiso –por propia iniciativa– representar, hacer realidad, un texto del profeta Zacarías (9,8-12):

“Yo acamparé junto a mi Casa como guardia contra quien va y quien viene, y no pasará más opresor sobre ellos, porque ahora miro yo con mis ojos

¡Exulta sin freno, hija de Sión, grita de alegría, hija de Jerusalén! He aquí que viene a ti tu rey justo él y victorioso, humilde y montado en un asno, en un pollino, cría de asna. El suprimirá los cuernos de Efraím y los caballos de Jerusalén, será suprimido el arco de combate, y él proclamará la paz a las naciones. Su dominio irá de mar a mar y desde el Río hasta los confines de la tierra. En cuanto a ti, por la sangre de tu alianza, yo soltaré a tus cautivos de la fosa en la que no hay agua. Volved a la fortaleza, cautivos de la esperanza, hoy mismo, yo lo anuncio, el doble te he de devolver”

Jesús quiere acampar junto a la Casa de Dios. Hace del Templo de Jerusalén el centro de su última misión. Quiere tomar posesión del Templo como rey victorioso y humilde, quiere proclamar la paz a todas las naciones y derribar todos los muros de separación y todas las causas de enfrentamiento.

Jesús entra en Jerusalén con la dignidad inmensa del rey de la Paz, del rey humilde y no violento. La gente lo percibe. La gente lo aclama sin miedo: ¡Hijo de David!, ¡el que viene en el nombre del Señor! Deberíamos imaginarnos el entusiasmo y la pasión de aquellas gentes que encontraron en Jesús la respuesta de Dios a sus penas, a sus esperanzas (¡cautivos de la esperanza!). La gente no percibió la gravedad de aquello que hacían. Un entusiasmo ciego se apoderó de ellos. Entraron en Jerusalén sin el menor respeto humano, proclamando la Gracia definitiva de Dios sobre la Ciudad.

Pero aquello que parecía el gesto pacífico y pacificador por excelencia se convirtió en el desencadenante de la peor de las acciones violentas: la condena a muerte, y muerte de cruz, del Rey de la Paz, Jesús.

La fuente de su energía

A través de la figura del Siervo de Yahweh iremos, durante esta Semana Santa, penetrando en la intimidad de Jesús. ¿Qué sentía Jesús al entrar en Jerusalén? ¿Cuál era su actitud espiritual? En esta lectura de Isaías encontramos la respuesta:

- deseo de confortar a los abatidos con palabras de aliento; el Abbá le ha dado una palabra capaz de llevar el máximo consuelo;
- mañana tras mañana, el Abbá le despierta a Jesús el oído para que sepa aquello que ha de hacer; Jesús es obediente y sumamente atento a la Palabra de su Abbá,
- por eso, es capaz de resistir la violencia sin violencia; por eso, no se arredra ante tantas dificultades y malas actitudes que va a encontrar.
- Jesús tiene una confianza sin límites en su Abbá; sabe que no quedará avergonzado ante nadie.

El “misterio” de Jesús

Para comprender lo que Jesús hizo por nosotros es necesario conocer quién fue Jesús. Pablo se extasía ante su “misterio”. En su apasionada Carta a los Filipenses revela —a partir de la experiencia de la Resurrección del Señor— quién era Jesús y cómo se comportó:

- Jesús era de “condición divina”.
- No quiso mantenerse igual a Dios y se hizo uno de tantos al venir a esta tierra.
- Más todavía; se hizo ser humano, pero de esa forma en que nosotros no queremos serlo: entró en

estado de sometimiento, de esclavitud, de servidumbre.

- Jesús se sometió a nuestra “condición humana” asumiendo los últimos puestos, el último lugar.
- Por eso, no es extraño que Jesús no obtenga un éxito inmediato. Al parecer todos sus sueños se ven contradichos por la realidad: Él quería la Salvación del mundo, Él venía como Rey de Paz, y sin embargo, el mundo continúa condenado, la paz brilla por su ausencia.
- Pablo dijo que Dios lo exaltó precisamente por eso, y le dio el nombre sobre todo nombre, “de modo que ante Jesús se arrodille toda persona en el cielo y en la tierra”. Jesús es ya lo que nosotros todavía no vemos; acontece ya, lo que nosotros todavía no percibimos. Vivimos en la fe. Pero un día todo será evidente.

¡Jesús es el Hijo del hombre, Juez de jueces!

Nos propone este año la madre Iglesia el relato de la Pasión de San Mateo. Este evangelista sigue el relato fundamental que encontramos en Marcos, de forma más escueta. Mateo añade al relato tradicional ciertos retoques, con la intención de hacerlo más comprensible para los cristianos y de implicarnos a todos en el dramático acontecimiento de la captura, la condena y la muerte del Señor Jesús.

Me parece clave, en el relato, el motivo por el que Jesús es condenado:

“Como Jesús callaba, el sumo sacerdote le dijo

B «Te conjuro por el Dios vivo a que nos digas si tú eres el Mesías, el Hijo de Dios»

A Jesús le respondió

† «Tú lo has dicho Además, yo os digo que pronto veréis al Hijo del hombre, sentado a la derecha de Dios, venir sobre las nubes del cielo»

A Entonces el sumo sacerdote rasgó sus vestiduras y exclamó

B «¡Ha blasfemado! ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Vosotros mismos habéis oído la blasfemia ¿Qué os parece?»

A Ellos respondieron

B «Es reo de muerte»

Jesús “calla” ante el Sumo Sacerdote porque no lo acepta como juez legítimo. El Sumo Sacerdote no tiene autoridad para juzgar a Jesús. Por eso, su actitud es la del silencio respetuoso, que, sin embargo, exaspera a quienes quieren juzgarlo. Entonces Caifás lo interpela en nombre de Dios y le pregunta por su identidad. Más todavía, le pregunta si él es el Mesías, el Hijo de Dios. Jesús le responde sagazmente: ¡Tú lo has dicho! Pero lo que Jesús dice es más importante aún. Parece que les habla de un personaje misterioso —¡el Hijo del hombre!—. Evoca al Hijo del hombre del que habló el profeta Daniel, aquel que vendría a juzgar a todas las naciones. Jesús le dice, por tanto, al Sumo Sacerdote y al Sanedrín que verán venir al Hijo del hombre para juzgarlos a ellos y que vendrá del lado de Dios. Jesús desvela de esta forma humilde su propia identidad.

El Juez que viene de Dios es condenado por los jueces de la tierra que se creen nombrados por Dios; el Hijo del hombre —hijo amado de Dios— es condenado por blasfemo por los hombres. Ésta es la clave que nos permite entender el drama que hoy nos es proclamado.

TIEMPO DE PASCUA

Cincuenta días para interiorizar el Misterio de la Pascua y la Presencia misteriosa del Señor Resucitado. El Espíritu –primer Mistagogo– nos irá llevando de misterio en misterio, nos hará saborear el gran Don recibido, hasta introducirnos en su mismo misterio: su efusión en Pentecostés.

He aquí los pasos que iremos dando: 1) Domingo de Resurrección. *Ellos* lo mataron. *Dios* lo resucitó. *Nosotros* lo anunciamos; 2) Segundo domingo. ¡Bienaventurados quienes sin ver creyeron!: profundizando en la fe; 3) Tercer domingo. ¡Reconocer!: el lento aprendizaje de la fe; 4) Cuarto domingo. Iconos vivos del Buen Pastor: Jesús en medio de su comunidad a través de sus ministros; 5) Quinto domingo. Grano y Espiga: de la muerte a la Vida plural; de la resurrección nace la Iglesia; 6) Sexto domingo. Así se expande el Evangelio: ¡desde la confianza!; 7) Ascensión del Señor. Glorificación y Envío, Ausencia y Presencia; 8) Pentecostés. No hay monopolio... ¡El Espíritu sobre toda carne!

Este precioso itinerario mistagógico convertirá este tiempo en espacio de alta espiritualidad.

**ELLOS LO MATARON. DIOS LO RESUCITÓ.
NOSOTROS LO ANUNCIAMOS**

Hcb 10,34a.37-43

Col 3,1-4

Jn 20,1-9

Hoy celebramos el día más importante del año litúrgico. Es el día en que resucitó la Vida; en que Jesús, que murió por nosotros, comenzó a vivir para siempre, por nosotros. Éste es el quicio de nuestra fe. En torno a él todo gira y adquiere sentido.

¡Basta la tumba vacía... para creer!

María Magdalena –primera agraciada con la aparición del Señor– y el discípulo amado –primer creyente en la resurrección– son los protagonistas del primer domingo de la historia.

Con motivo de la Pascua, el primer día laboral de la semana se convirtió en el “Dies Domini” o “Dies dominicus”. Y desde entonces este día está marcado por la gran experiencia de la Pascua cristiana.

No había dado tiempo a embalsamar el cuerpo de Jesús el viernes y María viene a hacerlo apenas comenzada la semana. Descubre, todavía de noche, que habían removido la piedra de entrada; más todavía, que había desaparecido el cuerpo. ¡Qué amanecer tan inquietante! ¿Qué habrá ocurrido? María comunica la noticia y busca. Corre al encuentro de los Apóstoles. Pedro y el discípulo amado de Jesús se ponen rápidamente en camino hacia el sepulcro. Corren juntos. El discípulo amado, más veloz, llega primero. Se asoma. Ve que el cuerpo no está, aunque sí las vendas. No entra. Deja que Pedro entre el primero. Constatan que probablemente no ha sido un robo, pues todo está muy ordenado. El discípulo amado entra entonces en el sepulcro. Ve lo que allí había y allí faltaba, y “cree”.

En ese momento el discípulo amado entendió las Escrituras. No fue necesario ver al Señor. Jesús resucitó en su corazón y en su fe. La tumba vacía fue, para el discípulo amado, la gran respuesta a sus preguntas. Las Escrituras le iluminaron.

Nosotros tenemos la misma experiencia. No hemos visto al Señor resucitado, pero sí la tumba vacía. No hay sepulcro en la tierra en el cual podamos encontrar el cuerpo del Señor. Pero sí podemos tener la experiencia de la Resurrección como el discípulo amado. Las Escrituras Santas nos devuelven a Jesús Resucitado. Comer y beber con Él en la Eucaristía nos hace sentir su Cuerpo, su Sangre, su Vida. Cada Eucaristía es momento pascual, experiencia del Resucitado.

Después Jesús se apareció a María Magdalena. Ella recibió el encargo-misión de revelar el misterio de la resurrección a los discípulos.

¡Ellos lo mataron! ¡Dios lo resucitó! ¡Nosotros lo anunciamos!

La comunicación de la resurrección de Jesús no resultó fácil. A nosotros tampoco hoy nos resulta fácil transmitir esta gran convicción de nuestra fe. Según la primera lectura de este domingo, son tres las palabras que en esta transmisión del mensaje resultan importantes: Ellos, Dios y Nosotros.

¡Ellos! “Lo mataron... colgándolo de la cruz”. Con estas palabras resume Simón Pedro –ante la gente que lo escucha– el martirio de Jesús. Ése fue el fin de un hombre que pasó por esta tierra “haciendo el bien y sanando a los oprimidos por el diablo”, de un hombre a quien Dios había ungido con la fuerza del Espíritu Santo, de un hombre de quien se debía decir “¡Dios estaba con Él!”. Lo mataron como al más perverso de los seres humanos. La justicia del imperio, la justicia del pueblo judío, cometió la tropelía, la injusticia más monstruosa de toda la historia. Si fue posible ese “error histórico”, consideremos cuántas injusticias seguirán aconteciendo en nuestro mundo.

¡Dios! Dios Padre no se inhibió. Tampoco actuó brutalmente para restablecer la Justicia. Dios “lo resucitó al tercer día”, Dios lo constituyó juez de vivos y muertos. El Condenado por la Justicia es ahora constituido Juez del Universo. Es la gran paradoja. ¿Qué sentirán quienes le condenaron al presentarse ante el Juicio y descubrir

que el Condenado es ahora el Juez? Razón tenía Jesús al decir “No juzguéis y no seréis juzgados”.

¡Nosotros! Pedro no personaliza la experiencia. Habla en nombre de un colectivo: ¡la Iglesia naciente! La apenas recién nacida Iglesia está formada por un grupo de mujeres y hombres “testigos”. En eso consiste su gloria: ¡no en lo que ellos han hecho o hacen, sino en aquello que les ha sido dado contemplar, vivir! ¡Han sido testigos! De la misma manera que quienes fueron testigos de la caída de los Torres Gemelas en Nueva York no influyeron para nada en su caída, así también los que han sido testigos de la resurrección de Jesús, no han influido nada en el acontecimiento. Pero a ellos les cabe la tarea de comunicar su experiencia, de predicarla a todos los vientos para que los pueblos de la tierra se enteren. Pedro dice que ellos son testigos por voluntad de Dios.

Cuando el futuro se refleja en nuestro rostro

La segunda lectura nos introduce más todavía en el misterio de la Resurrección. Juega con dos expresiones lingüísticas muy interesantes: el indicativo y el imperativo. El indicativo nos indica qué hace Dios por nosotros. El imperativo dice qué hemos de hacer nosotros por Dios.

¿Qué hace Dios por nosotros? Pues ¡nos ha resucitado! Dios Padre nos ha concedido participar en el acontecimiento de la resurrección de Jesús. Jesús resucitado es germen de vidas resucitadas. Junto a Jesús la muerte no tiene, ni mucho menos, la última palabra. Estar con Jesús es escuchar la Palabra de la Vida, ser bautizado en el agua de la Vida, comer el Pan de la Vida y beber el Vi-

no de la Nueva y definitiva Alianza. Por eso, aunque nos aceche, aunque nos amenace la muerte, no hemos de temer: ¿dónde está, muerte, tu victoria? La muerte nunca nos vencerá. La muerte no hiere a los amigos de Jesús.

¿Qué hemos de hacer nosotros, puesto que Dios nos ha hecho ya anticipadamente resucitar? Vivir el futuro en el presente. Aspirar a los bienes de esa vida plena, colmada. Tener una fuerte moral de victoria. No tener miedo a nada, ni a nadie. Vivir con la dignidad de los ciudadanos de la gloria.

A los cristianos nos ilumina el futuro. Cuando un cristiano muere, la resurrección le envuelve y... por eso... sonríe, aunque la certeza de morir le entristezca. La esperanza es una fuerza que nada ni nadie puede vencer. Si hemos resucitado con Jesús, ¡tengamos, pues, rostro de resucitados!

¡BIENAVENTURADOS QUIENES SIN VER CREYERON!

Hcb 2,42-47

1Pe 1,3-9

Jn 20,19-31

Si importante es la cuaresma de cuarenta días, no menos importante es la Pascua, de cincuenta. Si importantes son los procesos de reiniciación cristiana, muy importantes son también los procesos mistagógicos, de introducción en la contemplación y disfrute de los sagrados misterios.

La madre Iglesia nos ayuda a sentirnos “hijos e hijas de la resurrección”. La frase puede sonar a tópico, a frase hecha. Fue Jesús quien habló así a los saduceos que no creían en la resurrección. La fe en la resurrección tiene siempre el aspecto de un tremendo salto en el vacío. Escuchemos la Palabra de este domingo, que nos revela algo de este misterio fascinante pero también tremendo.

¡Paz... Paz! ¡Bienaventurados los que creen!

No había paz en la comunidad de los discípulos. La fe en la resurrección de Jesús no aparecía como algo evidente. Poco a poco iban dándose cuenta, percibiendo el misterio. Pero el proceso de cada uno no era simultáneo. Unos creyeron antes. Otros después. La confusión reinaba entre las discípulas y discípulos. Ellas fueron las primeras agraciadas con la experiencia del Resucitado. Ellos fueron entrando poco a poco en el grupo de los creyentes, aunque les atenazaban las dudas.

No surgió la fe en la resurrección como si de una alucinación colectiva se tratara. Nada de eso. Hubo más bien una realidad misteriosa, que hacía referencia a Jesús de Nazaret, que fue poco a poco cambiando uno a uno a cada uno de sus discípulas y discípulos. El proceso para creer en el Resucitado no era simple. Requería captar todo el misterio reflejado en el Antiguo Testamento, en los profetas, en los salmos, en la ley. Requería, así mismo, tener claves para entender toda la vida de Jesús y también su muerte horrible, como un condenado por la autoridad religiosa y civil. A esto no se llegaba en un instante.

Una comunidad cristiana que cree en la resurrección no es algo obvio. Eso no nace de la carne y de la sangre. Es una comunidad de gente que ha sido “ganada” por el Espíritu, que ha recibido una peculiar forma de ver y de sentir. ¿Cuántos entre nosotros se dejan afectar auténticamente por la fe en la resurrección?

No nos podemos ni debemos recriminar nada. La figura apostólica de Tomás está ahí para indicarnos que hemos de tener paciencia con nosotros mismos y con los

demás. Cada uno llega a la fe cuando llega, pero mejor es llegar tarde que nunca. El “si no lo veo no lo creo” refleja muy bien lo que cada uno de nosotros siente muchas veces.

Cuando en el Credo decimos: “Creo en la resurrección de la carne” estamos expresando un gran deseo: “¡Quiero creer!”, “Señor, aumentame la fe!”. Creer en la resurrección no es el resultado de un esfuerzo voluntarista, sino el regalo de una nueva mirada, de una nueva sensibilidad, de una “esperanza viva”.

“Hermanas y hermanos”, “hijas e hijos de la resurrección”

Cuando la fe en el Resucitado se asienta, la comunidad cristiana confiesa que:

- *hay resurrección colectiva*; que Jesús es la primicia, el primero, y no el único; que él ha abierto el seno y tras él iremos naciendo a la vida eterna todas sus hermanas y hermanos;
- *la conciencia de resurrección transforma la vida* aquí en la tierra, en la historia.

La perspectiva –la promesa de Resurrección– cambia totalmente los deseos. Nadie se juega todo en el primer tiempo. Saben que hay un segundo tiempo para definir la propia vida. Por eso, los primeros cristianos estaban dispuestos a perder su propiedad por amor. Vivían con intensidad el mandato del amor con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas. No solo dirigían la fuerza de su amor a Dios, sino también a los hermanos. Por eso, también la comunidad cristiana tenía “un solo corazón”, “una sola alma” y “todo en común”.

La fe en la resurrección convertía la primera comunidad cristiana en un grupo entusiasta, irradiante, irrefrenable, testimoniante hasta la muerte. Nadie hay tan peligroso como aquel que cree en la vida eterna. Es como un “kamikaze” no violento. A Jesús se le acabó la vida demasiado pronto. Pero no le importó. Tenía una fe irrefrenable en el poder de Abbá. Por eso, celebró la última cena como lo hizo. Por eso, también su comunidad quiso ser la Comunidad de la Última Cena: un solo pan, un solo vino, un solo corazón, una sola alma, todo en común.

La fe en el Dios misericordioso que resucita vale más que el oro

Le estamos prestando una peculiar atención, en estos días de Pascua, a la primera carta de Pedro. Sería oportuno no sólo leer párrafo tras párrafo en el momento asignado, sino dedicar un tiempo más largo de contemplación y oración para leer todo este escrito de forma seguida y captar la belleza, la riqueza, la propuesta de esta magnífica catequesis.

Hoy hemos leído la introducción. Quien está detrás es un hombre entusiasta, feliz, agradecido; está detrás de ella un profeta de la resurrección; un hombre poseído por la sabiduría que es Jesús Resucitado. Fijémonos bien en su manera de hablar:

“Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que en su gran misericordia, por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha hecho nacer de nuevo para una esperanza viva, para una herencia incorruptible, pura, imperecedera, que os está reservada en el cielo”

¿Se puede decir más? ¡Qué magnífico panorama de sentido! Hemos nacido de nuevo. Lo que nos espera no son ideas, conceptos... sino algo muy real, muy vivo; algo que nos ha sido prometido y nos será dado; somos herederos de una gran y magnífica herencia. Una herencia que no se gasta, que no es perecedera. Ya tenemos esa herencia. Nos está esperando. No estamos llamados a entrar en la tierra del despojo, sino de la plenitud.

Una fe así vale más que el oro. Es la causa de una vida dedicada a la alabanza, a la acción de gracias, al gozo inefable y transfigurado.

¡RECONOCER!

Hcb 2,14.22-33

1Pe 1,17-21

Lc 24,13-35

Sentir la cercanía de Jesús, reconocerlo de verdad, no es una experiencia meramente intelectual: es una convulsión vital. Las experiencias de resurrección no tienen sólo que ver con Jesús. También con nuestra propia resurrección. Reconoce a Jesús quien se aproxima a Él. Lo desconoce quien de Él se aleja. La proximidad produce mutuo conocimiento. La lejanía genera un mutuo desconocimiento. Los hebreos expresaban la máxima proximidad, que se produce en el matrimonio, con el verbo “conocer”. También Dios anhela que su pueblo, su esposa, lo conozca y se llene de su conocimiento.

Los primeros tiempos de la Iglesia, tras la Pascua, fueron tiempos para el reconocimiento. Las discípulas y discípulos de Jesús se dedicaron a la gran tarea de “reconocer” al Señor Jesús. Este domingo nos ayuda a “reconocerlo”, a “sentirlo” de nuevo... “al partir del pan”.

¡Qué torpes sois para creer!

“Dos discípulos de Jesús iban caminando aquel mismo día hacia una aldea llamada Emaús”. Uno de ellos se llamaba Cleofás. Del otro discípulo, o discípula (¿la mujer de Cleofás?), no sabemos la identidad.

Jesús resucitado les sale al encuentro. Ellos no lo reconocen. Al principio están cerrados en sí mismos, en su problema: ¡están defraudados! La fe no les llega para más. Ni siquiera creen en los indicios que podrían hacer sospechar la llegada de algo nuevo. No creen a las mujeres, ni siquiera intentan verificar el porqué de la tumba vacía. La incredulidad es impaciente. Los dos discípulos entran en una especie de vértigo y huyen, escapan.

Jesús les parece un extraño. La desconfianza impide el verdadero encuentro. Por eso, el Señor tiene que emplearse a fondo. Les explica las Escrituras y les va dando claves para el reconocimiento.

Las grandes claves que Jesús ofrece permiten entender de alguna forma el misterio del dolor y de la muerte: “¡era necesario que el Mesías padeciera para entrar en su gloria!”.

La llegada a Emaús y la oferta de hospitalidad hace que los dos discípulos puedan reconocer a Jesús. Lo reconocen cuando Jesús se entrega sin reservas, cuando hace el mayor gesto de amor. Ese gesto de partir el pan les hace comprender la tragedia del Calvario. Lo que parecía una tragedia había sido el gesto de amor más sublime e intenso.

En los caminos de la vida Jesús nos sale al encuentro. Está bien que no nos cerremos a quien nos visita,

aunque al principio no lo reconocamos. Si somos hospitalarios, acogedores... al final lo reconoceremos. No somos nosotros los que visitamos al Santísimo Sacramento. Es el Santísimo Sacramento el que nos visita.

Simón Pedro, testigo e intérprete

Simón Pedro cobra una gran relevancia en el tiempo de la Pascua. Se convierte en el gran testigo e intérprete de todo lo que ha acontecido en Jesús. Su testimonio y su predicación apasionada encienden por doquier llamaradas de fe.

Pedro no transmite doctrinas, teorías. No aparece como un maestro, sino como un testigo que, además de serlo, ofrece la interpretación de los hechos.

- *Testigo*: Se dirige a los vecinos de Jerusalén, a judíos e israelitas. Les habla de Jesús de Nazaret. Ese hombre fue acreditado por Dios ante el pueblo con milagros, signos y prodigios. Pero a ese hombre lo mataron en una cruz quienes habían visto sus obras. No fueron capaces de “reconocerlo”, aunque lo conocieron. No lograron creer en Él, saber de quién se trataba.
- *Intérprete*: Pedro les revela ahora la auténtica identidad de Jesús. Lo hace sirviéndose de una ayuda externa y autorizada: el salmo 16. Es un salmo precioso, una auténtica joya. En él descubre Pedro la gran clave para entender la resurrección de Jesús. Ese salmo no se refería a David, dado que David murió y sus restos quedaron en el Sepulcro. Ese salmo se refería a Jesús.

El precio del rescate... la sangre de Cristo

De nuevo Pedro nos exhorta a poner en Dios nuestra fe y nuestra esperanza. Desde la carta, a él atribuida, nos pide que tomemos muy en serio la vida y que nos conduzcamos de la forma más adaptada a la voluntad de nuestro Padre Dios.

Tomar en serio la vida quiere decir, ante todo, “hacerse consciente” de algo que ha revolucionado la historia del mundo: ¡que Dios resucitó a Jesús de entre los muertos! ¡Que le dio gloria! ¡Que la historia del mundo tiene un presupuesto previo (“antes de la creación del mundo”) y un final (“al final de los tiempos”) que le quitan toda ambigüedad y todo resultado incierto! ¡Estamos en manos de Dios y el Mal nunca vencerá!

Hemos sido rescatados por el supremo valor: el precio del rescate vale más que el oro y la plata. Es la sangre, la vida derramada de Jesús.

Nos acusaba Nietzsche a los cristianos: “decís que habéis sido redimidos, pero no tenéis rostro de redimidos”. La esperanza ha de manifestarse en nuestra vida, en nuestro rostro. No podemos vivir como seres esclavizados. Hemos sido rescatados ya.

ICONOS VIVOS DEL BUEN PASTOR

Hcb 2,14a 36-41

1Pe 2,20b-25

Jn 10,1-10

Éste es el domingo en que ponemos de relieve la continuidad que se da entre la labor pastoral de la Iglesia y la acción de Jesús, el buen —o el bello— Pastor. Es el domingo en que interpelamos a nuestros jóvenes para ver si tienen vocación al ministerio pastoral.

Confesamos, sin embargo, que “el Buen Pastor” es uno solo, Jesús. Sólo Él guarda y cuida de su comunidad. Los que hemos recibido en la Iglesia el ministerio pastoral dependemos de Él. Él es nuestra puerta, nuestro criterio de vida y de acción. Hay un buen número de ministros ordenados que quieren vivir así, aunque no siempre lo consigan: ¡unidos, apegados amorosamente a su Buen Pastor y Señor, Jesús!

Jesús, puerta y pastor

En el antiguo Israel, un aprisco estaba formado por cuatro paredes de piedra sin techo y una puerta. Los la-

drones y bandidos asaltaban los rebaños saltando las paredes, no entrando por la puerta. Sólo el pastor legítimo entra por la puerta. También las ovejas entran y salen por la puerta.

Ante el pastor legítimo las ovejas se sienten tranquilas, seguras. Ellas conocen su voz, lo siguen. Él las llama por su nombre. Ante el falso pastor, las ovejas tiemblan, huyen. No reconocen la voz de extranjeros.

Jesús se muestra muy crítico hacia los dirigentes del pueblo de Dios: son bandidos y ladrones. En otra ocasión, cuando expulsó a los vendedores del Templo, Jesús dijo que habían convertido la casa de su Padre en “cueva de bandidos”. Habían tratado de suplantar al único Pastor. Entraron como asaltantes, no por la puerta. Rechazaron la puerta, que es Jesús. Los falsos pastores roban, matan y destruyen.

Lo que convierte a ciertas personas en legítimos pastores no es únicamente que hayan sido instituidos en ese cargo jurídica y canónicamente. Los líderes de Israel también tenían esa legitimidad legal y ritual. Lo que convierte a ciertas personas en legítimos pastores es, “además” y “sobre todo”, su identificación con el Bueno y Único Pastor y que siempre accedan al rebaño y lo dirijan pasando por la única puerta, que es Jesús mismo. Sólo la comunión de vida y misión con Jesús los llena de legitimidad. Cuando esto no se da, los pastores se convierten en ladrones, asesinos, destructores.

“Yo soy la puerta” decía Jesús. La puerta no son las normas, la puerta no son las leyes, la puerta no son las verdades... sino Jesús, el Hijo de Dios, el Pan bajado del Cie-

lo, el Hijo del hombre, el Buen Pastor que da la vida por sus ovejas y que se pierde entre la multitud y que sólo emerge allí donde hay necesidad, enfermedad, pobreza.

Si Jesús es la puerta de las ovejas, quienes pretendamos una legitimidad cristiana respecto al servicio a los demás hemos de pasar por esa puerta: lavar los pies a los hermanos y hermanas, amarlos hasta el final, renunciar a los poderes de este mundo y a la autoglorificación.

Pastor y Guardián de vuestras vidas

El autor de la primera carta de Pedro define a Jesús como el Pastor, el Guardián. Sólo a Él le reconoce esa función y nadie debe suplantarlo.

Jesús fue Pastor con un estilo del todo peculiar. Sufrió mucho y se convirtió en ejemplo para quienes sufrimos, para quienes padecemos –a veces– injustamente.

- Jesús no cometió pecado; nadie encontró engaño en su boca,
- no devolvía insultos, ni profería amenazas
- y se ponía en manos del juez; cargó con nuestros pecados;
- sus heridas nos han curado.

Nuestro Pastor nos ha dado ejemplo de no-violencia. Seguir sus huellas es ser mujeres y hombres de paciencia. Sus heridas nos han curado; también nuestras heridas son capaces de curar a los demás.

Los sucesores y el “testimonio colectivo”

Habían pasado cincuenta días después de la muerte de Jesús. Era el día de Pentecostés. Pedro aparece ante la gen-

te junto con los Once. Forman un grupo de testigos. Hablan de Jesús. En muy pocas palabras exponen su testimonio:

“Todo Israel esté cierto de que al mismo Jesús, a quien vosotros crucificasteis, Dios lo ha constituido Señor y Mesías”

¡Qué importante es, ya desde el principio, contar con una comunidad de testigos! Ellos han tenido la experiencia de la muerte y crucifixión de Jesús, pero también de lo que Dios ha hecho por Él: ¡constituirlo Señor y Mesías! Todo le pertenece. Jesús es ya la salvación de todos.

Ese breve testimonio “traspasa” el corazón de la gente. En absoluta disponibilidad “les” preguntan:

“hermanos, ¿qué hemos de hacer?”

Pedro y los Once han sabido situarse al mismo nivel de sus oyentes. Jesús es el único Señor. Por eso, la gente se dirige a ellos llamándolos “hermanos”. El testimonio apostólico genera una gran hermandad entre personas muy diferentes.

Pedro, en nombre de la comunidad de los apóstoles, les pide varias cosas: 1) cambiar de mentalidad; 2) celebrar un bautismo de cambio de vida y acoger el don del Espíritu; 3) estar abiertos a las llamadas de Dios, pues llamará a muchos aunque estén lejos.

El testimonio no necesita muchas palabras, ni largos y complicados discursos. Necesita sólo corazón, convicción, comunidad de apoyo, capacidad de crear lazos fraternos.

El testigo proclama todo lo que Dios ha hecho en Jesús.

GRANO Y ESPIGA: DE LA MUERTE A LA VIDA PLURAL

Hcb 6, 1-7

1Pe 2, 4-9

Jn 14, 1-12

A la glorificación de Jesús podríamos darle dos nombres: resurrección e iglesia. Quieren decir que la resurrección de Jesús tuvo dos efectos: uno personal-individual y otro comunitario. Unos griegos solicitaron encontrarse con Jesús. Y Jesús les dijo: “Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre” (resurrección!), pero seguidamente explicó en qué consistía su glorificación: “en verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo, pero si muere, da mucho fruto” (Jn 12,23-24). La gloria, la única gloria de la semilla escondida en la tierra está en dar mucho fruto. Jesús muere para resucitar (Jn 10,17) y para que “se haga la Iglesia” (San Agustín).

¡De qué magnífico pueblo formamos parte!

“Si el grano de trigo no muere, queda solo, pero si muere produce mucho fruto”. La resurrección de Jesús es un acontecimiento de enorme fecundidad. El trigo se convierte en espiga, la piedra angular sirve de base a un nuevo templo de piedras vivas, el único sacerdote es el principio de un pueblo sacerdotal.

La resurrección nos afecta a todos. La resurrección de Jesús inicia una resurrección colectiva que experimentamos anticipadamente.

La Pascua nos invita a reconocer nuestra identidad: la nueva identidad que Jesús nos concede. Gracias a su muerte y resurrección somos “espiga”, “somos templo de Dios”, somos “sacerdocio real”.

Hay que reconocer la dignidad del pueblo de Dios y hemos de descubrir su misterio para respetarlo, amarlo. Ningún individuo en la Iglesia es más que el pueblo de Dios.

¡El “Shaliah” del Abbá!

Jesús tiene una viva conciencia de “enviado”. En hebreo se utilizaba una palabra muy significativa: *shaliah*! El shaliah era aquel que representaba a otro como si fuera él mismo, era su plenipotenciario, su expresión. Jesús se presentaba siempre a sí mismo como el Shaliah del Abbá, de Dios Padre. Verlo, contemplarlo, era una invitación permanente a descubrir en cada uno de sus rasgos, acciones y palabras, al Abbá.

La dignidad de Jesús supera cualquier dignidad humana. Dios Padre, el Abbá, actuaba en Él, se expresaba en Él. Por eso, Jesús se permite pedir una confianza absoluta en Él: ¡Creed en Dios! ¡Creed también en mí!

Jesús reconoce la identidad personal e individual de cada uno de sus discípulos. Se relaciona con ellos desde sus diferencias y dignifica la diversidad. Por eso, promete preparar diversas moradas. El cielo no es un lugar indiferenciado, donde perdemos nuestra identidad, nuestros amores, nuestra forma de ser.

Jesús da futuro a sus discípulos y discípulas. Su resurrección es generadora de nuevas e inimaginables posibilidades.

Jesús es Camino, es Verdad, es Vida. A través de Él llegamos a la fuente de la Vida y de la Verdad, que es el Abbá.

Los conflictos abren nuevas perspectivas

La comunidad que genera la resurrección es plural, es comunidad de diversos. La vocación no hace acepción de pueblos o razas. La comunidad prototípica de Jerusalén estaba formada por cristianos de lengua hebrea y cristianos de lengua griega. Ya desde sus orígenes la comunidad cristiana fue multicultural, bilingüe.

Unos se encontraban en casa, en la propia patria. Los otros eran inmigrantes y extranjeros, procedían de otros países. Las relaciones entre los dos grupos se hicieron tensas. Los de lengua griega se quejaban de la desatención a sus viudas. Si el ideal de la comunidad era “tener un solo corazón, una sola alma y todo en común”, la realidad mostraba que se estaba todavía muy lejos de conseguirlo.

Los apóstoles se ven desbordados. E inician una nueva praxis: la diakonía, el servicio de las mesas. Los helénistas se eligen siete diáconos.

El decurso de los hechos manifestó que estos diáconos fueron mucho más que meros servidores de las mesas. También ellos predicaron la Palabra, recibieron el Espíritu, fundaron iglesias, rompieron los moldes de la tradición judía dentro del cristianismo.

Los conflictos pueden ser un regalo para la Iglesia. Cuando son bien gestionados, los conflictos aguzan la capacidad creadora y abren a nuevas posibilidades. El Espíritu Santo actúa en todos.

ASÍ SE EXPANDE EL EVANGELIO: ¡DESDE LA CONFIANZA!

Hcb 8,5-8,14-17

1Pe 3,15-18

Jn 14,15-21

En este domingo se añade un matiz a la confianza: ¡confiad porque sois amados! ¡Confiad porque estáis aliados con el Abbá, con Jesús, con su Espíritu! No somos extraños en la casa de la Santa Trinidad. O mejor, la Santa Trinidad pone entre nosotros su Casa y así todo se vuelve familiar. Amor lo controla todo, lo asegura todo.

Así crece el Evangelio: ¡desde la confianza! No hay situación adversa que no se torne posibilidad de un futuro mejor. No hay muro que no sea al mismo tiempo rampa de lanzamiento e inicio de un nuevo vuelo.

¡Ámame y me revelaré a ti!

¿Cuáles son los mandamientos de Jesús? Muchas veces los hemos confundido con nuestras minuciosas normas morales: con los mandamientos y nuestras

explicaciones y casuísticas sobre los mandamientos... Pero los mandamientos de Jesús tienen como único objetivo el amor, la Alianza: que sus discípulas y discípulos seamos personas que vivimos en alianza de amor con la Santa Trinidad y con nuestros prójimos.

Para vivir en alianza, el don más necesario es el amor. Ése es el gran regalo que Jesús nos promete. La llama del Amor de Dios que nos será enviada y nos encenderá –hasta límites inimaginables– es el Espíritu Santo. La santa Ruah, el Santo Espíritu –amor de Dios– será derramado en nuestros corazones, nos será enviado. Y nunca nos será arrebatado, ni quitado. El espíritu o los espíritus que reinan en el mundo son otros. El diácono Felipe luchó contra ellos en Samaría. Donde hay muchos espíritus no hay un solo corazón, una sola alma, todo en común. Pero el Espíritu que Jesús envía desde el Padre es único y hace posible cumplir el gran Mandato y Gracia de la Alianza.

En cada uno de nosotros sentimos cómo bulle el Amor de la Alianza, el Espíritu. Y si está presente el Espíritu del Abbá nosotros nos sentimos “hijos” y no “huérfanos”, nos sentimos en Cristo Jesús y no lejos de Él.

¿Cuál es el mandamiento de Jesús? ¡Uno solo! “Quien me ama a mí, será amado por mi Abbá y yo también lo amaré y me revelaré a Él”. Lo que Jesús nos pide es que lo amemos. Esta súplica de amor es conmovedora. Sólo cuando una persona ama mucho, le pide a la otra persona que la ame. Jesús quiere que lo amemos, que respondamos a la Alianza de amor fiel que ha establecido con nosotros. Y nos promete algo único: ¡serás el Amado de

mi Abbá!, ¡la Amada de mi Abbá! Y yo también te amaré y me revelaré a ti. Esta es la gran promesa: ¡Jesús nos promete revelarnos su más profundo misterio!

Evangelio irresistible

Quien se sabe amado evangeliza. Ésa fue la experiencia de la comunidad helenista, cuyos líderes eran Esteban y Felipe.

Felipe no era apóstol. Era un diácono. Había sido elegido por los apóstoles para servir a las mesas, para atender a las viudas de los inmigrantes helenistas de la comunidad de Jerusalén. Este hombre aparece como el segundo de los diáconos después de Esteban. Pero quienes parecían haber sido elegidos únicamente para cuestiones administrativas y servicios de amor dentro de la comunidad se convierten pronto en grandes proclamadores de la fe.

La juventud inmigrante de la comunidad de Jerusalén manifiesta carismas insólitos. Esteban hablaba como un ángel. Tenía una inquietante comprensión del Antiguo Testamento que dejaba a todos sin palabra y hacía entender la figura de Jesús como casi nadie. Les resultó tan peligroso a las autoridades judías que decidieron sacrificarlo, como a Jesús: ¡por eso, el primer mártir de la comunidad cristiana fue –por decirlo así– un no judío! También el grupo helenista de la comunidad de Jerusalén parecía peligroso. Por eso, los persiguieron. Los expulsaron de Jerusalén. Quedó entonces, como líder del grupo, Felipe.

En su obligada huida de Jerusalén, Felipe aprovechaba la oportunidad para predicar. Quien tenía como misión

principal atender las necesidades materiales de la comunidad, se convierte también en un predicador único que fascina a los samaritanos y los atrae irresistiblemente hacia la fe. No lo tenía fácil, porque un mago seducía a todo el mundo. Pero en él estaba el Espíritu de Dios, de Jesús, que vencía a todos los espíritus inmundos.

Fue tal el éxito y el número de los que abrazaron la fe, que las autoridades cristianas de Jerusalén recelaban: ¿puede un diácono ser fundador de una comunidad cristiana? ¿Y una comunidad cristiana con los heréticos samaritanos? Decidieron ir Pedro y Juan a Samaría. Y vieron —maravillados— la obra de Dios. El Espíritu Santo se derramaba por doquier. Y, por eso, imponían las manos y bendecían.

No nos preocupemos. La fe se propaga más allá de nuestros planes pastorales, más allá de nuestras previsiones. Hay personas que se dejan poseer por el Espíritu y que en la humildad, y desde la marginación, son capaces de realizar las obras grandes de Dios.

Llamativo método de evangelización

Quien evangeliza da razón de su fe a quien se lo pide. Esto significa que no hay que proclamar la fe públicamente cuando no nos lo piden. Hay que esperar hasta que nos lo pidan. ¿Y antes qué? Pues ¡proclamar santo a nuestro Señor Jesús en nuestros corazones! Es decir, hacer que la evangelización que proclamaremos a otros resuene en nuestro corazón, que seamos nosotros los primeros destinatarios del Mensaje. Si así lo hacemos, tendremos ya preparada la respuesta para quienes nos interroguen por nuestra fe, nuestra esperanza.

Hay otra norma importantísima para dar razón de nuestra esperanza: hay que hacerlo con cortesía, con respeto, con claridad. Es muy importante el estilo de la evangelización. Implica reconocer la dignidad del que está delante de nosotros. La gente se avergonzará entonces de haber tenido prejuicios contra nosotros: ¡no somos como ellos se creían! ¡Sentirán la seducción del Evangelio!

No obstante, también hay que contar con el posible rechazo. No pasa nada. Jesús pasó también por ahí. Al final... habrá resurrección. ¡Ésa es nuestra esperanza!

GLORIFICACIÓN Y ENVÍO, AUSENCIA Y PRESENCIA

Hcb 1,1-11

Ef 1,17-23

Mt 28,16-20

Tiempos de intimidad

Nos cuenta Lucas, en el inicio de su libro de los Hechos, qué admirable intimidad se estableció entre Jesús y sus discípulos durante el espacio simbólico de cuarenta días después de la Resurrección. Jesús les hablaba sobre el Reino de Dios. Les dedicaba su “nuevo tiempo” y les hacía comprender lo que antes no habían sido capaces de entender.

La intimidad llega hasta tal punto que, en un determinado momento, los discípulos lo rodean y le preguntan a las claras si va a restaurar el reino de Israel. ¡Ésa era su traducción del tema del Reino de Dios! Llegaron a ilusionarse con una propuesta política de largo alcance... Jesús, sin embargo, canaliza esos sueños en otra dirección. Les

pide que renuncien a toda visión nacionalista y centrípeta de su vocación. Los orienta hacia todo el mundo como evangelizadores, como misioneros. Les promete el Espíritu Santo, que los convertirá en testigos de Jesús para todo el mundo... hasta los confines de la tierra.

Os conviene que yo me vaya

Pero para que llegue el Espíritu es preciso que Jesús se vaya. Desparece de su vista. Es asumido en la gloria de Dios. Aquí queda la nostalgia de su presencia, de su intimidad sentida. Pero no hay que preocuparse, el Señor que se va viene. No se habla aquí de la venida al final de los tiempos. Los dos mensajeros anuncian simplemente que “volverá”. Por eso, es necesario estar vigilantes, porque, a la hora en que menos pensamos, el Hijo del hombre se manifiesta, nos trae sus regalos, nos agracia con su intimidad. Después de la resurrección Jesús no está lejos. Está junto a nosotros. Por eso, no hay que plantarse mirando al cielo. Jesús está con nosotros, todos los días.

¡Anunciar el Señorío de Jesús!

La comunidad de Jesús recibe una llamada y una misión el mismo día en que se despide visiblemente de su Señor. Jesús la llama, la consagra, la envía. Entre algunos miembros de la comunidad surgen dudas e incredulidad. Poco a poco se van superando los recelos.

Jesús se manifiesta, en primer lugar, como Aquel que ha recibido del Abbá todos los poderes, en el cielo y en la tierra. Jesús no necesita discípulos que le conquisten el mundo. Porque el mundo le pertenece ya, a partir de la resurrección. Jesús no necesita misioneros que le ga-

nen almas, porque todas las almas y cuerpos le pertenecen. ¡Es el Señor de cielo y tierra!

Y porque es el Señor de cielo y tierra, por eso, precisamente por eso, los envía: ¡Id! Lo propio de la misión consistirá en anunciar el Señorío de Jesús. Hacer de Jesús el Maestro del mundo, el Liberador de todo ser humano, la Vida que todo lo vivifique. Jesús los envía a todas las etnias, a todos los grupos culturales. No van con un mensaje extraño. No van a imponer una doctrina que nada tiene que ver con sus vidas. Van a desvelar el misterio más profundo del ser humano, a descubrir la luz que nos habita, la esperanza cierta que nos está reservada.

Jesús quiere que se convierta el mundo en un lugar donde se cumpla todo lo que Él nos ha dicho. Porque entonces habrá paz, habrá fraternidad, habrá dignidad humana.

Los discípulos, llamados por Jesús y enviados por Él, no hemos de temer. Él está con nosotros todos los días. Su ascensión le ha conferido todo el poder. Pero ese poder santo, recibido del Abbá, no lo ha separado, ¡ni mucho menos!, de nosotros.

¡Conocerlo! ¡Qué gracia tan inmensa!

La comunidad que ha creído en Jesús resucitado y ha recibido de Él la misión ha de vivir desde tres categorías: la Esperanza, la Gloria y el Poder. He aquí las tres palabras en torno a las cuales gira esta magnífica lectura de la Carta a los Efesios.

- *Esperanza*: que se nos abran los ojos del corazón para que comprendamos que hay esperanza, que hay un futuro inigualable para nosotros, que no hay

razones para deprimirse, ni para desesperar. Hemos sido llamados no para el fracaso, sino para el éxito más insospechado.

- *Gloria*: vamos a heredar. Hay una inmensa riqueza que nos espera. Esa herencia está llena de esplendor, de belleza. Dios mismo, en su Belleza infinita, quiere ser nuestra Herencia.
- *Poder, fuerza poderosa*: Dios va a desplegar todo su poder en favor nuestro; ha comenzado a hacerlo en Jesús, resucitándolo de entre los muertos y sentándolo a su derecha. Ése es el comienzo. El poder llegará a nosotros y también nos inundará con su gracia omnipotente.

Unidos a Jesús por el amor y la fe, tenemos todas las garantías del mundo. Necesitamos creernos lo que nos ha sido revelado. Quiera Dios Padre concedernos su espíritu de sabiduría y revelación.

NO HAY MONOPOLIO... ¡EL ESPÍRITU SOBRE TODA CARNE!

Hcb 2,1-11

1Co 12,3b-7 12-13

Jn 20,19-23

Pentecostés es la fiesta de todos... no sólo de algunos. Es la fiesta del mundo, no sólo la fiesta de la Iglesia. Porque en Pentecostés el Espíritu se derramó sobre toda carne.

Hoy celebramos este acontecimiento nuevo: la última y definitiva acción del Abbá y de su Hijo Jesús: ¡nos envían a la tierra su Espíritu! Es el super-don. El Espíritu, la santa Ruah, nos pertenece ya como gracia definitiva y sin vuelta atrás. Igual que el Hijo de Dios es ya ser humano para siempre, así el Santo Espíritu se ha derramado sobre nuestra humanidad para siempre.

La fiesta del Espíritu

En la escena de Pentecostés se aprecia cómo el Espíritu desciende sobre los Doce, pero también sobre las

mujeres, sobre los familiares de Jesús. ¡No hay monopolio! Pedro, intérprete del acontecimiento, dice a la gente que —cumpliendo la profecía de Joel— el Espíritu se ha derramado sobre toda carne: ancianos, jóvenes, hombres y mujeres... Pero la palabra “carne” significa más: es también la vida de la madre naturaleza, el mundo animado. Nuestra creación se convierte así en “templo”, “santuario” del Espíritu.

Desobedecen al Espíritu aquellos hombres o mujeres de Iglesia que reducen su presencia a lugares o personas determinadas y no aceptan su presencia en los demás. El Espíritu está presente en todo pueblo, en toda religión, en todo ser humano, en toda criatura.

Es la fiesta del Espíritu sobre toda carne. Por eso, docilidad al Espíritu es apertura y confianza en su protagonismo victorioso.

Los diversos lenguajes del Espíritu

Pentecostés es un acontecimiento lingüístico. Un solo fuego se multiplica en llamaradas; un solo mensaje se expresa en todos los lenguajes del mundo.

El Espíritu, la santa Ruah, no monopoliza una sola forma de expresión. No habla sólo latín. También emplea las lenguas de todas las culturas vivas, de todos los pueblos. El autor de los Hechos de los Apóstoles se entretiene en mencionar a personas de 17 países que el día de Pentecostés escuchan el mensaje de las maravillas de Dios en su propia lengua: partos, medos y elamitas; habitantes de Mesopotamia, Judea, Capadocia, el Ponto, Asia, Frigia, Panfilia, Egipto, la parte de Libia fronteriza con Cirene, forasteros romanos, judíos y prosélitos, cretenses y árabes.

No es necesario aprender una lengua, ni introducirse en una cultura particular, para escuchar al Espíritu. El Espíritu habla todas las lenguas del mundo y se expresa en todas ellas. Más todavía: el Espíritu es manifestado en todos los lenguajes utilizados por los seres humanos: el lenguaje de las culturas (religión, arte, tecnología, deporte, sociedad, psicología...).

Quien toma conciencia de este fenómeno, percibe en qué consiste la gran revolución de Pentecostés. Se acabó el sueño de una iglesia meramente “judía”, se acabó el proyecto de una iglesia dominada únicamente por una cultura, una lengua, un estilo. Con Pentecostés se hace realidad el sueño de una Iglesia católica, donde cualquier pueblo se sienta en casa, sin tener que pagar peajes culturales ni renunciar a su lengua y lenguaje.

El problema, sin embargo, está en cómo gestionar tantas llamaradas del Espíritu sin apagarlas. Ya lo comprendió Pablo al pedirnos: “no apagueis el Espíritu” (1Ts 5,19). El Espíritu queda enmudecido cuando no se le permite hablar “de otra manera”. Para esos momentos, también vale la exhortación paulina: “no entristezcáis al Espíritu Santo de Dios” (Ef 4,30).

Los “misteriosos” caminos de la comunión

¿Por qué siempre que se hace referencia al Espíritu se habla de “diversidad”, “pluralidad”, “miembros diversos”, “dones diferentes”?

Porque una de las características del Espíritu es su capacidad de expresarse en lo diverso, de crear la libertad, de invadirlo todo con su presencia. Por esa razón, el Espíritu se ha comparado con el agua que todo lo hu-

medece, con el fuego que todo lo enciende, con el aire que entra por cualquier resquicio.

Y, sin embargo, el Espíritu Santo se diferencia del espíritu malo en que éste es “legión” y diversidad enfrentada, mientras que el Espíritu Santo es espíritu de amor y diversidad en comunión profunda. El mal espíritu descoyunta el cuerpo. El Santo Espíritu glorifica a cada uno de sus miembros para bien de todo el cuerpo.

La diversidad es, en principio, querida por el Espíritu. La comunión de lo plural se encuentra cuando se descubre la forma de articular lo diverso. El Espíritu tiene sus caminos misteriosos para hacer circular los dones, hacer que los carismas se intercambien. Solo las personas de Espíritu encuentran estos caminos y los ofrecen a los demás como pistas de comunión.

Sí, hay caminos para articular lo diverso. Las prohibiciones sirven de poco, si no ofrecen caminos alternativos. Los buenos gobernantes, quienes ejercen el auténtico ministerio del Espíritu, hacen fácil la comunión y no se contentan con cómodas y autosuficientes condenas de lo diverso.

¡Paz y Espíritu!

¡Cuánto necesitamos el Santo Espíritu! Emanada del rostro de Jesús resucitado y del Abbá que lo resucita. El Espíritu es como el olor, el aroma, de las Dos Divinas Personas. Es el Aliento único de ambos. Es su sonrisa, su amor, su belleza, su efluvio, su beso.

El Espíritu es fuego, es torrente, es viento huracanado, es amor apasionado, es capacidad creadora y generadora, es la belleza de Dios, el beso santo que enamora,

el toque delicado que a vida eterna sabe, es la capacidad poética al grado máximo.

Si Jesús nos transmite su Espíritu, es para que nos dejemos envolver por energía que todo lo puede, que quiere llegar hasta los confines de la tierra y los confines del tiempo. Decir espiritualidad —en cristiano— es lo mismo que decir “espiritualidad en misión”, en dinamismo constante y apasionado. ¡Envía tu Espíritu y renovarás la faz de la tierra!

Sólo quien siente la energía del Espíritu y su fragor que aturde puede llegar a la Paz, a sentirse poseído por el máximo equilibrio que adviene —como gracia— después de la lucha contra el Mal. Por eso, Jesús en este día nos concede el Espíritu y la Paz.

FIESTAS

Las fiestas de la Santísima Trinidad y del “Corpus Christi” sirven de eslabón entre el tiempo de Pascua y el tiempo ordinario. Son los dos grandes misterios de nuestra fe que definen el perfil permanente de la existencia cristiana: 1) Santísima Trinidad. Amor, Gracia y Comunión: el nombre dinámico y efusivo de las tres Divinas Personas, que vienen a morar con nosotros; 2) Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo. ¡Pasma ante el misterio eucarístico!: Jesús Resucitado cumple su promesa de quedarse todos los días con nosotros.

AMOR, GRACIA Y COMUNIÓN

Ex 34,4b-6.8-9

2Co 13,11-13

Jn 3,16-18

Es hoy la fiesta de nuestro Dios. No tenemos un dios solitario, ni soltero. No tenemos un dios múltiple, legión. Nuestro Dios es Padre-Hijo-Espíritu, es Trinidad. Pero Trinidad en-amor, o Trinidad En-amor-ada. Por eso es Trinidad Una.

Descubrir este Misterio es para nosotros la clave de nuestro cristianismo. Ser cristiano es ser imagen de Dios. Es abrirse a la comunión, al amor. Salir del aislamiento. Entrar en el misterio crucificado de la entrega.

“Tanto amó Dios Abbá al mundo”

El envío de Jesús a la tierra desde las entrañas del Abbá tiene un solo motivo: el inmenso amor de Dios hacia nosotros, sus criaturas. El amor loco de Dios lo ex-tasíó y le hizo engendrar a su Hijo en el tiempo para agraciarnos con su Presencia, con su Fraternidad, con su

Amistad. Jesús fue enviado a nosotros y a favor nuestro. Fue enviado para salvarnos, para sacarnos de la muerte.

Ése es el primer rasgo de nuestro Dios: su amor ex-céntrico que envía lo más esencial de Él a la tierra. Ésta es la primera revelación de Dios: ¡que Dios es Amor!

¡Alegraos! ¡Animaos! ¡La Trinidad os bendice!

La exhortación de Pablo a la comunión, a la alegría, a la consecución de la paz se fundamenta en su fe en la Trinidad Santa:

La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo estén siempre con todos vosotros

Gracia, Amor y Comunión son otros nombres de la Trinidad. Jesús es regalo, gracia de Dios. Abbá es Amor primordial y primero. El Espíritu es Comunión, unidad de los diferentes.

La presencia trinitaria llena a la comunidad de alegría, ánimo, paz, reconciliación. La comunidad tiene en la Santa Trinidad su fuente y su modelo.

“¡Mi Señor vaya con nosotros!”

La revelación del Dios Trinidad, Amor, Gracia y Comunión, ya se vislumbraba desde el principio; Dios se comprometió con el ser humano, con su criatura, cuando la creó a su imagen y semejanza. El Creador no puede olvidarse de la hechura de sus manos y, menos todavía, de su obra maestra.

El texto del Éxodo que acabamos de proclamar nos habla de un Dios compasivo y misericordioso, un Dios que camina con los suyos a lo largo de sus historias personales y colectivas. Un Dios que responde a las preguntas que Moi-

sés hacía al pueblo (Dt 4) ¿En qué pueblo de la tierra ha habido un Dios como en Israel? ¿Dónde se ha oído hablar de un Dios tan cercano, tan preocupado por los seres humanos, tan interesado por sus criaturas? ¿Dónde? ¿Cuándo?

Se ha dicho a veces que el Dios del Antiguo Testamento es un Dios justiciero, lejano. ¡Mentira! El Dios del Antiguo Testamento es también un Dios próximo, que tiene presentes a los suyos, que ama apasionadamente, celosamente. ¿Puede olvidarse una madre de la criatura de sus entrañas? Dios, Yahweh, no se olvida de su pueblo, de cada uno de sus hijos e hijas, de cada una de las personas que Él mismo ha diseñado.

Dios, además, ha mostrado el amor a su pueblo al liberarlo de la esclavitud. Dios no quiere hijos e hijas sin libertad, servidores de gente sin entrañas. Dios es el Dios liberador. Por eso, sus mandatos son caminos de libertad. Cumplir sus mandamientos es vivir, prolongar la vida en la tierra. Cuando el antiguo testamento dice que “Dios es uno solo”, está pidiendo a los creyentes que no se confundan, que no se postren ante nadie. ¡Les basta con el Dios que los ama! ¡Porque Dios es Amor celoso! Es un Dios que viene a salvar, a liberar, a entrar en diálogo de amor.

Esta experiencia de Dios, uno y trino, no puede incitar a ningún tipo de guerra de religión. La violencia es lo absolutamente opuesto a una religión de la Trinidad. Es la Trinidad inclusiva y del Diálogo. Es la Trinidad amorosa, que a todos atiende, que es total y absoluta hospitalidad. La conciencia trinitaria nos lleva a crear la comunión que a todos abraza y a nadie excluye.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, al Dios que es, que era y que viene

¡PASMO ANTE EL MISTERIO EUCARÍSTICO!

Dt 8,2-3.14b-16a

1Co 10,16-17

Jn 6,51-58

Jesús no fue un frío maestro que desde fuera nos quiso enseñar su doctrina. Jesús se acerca a nosotros. Nos habla. Nos lava los pies. Nos toca para curarnos. Nos entrega su mismo Cuerpo y Sangre. La frialdad ante Jesús es frialdad a la enésima potencia. Cualquier gesto acostumbrado ante Jesús es ofensivo. Ya lo dijo Él: es como echar las perlas a los cerdos.

Lo más importante en este día no son los esplendores ceremoniosos: vestiduras, custodias, procesiones, cantos, inciensos, autoridades, rituales... lo más importante en este día es el Cuerpo y la Sangre que buscan conmovernos, hacernos entrar en un pasmo de amor. A quien esto experimente, le sobrarán todo lo demás.

¡No solo de pan! o el arte de vivir

El autor del Deuteronomio no tiene la menor dificultad en atribuir a Dios todos los sufrimientos que padecieron los Israelitas durante su camino de 40 años por el desierto. Dios era el causante del hambre, de la sed, de las amenazas a la vida.

Pero ¿con qué objetivo? “Para que aprenda que no solo de pan vive el hombre, sino de toda Palabra que sale de la boca de Dios”. Dios Padre quiere enseñar a sus hijos el arte de vivir, cómo vivir en Alianza, cómo dignificar la vida. Vivir en diálogo con Dios es la forma más sublime de vida humana. Por eso, dice el libro de los Proverbios en 3,11-12:

“No desdeñes, hijo mío, la instrucción de Yahweh, no te dé fastidio su reprensión, porque Yahweh reprende a aquel que ama, como un padre al hijo querido”

Pero el Padre Dios no deja a su pueblo morir de hambre y de sed. Por eso, hace surgir agua en la roca y les da pan del cielo o maná. Todo es gracia de Dios: la palabra, el agua, el pan.

Esta lectura nos hace evocar a Jesús. Él fue llevado también por el Espíritu de Dios al desierto, para ser probado como “hijo querido”. Jesús fue un auténtico hijo y escuchó la voz de Dios y no quiso procurarse el pan por su propia cuenta. Vivió pendiente de la Palabra de Dios

Nuestro hermano mayor, Jesús, nos dio una excelente lección, que podría resumirse en:

¡No veas en el sufrimiento y en las dificultades un castigo, sino una pedagogía necesaria que el Abbá y el Espíritu utilizan contigo!

¡No quieras solucionarte en este tiempo tus problemas! ¡Deja que venga del cielo el agua, el pan y la Palabra! ¡Espera a que Dios se pronuncie!

Después de una corta tribulación, uno aprende a vivir de otra manera...

¡Increíble!

Pensar que es posible entrar en comunión con Cristo, con Jesús resucitado y glorificado, puede parecer ciencia-ficción. Algunas personas se lo creen tan a pie juntillas, que ni se extrañan ni se estremecen.

Pero Pablo tuvo que interpelar a los corintios. Supongo que en sus palabras y en su rostro se desvelaba su amor apasionado al Señor, su experiencia continuada de la Presencia.

“Comunión con la sangre de Cristo”: esa sangre que se le derramó –¡hasta la última gota! – en el Calvario, era “sangre derramada por nosotros”. Aquella sangre no se quedó en el Calvario, ni en la tierra del monte Gólgota. Aquella sangre resucita misteriosa y se hace bebida para el Camino. Beber el cáliz es entrar en comunión con el Jesús que se da totalmente, sin reservas... hasta la última gota.

“Comunión con el Cuerpo de Cristo”: el cuerpo de nuestro Señor fue siempre lugar de encuentro, fuente de energía que todo lo curaba, misterioso punto de partida de todas sus palabras. El cuerpo de Jesús –desde el talón de los pies hasta la coronilla de la cabeza– era un Cuerpo que conservaba las memorias más sublimes del ser humano y las memorias más sublimes de Dios. No hay ni puede haber “tesoro” como ese Cuerpo. Parece

increíble que podamos entrar en comunión con ese Cuerpo, ya en su plenitud, en toda su luminosidad y expresividad... invadido de vida eterna. Ese cuerpo se nos da en el pan eucarístico.

¿Puede haber momento más feliz, más extático, que el momento de la comunión? ¡No busquemos enseguida consecuencias morales o moralizantes! Dejemos por una vez, el “qué tenemos que hacer”, y disfrutemos de esta admirable Comunión.

¡Hijo de hombre...! ¡... para comerlo!

Cuando Jesús se define como “Hijo del hombre” nos está dando una clave para entender sus palabras. Jesús sabía que el título apocalíptico “Hijo del hombre” le pertenecía. En ese título se hablaba de un Mesías del todo especial. ¡No un Mesías davídico sólo para Israel, sino un Mesías mundial, para todas las naciones! ¡No un Mesías capaz de abatir todos los imperios de injusticia con el poderío de sus ejércitos o su espada, sino un Mesías “humano”, muy humano, no violento, humilde! Jesús, en lugar de decir, “yo”, o “mi”, hablaba del “Hijo del hombre”.

Bastaría recordar todas las expresiones evangélicas en que Jesús se denomina así, para descubrir la imagen de un Mesías servidor, pobre, entregado, enamorado de la humanidad y en especial de los más pobres, víctima de la violencia y contradicho por las autoridades civiles y religiosas.

Por eso, seguir al Hijo del hombre no era fácil. Daba miedo. No conducía a escalar altos puestos, sino a situarse en “los últimos”. Por eso, cuando Jesús invita a

comer la carne del Hijo del hombre y a beber su sangre, si queremos recibir su influjo mesiánico y tener vida, recibe excusas e incluso hay gente que se escandaliza. Comer la carne del Hijo del hombre no es –y perdóneseme la expresión– “tragar”, se trata de un proceso lento de asimilación. Beber la sangre no quiere decir tomarla de un trago, sino ir bebiéndola gota a gota, hasta apurar el cáliz, para identificarse con la oblación y entrega del Hijo del hombre.

Jesús sabe que todo su ser tiene vocación de Cuerpo y de Cuerpo que incorpora. Cualquiera de nosotros puede incorporarse a Jesús si cree en Él y lo desea. Sólo haciéndonos con-corpóreos y con-sanguíneos, tendremos vida en nosotros, vida abundante.

¿Nos damos cuenta de la grandeza de la Comunión?

TIEMPO ORDINARIO

Como un río que emerge y después se oculta nos sorprende, tras el tiempo de Navidad y antes de Cuaresma y tras el de Pascua, el tiempo ordinario. Es nuestro tiempo, el de la cotidianidad, el de la vida ordinaria. También en este tiempo, sin notables acontecimientos, el Espíritu guía al Pueblo de Dios.

El recorrido que vamos a hacer es fascinante. Hay en él un programa progresivo de iluminación en aspectos muy importantes de nuestra vida cristiana. El mensaje motivará nuestra oración intensa y también nuestro compromiso práctico. He aquí los temas que irán desgranándose domingo a domingo: 1) la Misión y vocación cristiana; 2) el sermón de las bienaventuranzas como programa de vida; 3) aspectos de nuestra llamada a la misión: consistencia, misericordia, audacia; 4) la oscuridad de la fe; 5) el reinado de Dios y la nueva Alianza; 6) el pecado y el perdón; 7) la hora del Esposo; 8) Política, Amor, Autoridad, Sabiduría, Liderazgo.

Muchos aspectos de la vida personal y comunitaria son tocados por la Palabra que hoy ilumina nuestro camino. Y llegarán las sorpresas de la historia y la providencial proclamación de la Palabra que nos dará claves de sentido.

EL TESTIGO QUE MUESTRA A JESÚS

Is 49,3.5-6

1Co 1,1-3

Jn 1,29-34

Podría parecer que este domingo, en el que ahora nos introducimos, celebra, una vez más, el Bautismo de Jesús (domingo pasado). Sin embargo, la figura central es la de aquel hombre que nos introduce en el misterio de Jesús, Juan Bautista, el Testigo, el Mistagogo.

Detrás de los grandes personajes hay siempre alguien que cree en ellos, que los avala, los promueve, los financia. El sistema del mecenazgo es importante, necesario en nuestra sociedad para lanzar a los nuevos valores. ¿Cómo puede ser conocido un escritor en quien ningún editor cree, un deportista a quien su entrenador no convoca, un artista con quien ningún director de cine o teatro cuenta?

La transformación de una gran personalidad

Contemplemos a Juan el Bautista como el Mecenazgo de Jesús. Juan tenía indudablemente una personalidad

extraordinaria que se imponía por ella misma. Actuó por sí mismo, como un profeta solitario, contra corriente; convocó al pueblo a una alternativa total: ¡a refundarse volviendo al desierto! ¡a una purificación radical a través del bautismo en el Jordán y a un cambio de mentalidad y de valores! Pero, cuando Juan se encontró con Jesús, comprendió que él tenía que disminuir y Jesús crecer. Se puso totalmente a su disposición y todo en él se transformó en “indicación hacia Jesús”.

A Juan Bautista le fue dado conocer a Jesús por una revelación divina. “Yo no lo conocía” –repite por dos veces–, pero quien le envió le dijo:

“Aquel sobre quien veas bajar el Espíritu y posarse sobre Él, ése es el que ha de bautizar con Espíritu Santo”

Juan estuvo atento y vigilante para reconocer quién era ese enviado de Dios. Su personalidad se hizo pura referencia. Se transformó en servidor humilde o, como dirá más tarde, en amigo del Esposo, a quien no es digno de desatar las sandalias.

El Corderito que carga con el pecado del mundo

Dice el evangelio de hoy que, nada más verlo venir hacia Él, Juan lo reconoció. Y su interpretación peculiar de la identidad de Jesús fue la siguiente:

¡Éste es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo!

El término utilizado por el evangelista para referirse a Jesús, “àmnós”, se refiere al corderito joven; y “airón” es un participio que indica cómo “carga sobre sí y se lleva”. Dicho de forma seguida: Jesús es presentado por Juan como el Corderito que carga sobre sí y se lleva el peca-

do del mundo. La paradoja es estremecedora: aquel sobre quien viene y se posa el Espíritu Santo es, al mismo tiempo, quien viene a cargar el pecado del mundo y a llevarse lo.

El profeta Isaías, en el Canto al Siervo de Yahweh, reconocía que su misión iba a consistir en “reunir al pueblo”, restablecer las tribus y llevarlo hasta Dios. Pero no sólo eso. El Siervo tendrá la misión mundial de ser “luz de las naciones” y “llevar la salvación de Dios hasta el confín de la tierra”.

Al presentar a Jesús de esta manera, el precursor Juan Bautista, reconoce su misión mundial.

La vida al servicio de Jesús

La figura de Juan nos alecciona en varias dimensiones:

- El evangelizador no se predica a sí mismo. Está siempre al servicio de aquel a quien anuncia.
- El evangelizador no es un mero transmisor de ideas, sino de una experiencia. Sólo es capaz de evangelizar quien ha sido agraciado con la experiencia de la identidad de Jesús.

La gracia de conocer a Jesús, de entrar en su intimidad, es aquella que nos habilita para ser sus testigos. Juan descubrió en Jesús varias dimensiones que hoy nos resultan también estremecedoras y enormemente atractivas:

- La humildad, inocencia y pequeñez de Jesús: “el corderito”. Jesús no viene con aires de grandeza. Es el humilde siervo, el corderillo que está expuesto a la violencia de los lobos.

- La capacidad de entrega por los demás: Jesús está dispuesto a cargar con el mal del mundo, con el pecado de los demás, para liberarnos de la culpa, de la maldad que nos oprime. Se muestra sumamente poderoso ante el mal.
- El éxito de su misión consiste en reunir, en restaurar, en crear la unidad de los diferentes, en establecer alianzas, para llegar a la gran Alianza.

El testigo pone toda su vida al servicio de este anuncio, que nace de su misma experiencia.

LA LUZ MISIONERA

Is 8,23b-9,3

1Co 1,10-13.17

Mt 4,12-23

“¡Luz!... ¡Más luz!” decía aquel hombre –creo que se trataba de Goethe– al morir. Morimos cuando no tenemos luz, cuando todo se hace oscuridad a nuestro alrededor. Por algo comenzó Dios la Creación diciendo: “¡Hágase la Luz!”.

Dios sigue dirigiendo su palabra imperativa: ¡Hágase la Luz! Y cuando María dio a luz, vino a nosotros la Luz del Mundo. Jesús lo ilumina todo. Él es la Luz de la Vida. Ante Jesús, Luz del mundo, toda tiniebla desaparece. Por eso, los ciegos veían. Pero el poder de las tinieblas no lo podía ver. Las tinieblas no pueden aceptar la luz.

Éste es el domingo de la luz misionera. Esa luz necesita atletas que la lleven por todo el mundo. Todavía, todavía hay muchos lugares en que no ha prendido.

La luz brilla en las tinieblas

¡Galilea de los gentiles! He ahí la expresión peyorativa que estaba en boca de no pocos de los habitantes de Judea. El sur estaba contra el norte. Lo consideraban tierra de tinieblas. En el sur estaba Jerusalén, la tierra santa de Judea. Ellos se consideraban habitantes de la luz. Galilea era la zona oscura y precisamente el espacio escogido para resaltar mucho más el efecto de la luz. Zabulón y Neftalí fueron las dos primeras tribus de Palestina, de Israel, que sufrieron la invasión del año 733 antes de Jesús. Pero, a pesar de ello, el profeta Isaías les anuncia una excelente noticia: ¡que les brilla una luz grande! Dios llega luminoso para quebrar la vara del opresor y quitar el yugo que pesa.

En este contexto, los buenos israelitas solían cantar el salmo 26: “El Señor es mi luz y mi salvación, el Señor es la defensa de mi vida... ¿A quién temeré, quién me hará temblar?”.

Sí, la luz brilla en las tinieblas. No hay que temer cuando las tinieblas nos invaden, porque es entonces cuando la luz puede aparecer, y aparecerá, si la acogemos, en todo su esplendor. Los místicos nos hablan de la “Noche Oscura”. Hemos de pasar por zonas tenebrosas, en las que escuchamos la voz del Señor que nos dirige y que ahuyenta nuestros miedos: “aunque camine por cañadas oscuras, de muerte, nada temo, porque tú vas conmigo”.

Luz en las tinieblas: el sentido del sinsentido

¡Qué casualidad! ¡Qué providencia! El lugar designado por Isaías como tierra de tinieblas en que la Gran Luz aparece, es el mismo lugar en el que Jesús comienza su ministerio: ¡el territorio de Zabulón y Neftalí!

Jesús es la Luz del mundo y comienza a serlo de los territorios paganizados de Galilea. Jesús es Luz misionera, Luz itinerante, y no lámpara inmóvil de un Santuario. Por donde Jesús pasa, todo se ilumina, todo cobra nueva vida. Predica la alborada, el largo amanecer del Reino.

Su luz prendía en otros. A su paso incendió los corazones, las vidas de Andrés y su hermano Pedro, de Santiago y de su hermano Juan. Quiso hacer de ellos “testigos de la luz”. Los cuatro discípulos iniciaron entonces su vocación misionera. Ésta los llevaría hasta lugares muy remotos para ofrecer la Luz del Mundo, la luz de la Vida. Por eso, dejaron padre, redes, familia y... lo siguieron. Con su enseñanza Jesús daba sentido a la vida y a la historia.

Hoy padecemos una enorme falta de sentido. No nos bastan las explicaciones periodísticas de expertos en análisis de realidad, no nos bastan las explicaciones científicas. ¿De qué nos sirve un certificado de muerte después de un análisis exhaustivo? Jesús y sus discípulos no certificaban la muerte, iluminaban, daban sentido y vida.

¡Ha muerto en la cruz por vosotros!

Pablo tenía gente que lo admiraba y seguía. Pero bien se cuidaba de identificarse con la luz. No quería fanatismos en torno a su persona: “¿Ha muerto Pablo en la cruz por vosotros? ¿Habéis sido bautizados o iluminados en nombre de Pablo?”. Renuncia incluso a las palabras de sabiduría, para no hacer ineficaz la cruz de Cristo. La luz sólo viene de Él.

¡Qué buena advertencia para nosotros cuando queremos ocupar puestos de brillo y hasta nos creemos lu-

ceros que esperan la admiración de quienes nos contemplan! Cuando así actuamos no damos gloria a Dios, ni contribuimos a la comunión en la Iglesia. En la Iglesia no hay estrellas; estamos llamados a ser una constelación. Quien cultiva su imagen, su personalidad magnética, no ama a Jesús. Quien ama a Jesús, apasionadamente como Pablo, se oculta, desaparece como un humilde siervo. Porque sólo Jesús es la Luz del mundo.

No hay servicio mejor a toda la humanidad que ser misionero. Que llevar por todas partes la luz que es Jesús. Jesús vino a prender fuego a la tierra y a iluminarla. Su ansia era conseguir que todo arda, todo esté iluminado. La pasión de Jesús es la que lanza a los misioneros y misioneras a emprender la gran Aventura de la Luz.

La Luz tiene que ser llevada a todo el mundo. Todo ser humano tiene derecho a ser iluminado. La misión de la Iglesia consiste en llevar la Luz de Dios, la Luz de Jesús, a todos los pueblos. No es intromisión. Es el mejor servicio que podemos ofrecer. No debemos reservarnos la luz, que es Luz del mundo. La misión es como construir un gran cableado que llegue hasta los últimos rincones de la tierra para que nadie quede a oscuras.

LA BIENAVENTURANZA DE LOS POBRES

Sof 2,3;3,12-13

1Co 1,26-31

Mt 5,1-12a

Ante la gente pobre Jesús experimentaba una convulsión. Le ganaban el corazón enseguida y le conmovían las entrañas. Ante los pobres Jesús se transformaba: se sentía inspirado, rebosaba de alegría y daba gracias al Abbá. Jesús disfrutaba restaurando su belleza exterior e interior, devolviéndoles la salud, dándoles de comer, sacándolos de sus depresiones. Sí, restauraba su belleza, que los convertía en la envidia de todo el mundo. Por eso, los presentaba en sociedad como “los bienaventurados”, “los felices”, los poseídos por la Belleza de Dios, los bendecidos.

Quienes, en su indigencia, nunca desconfían

El profeta Sofonías vivió unos seiscientos cuarenta años antes de Jesús. Era un enamorado de los pobres, de los sencillos, que en su indigencia nunca desconfían. Sofonías se refería a:

- *los humildes*: pueblo pobre y humilde, un resto de Israel que vivía en el monte Sión, los llamaba “hija de Sión”,
- *los que cumplen los mandamientos* de Dios y no cometen maldades, ni dicen mentiras;
- *los que buscan la justicia* y la moderación;
- *los que confían* en el nombre del Señor.

Quienes son así escaparán el día de la ira del Señor, cuando el Señor haga justicia, pastarán, como ovejas, en verdes praderas, en fuentes tranquilas, se tenderán allá sin sobresaltos. Los pobres necesitan estas buenas noticias, porque así salen de su depresión y los habita la alegría. Reciben el mismo saludo de María: ¡Alégrate, hija de Sión!

Necios y débiles elegidos... ¡para humillar... anular!

Una comunidad de pobres, semejante a la descrita por Sofonías, encuentra Pablo en Corinto. Les dice: “¡Fijaos en vuestra asamblea!”, “¡fijaos unos en otros!”. El resultado de esa mirada es que:

- no hay muchos *sabios*: lo necio del mundo lo ha escogido Dios,
- no hay muchos *poderosos*: lo débil del mundo lo ha escogido Dios;
- no hay muchos *aristócratas*: Dios ha escogido a la gente baja del mundo, a lo despreciable, a lo que no cuenta.

El objetivo de esta elección es muy llamativo: humillar a los sabios, a los poderosos y anular a los que cuentan, de modo que nadie pueda gloriarse.

70 Un texto tan conocido ¡qué extraño puede resultar! La comunidad cristiana ha sido llamada para humillar a los sabios, a los poderosos, para anular a los que cuentan, para acabar con todos los que se glorían de sí mismos y de las cosas que tienen. Sí, es verdad. A veces, nos gloriamos de nuestra “ortodoxia”, de nuestras “teologías”, de nuestros “conocimientos”, de nuestro “poder”, de contar “tanto” dentro del organigrama eclesial, o social. Pero ahí está la comunidad de los pobres para bajarnos los humos, para hacernos ver que Dios elige lo pequeño, lo que no cuenta.

¡Felices los infelices... cuando confían!

Sofonías y Pablo han sentido en sí mismos la extraña seducción de los pobres que confían en Dios y sólo en él se glorían. Pero se quedaron muy atrás comparados con Jesús. ¡Qué fantásticas sus palabras de bienaventuranza, subido a la montaña y sentado allá como un maestro! Jesús no bendice sin remover algo, sin activar a la persona bendecida.

- Si proclama bienaventurados a los pobres, es porque desea despertar en su espíritu la revolución del Reino de Dios.
- Si proclama dichosos a los que lloran, es porque les pide que esperen confiados el consuelo, que ciertamente les llegará; les exige que no desesperen en su llanto.
- Si proclama dichosos a los “sufridos”, es porque espera de ellos una actitud permanente de mansedumbre y la renuncia a la violencia: ¡sólo así heredarán la tierra!

- Si proclama dichosos a los que buscan y suplican que se haga justicia, es porque –más allá de los casos que a ellos les afectan– buscan saciarse de Justicia y comer y vivir de ella, de la justicia que viene de Dios. Aunque sean perseguidos, insultados, calumniados, descubrirán que la justicia de Dios es el mismo Jesús.
- Si Jesús proclama dichosos a los misericordiosos, es porque no son violentos, ni vengativos; es porque tienen una mirada de amor, de benevolencia hacia todos... sin excepción; ellas y ellos se verán envueltos en una misericordia infinita.
- Si Jesús proclama felices a los limpios de corazón, es porque guardan su corazón de la mentira, de la deshonestidad; y sólo la limpieza del corazón les permite ver a Dios; no basta la ritualidad, sino la pureza del corazón.
- Si Jesús llama felices a quienes son pacíficos y trabajan por la paz, es porque, como él, ellos y ellas merecen ser llamados “hijos de Dios”.

Jesús confía locamente en las energías espirituales de los pobres, de los marginados, de las víctimas de la violencia. Jesús sabe que allí donde hay caos humano, el Espíritu Santo puede crear algo absolutamente nuevo.

Jesús nos indica dónde está la verdadera felicidad. ¡Qué lástima que busquemos tantas veces la felicidad donde no está! ¡En la riqueza, en la venganza, en la guerra, en la ofensa a los demás, en la deshonestidad, en la dureza de corazón!

¡QUE BRILLE VUESTRA LUZ!

Is 58, 7-10

1Co 2, 1-5

Mt 5, 13-16

Es un imperativo de Jesús a nosotros, sus discípulos y discípulas: ¡que brille nuestra luz! Jesús no quiere que formemos un grupo clandestino, cerrado en sí mismo, endogámico y preocupado por cuestiones internas. Nos lanza, más bien, a la publicidad, a la sociedad, al mundo.

Sabe que dentro de nosotros brilla la luz y que esa luz no puede quedar oculta. Le es necesaria a nuestro mundo. Y sabe que hay en nosotros un potencial inmenso que puede impedir la corrupción del mundo: ¡la sal! Y quiere que nos diluyamos en la sociedad para dar sabor y para impedir la corrupción.

Cuando Jesús nos habla en estos términos, no nos está pidiendo que nos convirtamos en un grupo fundamentalista, orgulloso y autosuficiente. Eso se descubre inmediatamente cuando nos preguntamos: ¿a qué luz se refiere Jesús?, ¿a qué tipo de sal?

¿Cuándo desprendemos luz?

En conexión con los profetas, Jesús nos dice que desprendemos luz cuando somos compasivos, cuando el amor se apodera de nuestras relaciones, cuando todo lo que somos se convierte en compasión, en amor solidario, en amistad, en pasión por la humanidad.

El establecimiento de relaciones justas, la compasión samaritana, el olvido de sí para ayudar al que lo necesita, la implicación generosa en la construcción de la comunidad... todo eso nos hace luminosos.

Las “buenas obras” nos asemejan al Creador que todo lo hizo bien y bello. Las “obras bellas” son aquellas que nacen del amor verdadero hacia todos. El Jesús que pasó por la tierra haciendo el bien era la Luz del mundo. Sus discípulas y discípulos, cuando pasamos haciendo el bien y la belleza, somos Luz del mundo.

¿Quiénes son verdaderas lumbreras?

Pablo nos pide que no nos confundamos. Muchas veces hemos llamado “lumbreras” de nuestro mundo, o de la Iglesia, a quienes disponen de la sabiduría humana. Pablo renunció a ser lumbrera de ese modo. Renunció totalmente a la sabiduría humana. Se abrazó a la sabiduría de la cruz: esa sabiduría es humilde, estremecida, callada; ¡ilumina sin pretenderlo!

Podemos caer en la fácil tentación de “exhibir” nuestras buenas obras, de autodefendernos ante la sociedad y expetarle en la cara que nosotros, la Iglesia, somos mucho mejores que ella: ¡que a caridad y solidaridad, nadie nos gana! Pero ése no era el estilo de Jesús. Cuando él nos pedía ser luz del mundo, no nos quería exhibicio-

nistas, ni jactanciosos. La verdadera compasión no necesita autodefensas. Tras cualquier viernes santo... vendrá después la pascua victoriosa de la resurrección. No hay que hacer nada. Simplemente morir en las manos de DIOS, y el Abbá proveerá.

Que sea mi vida la luz... la sal

Pero más allá de cualquier forma de humildad y modestia, Jesús quiere que seamos luz en el camino de nuestros hermanos y hermanas. Se nos ha concedido la luz de la fe para iluminar, para acompañar, para dar sentido al mundo. Se nos ha hecho sal de la tierra para darle gusto a las comidas, para darle a la vida humana sabor.

Tenemos vocación de luz misionera, de sal misionera. Salgamos de nuestra reclusión. Los discípulos y discípulas de Jesús no tenemos vocación de sacristía. Nuestro lugar son las plazas, las calles, los auditorios, las plataformas. Todos los dones por los cuales la gente nos quiere, nos admira, nos llama, son recursos de misión con los que cuenta el Espíritu Santo para llevar adelante el proyecto de Jesús y realizar la voluntad del Abbá. Por eso, cantemos aquella entrañable canción que hace tiempo aprendimos: *¡Que sea mi vida la luz, que sea mi vida la sal, sal que sale, luz que brille, sal y fuego es Jesús!*

“PERO YO OS DIGO” O CÓMO VIVIR EN ALIANZA

Eclo 15,16-21

1Co 2,6-10

Mt 5,17-37

Hay momentos en los que necesitamos “alternativas” a la ética en uso: un “pero” autoritativo, iluminador, que nos saque de nuestras costumbres, de las tradiciones muertas, de la falta de futuro. Hay momentos en los cuales las leyes nos pesan demasiado o bien porque no logramos cumplirlas o bien porque, si las cumplimos, no traen renovación a nuestra vida. En esos momentos necesitamos una alternativa, una salida.

Por eso, ¡qué benditas las palabras de Jesús que hoy nos transmite el Evangelio de Mateo! Jesús se confronta con las leyes, con los estilos de vida, con la ética de su tiempo.

Dar plenitud

Jesús nos dice, en primer lugar, que no ha venido a abolir la ley, ni los profetas, sino a dar plenitud.

Si contemplamos en su conjunto la Ley de Dios, la Torah, con sus mandatos, descubrimos que es una normativa de Alianza y para la Alianza. Son cláusulas que no tienen otro objetivo que unir a Dios con su Pueblo y al Pueblo con Dios. Diríamos, incluso, que son las normas de la sponsalidad, del amor cada vez más cercano y fecundo. Basta sólo recordar tantos salmos que se gozan de la Ley. Si contemplamos en su conjunto el mensaje de los profetas, la moralidad que proponen, la visión que ofrecen, descubrimos también que son los mensajeros del amor apasionado de Dios hacia su Pueblo, los implicados en la restauración de la Alianza; no pocas páginas de los profetas son sublimes, luminosas.

En este contexto, ¿cómo va a venir Jesús a abolir la Torah o la Profecía? “¡No he venido a abolir, sino a dar plenitud!” En Jesús, la Alianza va a conseguir el grado máximo de intimidad, de relación, de mutuo amor. En Jesús, la profecía va a conseguir su ápice, su expresión última: “de muchas maneras ha hablado Dios a través de los profetas; últimamente nos ha hablado a través del Hijo”. Jesús ha venido a dar plenitud y valor a todo, incluso a lo aparentemente más pequeño: los preceptos menos importantes. No viene Jesús como un policía que no va a permitir el incumplimiento de las cláusulas de la ley, sino como aquel que nos hará descubrir que todo, todo, en la ley y en los profetas, es valioso, iluminador, *energizador*.

Asesinato, adulterio, juramento

Jesús observa que la Ley y sus normas tan sabias —don de Dios— y los profetas y sus mensajes encendidos

—enviados por Dios— se encontraban en una especie de letargo y raquitismo; se cumplían las normas pero no el espíritu de las normas, que es “estrechar cada vez más la Alianza de amor entre Dios y su Pueblo”. Jesús viene a dar plenitud, a revitalizar los tesoros, a conseguir que el cuerpo paralizado adquiriera de nuevo su movilidad: ¡a dar plenitud! Jesús pone varios ejemplos: no matar, no cometer adulterio, no jurar.

No matar: quien llega a matar y a ser condenado por ello, comenzó su proceso asesino mucho antes: cuando el hermano empezó a tener quejas contra él y se creó un estado de reconciliación; cuando los dos decidieron ir al juez para poner un pleito y no aprovecharon la oportunidad para arreglar bienamente el asunto. Jesús dice que no hay Alianza con Dios sin Alianza con el hermano, sin reconciliación con el hermano. Por eso, “si cuando vas a poner tu ofrenda sobre el altar te acuerdas... deja allí tu ofrenda ante el altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano”. Para que se vea lo importante que es la reconciliación en el contexto de la Alianza, Jesús pide incluso volver de Jerusalén—del Templo— al lugar de origen para la reconciliación y retornar otra vez a Jerusalén.

No cometer adulterio: también el adulterio es ruptura de la Alianza entre el esposo y la esposa; más todavía, símbolo de la ruptura de la Alianza con Dios. Esta ruptura comienza mucho antes de tener lugar. Se inicia en la mirada, en el deseo, en el corazón. Por eso, Jesús pide la mortificación de la mirada, la mortificación del tacto respecto a tentaciones de adulterio que puedan llegar. Jesús pide proteger exquisitamente la relación de alianza conyugal.

No jurar: quien jura se apropia de Dios. Quien jura se excede absolutamente en sus competencias y no actúa desde las claves de la Alianza. Dios dijo “no jurarás”. Jesús añade: “no juréis en absoluto: ni por el cielo, ni por la tierra, ni por Jerusalén, ni por tu cabeza”. Todo está lleno de la Gloria de Dios. Jurar por algo, es jurar por el mismo Dios. En esos juramentos actúa el Maligno. A quien se fía de Dios, a quien está en íntima comunión con Él, sólo le basta decir “sí” o “no”.

La cuestión del “pecado”

También nosotros volvemos al Antiguo Testamento de los escribas y fariseos de vez en cuando. Creemos que basta cumplir las leyes, las normas, para ser justo. Pero he aquí la paradoja: *puedes cumplir sin llegar a dar cumplimiento*. Es decir, puedes obedecer aparentemente una ley, pero estar después muy lejos de aquello que la ley pretende. Puedes no matar, no adúlterar, no jurar, pero, al mismo tiempo tu corazón puede estar matando de otra manera, adulterando de otra manera, jurando de otra manera. El mal comienza a engendrarse cuando se acaban las motivaciones de la Alianza en el corazón; cuando uno olvida que el objetivo de las normas es una unión muy estrecha con Dios, es algo así como un proyecto de amor a Él y a su voluntad por el mundo. Es vivir siempre en su presencia, bajo sus ojos. Es el deseo apasionado de cumplir su voluntad. ¡Dichoso el que camina en la voluntad del Señor! (Sal 118).

“PERO YO OS DIGO” O EL ARTE DE AMAR

Lv 19,1-2.17-18

1Co 3,16-23

Mt 5,38-48

Sigue centrada la liturgia en el gran discurso inaugural de Jesús que el evangelio de Mateo nos transmite. Una vez más aparece Jesús, no como un revisionista, como un revolucionario que acaba con las grandes tradiciones del Pueblo, sino como aquel que viene a dar plenitud. Jesús no viene a destruir. No es como esos políticos catastrofistas que sólo condenan lo que hicieron los anteriores a él. Jesús reconoce la obra de Dios antes de llegar él, pero también quiere hacer su gran aportación al proceso. Hoy nos habla de otros mandamientos de la Alianza a los cuales quiere dar plenitud: el “ojo por ojo y diente por diente”, el “amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo”.

“Ojo por ojo y diente por diente”

Puede parecernos ésta la ley de la venganza. Sin embargo, es la ley de la justicia ecuánime. La venganza está

en el exceso. Los vengativos y violentos se exceden en sus reacciones: “¿me has robado un coche? ¡Pues yo le robaré el suyo, le quemaré el garaje y la casa!”. Contra excesos semejantes iba la ley del talión: ojo por ojo.

Jesús ofrece la alternativa de la no-violencia activa. “¡No hagáis frente al que os agravia!”. Jesús nos pide que encajemos los golpes. Que no empleemos las armas del otro, que son armas de violencia. Jesús nos pide que obedezcamos a quien nos obliga y nos trata como esclavos (“a quien te requiera para caminar una milla”). Jesús nos dice que atendamos a quien nos pide.

Pero no acaba todo aquí. Jesús no quiere que seamos unos resignados o unos cobardes ante el mal. Él nos propone utilizar unas armas que nada tienen que ver con la violencia, pero sí con la dignidad, la denuncia y el respeto:

- *Si uno te abofetea en la mejilla derecha...* No añade Jesús: “¡aguántate!” Jesús dice: ¡actúa!, ¡reacciona!, “¡preséntale la otra!”
- *Si uno te pone pleito para quitarte la capa* No añade Jesús: “¡dásela”, sino: ¡déjate de pasividades! ¡reacciona!, “¡dale también el manto!”
- *A quien te obligue a caminar una milla* No añade Jesús: “¡obedécele!”, sino ¡reacciona!, “¡acompañale dos!”
- *A quien te pide prestado* No añade Jesús: “¡rehúyelo!”, sino ¡reacciona!, “¡dale!”

En resumen, Jesús nos pide que no hagamos frente al mal con sus mismas armas. Pero sí que utilicemos el arma de la denuncia respetuosa: “si he hecho el mal, dime en qué; pero si no, ¿porqué me hieres?”. Jesús nos pi-

de mantener la dignidad y libertad incluso cuando nos esclavizan: ¡me obligas a una milla.... pues yo haré dos! ¿Me robas la capa? ¡Ahí tienes también el manto! Hemos aprendido en este último tiempo el significado político de la no-violencia activa. Gandhi nos introdujo en una praxis que podía avergonzar al mundo de sus violencias. Pero ya Jesús nos introdujo en esa praxis, a la cual la Iglesia debe dar continuidad permanente.

¿Amar al cercano, odiar al extraño?

Todas las naciones se defienden de los extraños, de los extranjeros. Por eso, hay pasaportes, visados, vigilancia fronteriza. En “el otro” ven espontáneamente un peligro. El pueblo de Israel tenía también sus normas nacionalistas. Los de la propia raza y pueblo han de relacionarse como hermanos entre sí; por lo tanto, amarse y protegerse mutuamente. En cambio, con relación a los extranjeros o extraños había que tener muchas precauciones: en primer lugar, por su religión y el peligro de ser contaminados de idolatría (¡por eso, nada de matrimonios con ellos!) y, en segundo lugar, porque son enemigos virtuales (posibilidad de hacer la guerra) o reales (porque de hecho la hacen).

¡Como el Abbá!

Jesús, sin embargo, quiere que sus discípulos y discípulas se sitúen en otra órbita: “amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen”. Ellos no son enemigos, son hijos del Abbá y, por tanto, hermanos. Jesús sabe que “el extraño” no lo es cuando es contemplado con los ojos de Dios, que hace salir su sol sobre todos sus hijos e hijas.

Más todavía, Jesús quiere que no se niegue el saludo a nadie. Y que los considerados enemigos sean objeto de la gracia del saludo, de la hospitalidad. En eso consiste la Gracia. En tener la iniciativa en el amor y demostrar de esa manera que nadie nos es extraño.

Cuando Jesús nos pide ser perfectos como el Abbá es perfecto, no nos está exigiendo ningún imposible. Es cierto que nunca, nunca podremos ser como Dios, pero sí podemos aprender de nuestro Dios el ser compasivos y misericordiosos. Quien entra en el ámbito de la Alianza con su Dios participa de la condición santa de Dios. Quien es misericordioso es “santo como Dios es santo”. En el amor nos jugamos el ser “como Dios”, porque “Dios es Amor”.

LIBERADOS PARA “LO ESENCIAL”

Is 49,14-15

1Co 4,1-5

Mt 6,24-34

¡Qué atrapados nos encontramos a veces! Nos surgen preocupaciones y problemas por todas partes. Perdemos la calma. Nos sentimos nerviosos, estresados; a veces a punto del infarto. Jesús, sin embargo, nos quería libres y liberados. Quien viva en Alianza con su Abbá encontrará la liberación.

El rival de Dios

A Dios le salió un rival: el dios-dinero: ¡no sólo en tiempos pasados, también hoy! Mammón, lo llamaba Jesús. Este dios-dinero ha tenido siempre muchos adoradores: en tiempos de los profetas, en tiempos de Jesús, en nuestro tiempo. Se hace desear de tal forma que no pocos, por él, están dispuestos a perder la vida.

Jesús se muestra muy explícito: “¡No podéis servir a Dios y al dinero!”. Ambos servicios son incompatibles.

La adoración al dios-dinero nace de la ansiedad, de la inseguridad ante el día de mañana, del agobio ante lo que nosotros no podemos controlar, del deseo de felicidad inmediata. El dios dinero es tirano. Impide entrar en el reino de Dios. No salva en el más allá. No acude en ayuda de su fiel en el momento de más necesidad.

Quien se mantiene fiel a la Alianza con Dios, con el Abbá de Jesús y Abbá nuestro, estará siempre protegido por su amorosa Providencia. Quien elige como aliado para siempre al Abbá de Jesús ha de saber que la Providencia del Abbá sobre sus hijos es constante.

¡No andéis agobiados!

Jesús, en la primera tentación, le hizo ver al Tentador que no sólo de pan vive el hombre, sino también de toda Palabra que sale de la boca de Dios. Ahora comunica a la gente que no se preocupe del sustento (“¿qué vais a comer, qué vais a beber?”). Si el Abbá se preocupa de los pajarillos, que ni siembran, ni almacenan, y los alimenta, ¿no va a cuidar mucho más a sus hijos e hijas?

Jesús no quiere a sus discípulos y discípulas preocupados por el vestido. Esta preocupación es muy intensa en quienes viven en palacios, en quienes usan largas vestiduras para exhibirse ante los demás. Jesús inculca a sus seguidores y seguidoras que ese agobio es injustificado. El Abbá atenderá a esa necesidad y además excediéndose en gusto estético: “Fijaos en los lirios del campo... ni Salomón en todo su fasto estaba vestido como uno de ellos”. Es el Abbá quien procura vestido a sus hijos, hijas. Así lo hizo ya en el paraíso cuando Adán y Eva se encontraron desnudos. Así lo seguirá haciendo.

Tampoco Jesús nos quiere preocupados por el mañana, sino liberados de la dictadura del tiempo. Desea que vivamos el presente llenos de confianza. ¿Quién será capaz de añadir un solo día a su vida?

El Abbá sabe de qué tienen sus hijos necesidad. Los proveerá a través de sus secretos caminos. Por eso, cuando comamos o nos vistamos, hemos de agradecerérselo al Abbá por su Providencia permanente.

Los paganos, sin embargo, se agobian porque no saben que tienen un Padre que los cuida. Porque no se han encontrado con el verdadero Dios.

¡Buscad, ante todo, el Reino de Dios y su justicia!

El des-agobio que Jesús pide a quienes le seguimos tiene como objetivo que liberemos todas nuestras energías para buscar apasionadamente el Reino de Dios y su Justicia.

¡Buscad! No debemos perder el tiempo en buscar aquello que se nos dará como regalo. Hemos de empeñarnos en la búsqueda de Dios, en descubrir dónde está reinando y dónde florece su Justicia. En sus parábolas Jesús excita nuestro deseo del Reino. Nos quiere curiosos, apasionados buscadores.

Frecuentemente nos quejamos del silencio de Dios, no descubrimos su acción, ni su presencia. Un senador estatal de Nebraska, concretamente Ernie Chambers, presentó una demanda judicial contra Dios. “Harto” de las “nefastas catástrofes” en el mundo, que sólo provocan muerte y destrucción, decidió acudir a la justicia estadounidense, donde todo parece posible, tras su admisión a trámite el 14 de septiembre de 2007 por la Corte del

distrito de Douglas, en Nebraska. Un gesto aparentemente tan simplista, revela —sin embargo— lo difícil que le resulta al ser humano encontrar el Reinado del Dios bueno, el Reinado del Abbá y su Justicia salvífica. Probablemente esto ocurra porque muchos de nosotros no buscamos apasionadamente a Dios y no testimoniamos cómo y dónde actúa.

El agobio por la vida y el alimento manifiestan que la búsqueda del Reino de Dios no nos interesa; que no tenemos las manos abiertas para recibir los dones de Dios; que no sabemos dónde y cómo Dios, nuestro Padre, actúa en favor nuestro y nos espera.

Nuestro Dios no nos abandona, ni se olvida de nosotros, como una madre no se olvida de la criatura de su seno.

Jesús nos quiere libres, muy libres, para así estar disponibles para el Reino de Dios. Lo que llamamos pobreza evangélica, confianza en la Providencia, despreocupación, no es renuncia, sino confianza en que el Abbá nos concederá el ciento por uno si de verdad nos dejamos cautivar por su Reinado, si de verdad estamos dispuestos a seguir a Jesús en su propuesta de vida.

ROCA Y ARENA: CONSISTENCIA E INCONSISTENCIA DE LA FE

Dt 11,18.26-28.32

Rm 3,21-25a.28

Mt 7,21-27

Estamos en tiempos que no pocos definen como de inconsistencia. Se habla de la “modernidad líquida” para indicar que hay pocas realidades sólidas sobre las que basar la vida, las convicciones. Con enorme facilidad cambiamos de ideas, de opciones, de forma de vivir. Por eso, hay despidos, separaciones, fechas de caducidad. ¿Deberá ocurrir lo mismo con la fe?

Este domingo nos confronta con estas cuestiones y nos propone una enseñanza de Jesús, muy bien relacionada con la gran opción de la Alianza, que el teólogo del Deuteronomio había anticipado muchos siglos antes.

No basta decir: ¡Señor! ¡Señor!

Cuando Jesús hablaba de quiénes podían entrar en el Reino de Dios utilizaba varias imágenes. Unas veces la imagen de la puerta estrecha o escondida a través de la

cual pocos pasan, o porque han de empequeñecerse y no lo hacen, o porque les pasa inadvertida y creen que sólo la puerta grande les permite el acceso. Otras veces la imagen de la puerta cerrada para quienes no han estado en actitud de vigilia cuando llega el Esposo. A este último contexto pertenecen las primeras palabras del Evangelio, hoy proclamado:

“No todo el que me dice ‘Señor, Señor’ entrará en el reino de los cielos, sino el que cumple la voluntad de mi Padre que está en el cielo”

La fe cristiana adquiere su consistencia no en los juegos de palabras, sino en la práctica de una conducta que se atiene a las claves de la Alianza. El Padre del Cielo ha establecido una Alianza para siempre con nosotros. Existe un desposorio amoroso entre Dios y la Humanidad, del cual Jesús es el Mediador. Este desposorio conlleva un compromiso mutuo: de Dios con nosotros y de nosotros con Dios.

El autor del Deuteronomio –primera lectura de este domingo– lo expresa muy bien en las siguientes palabras:

“Mirad hoy pongo delante bendición y maldición la bendición, si escucháis los preceptos del Señor, vuestro Dios, que yo os mando hoy, la maldición, si no escucháis los preceptos del Señor, vuestro Dios, y os desviáis del camino que hoy os marco Pondréis por obra todos los mandatos y decretos que yo os promulgo hoy”

Nuestro Dios está implicado en la relación. Adherirse a Él y cumplir su voluntad es Vida, es futuro, es consistencia. No mantener lazos de Alianza es muerte, es aniquilación, es falta de solidez.

Jesús compara al creyente, que es fiel a la Alianza, con el hombre prudente que construyó su casa sobre la roca; a quien no es fiel, con el hombre necio que construyó sobre arena.

Por la fe en Jesucristo viene la justicia

Cumplir la voluntad del Padre, sin embargo, no se identifica con las obras de la ley. Era ésta una de las grandes preocupaciones pastorales de Pablo: evitar confundir el cumplir la voluntad de Dios, con ejecutar mandatos y leyes. En su polémica contra el fariseísmo, Pablo afirmaba y reafirmaba que la justificación no viene por la Ley y sus obras. De ser así, hubiera sido innecesaria la redención que el Señor Jesús nos obtuvo. El único que nos salva es Jesús, el Cristo, y no la ley. Se salva quien acoge a Jesús, sobre todo, en la fe. Quienes creen en Él, quienes se confían amorosamente a Él, quienes se abren a su presencia recibirán de Jesús la bendición, la vida, la redención, la justificación. Pablo es muy taxativo cuando afirma:

“Sostenemos, pues, que el hombre es justificado por la fe, sin las obras de la Ley”

La polémica que hemos mantenidos católicos y protestantes sobre este punto debe ya ser superada del todo. Nadie duda hoy de que Jesús y su Espíritu son quienes nos salvan, nos liberan, nos glorifican. Nadie cree que sólo nuestras obras tienen capacidad redentora. Todos afirmamos que la fe en Jesús transforma nuestro corazón, nuestro querer, nuestras acciones y que hay obras en las cuales se manifiesta la consistencia de la fe.

La modernidad líquida y la fe

No hablemos de la “modernidad líquida” en términos meramente negativos. Porque si hemos llegado a comprender la realidad de esta forma fluyente, movimentada, es porque han caído viejas convicciones que mantenían a la humanidad atada a su pasado, esclavizada a sus tradiciones muertas. Una humanidad en estado líquido y fluyente está siempre en búsqueda, no se conforma con lo adquirido, se siente llamada a la innovación.

En este contexto, nuestra fe sirve de coagulante, siempre que es necesario, de horizonte del fluir, de meta donde descansar. Y la fe es, ante todo, expresión de Alianza, de compromiso vital con nuestro Dios y de Dios con nosotros. Quien vive en Alianza no teme el fluir. Nada lo derrumba.

MISERICORDIA QUIERO...

Os 6,3-6

Rm 4,18-25

Mt 9,9-13

“Fe” y “Misericordia”. Éstas son las dos palabras que configuran la liturgia de este décimo domingo del año.

Así es como Jesús quiere que sea su Iglesia, su comunidad: ¡un espacio donde la fe es fuerte, no se tambalea, está llena de esperanza!, un ámbito donde la fe se convierte constantemente en fidelidad gozosa, donde no hay miedos, donde no se le “mete miedo en el cuerpo” a nadie.

Así es como Jesús quiere que sea su Iglesia: ¡un espacio para la misericordia! Un lugar donde hay perdón mutuo, donde hay reconciliación, donde nadie se siente superior a otro, donde los poderes se tornan misericordia.

Y ¡cuánto necesitamos ambas cosas! En la Iglesia estamos nerviosos por las cuestiones de la pedofilia y las

acusaciones que recibimos, estamos nerviosos por la especie de antipatía que despertamos en la sociedad civil. No se nos “aprecia”. ¡Se acusa a los obispos! ¡Se nos abren procesos civiles! Malo sería reaccionar ante todo esto, “a la defensiva”, “contraatacando”. A veces damos la impresión de ser un grupo más que tiene que luchar por sus intereses, en lugar de aparecer como el grupo que, olvidándose de sí, lucha por los intereses de los demás, por las víctimas, por los que sufren más que nosotros. ¿Qué mejor defensa que la fe, que la confianza en Dios y en los demás, que la misericordia?

No tengamos miedo a nada. Me decía a mí una hermana religiosa que ya murió —anciana en años y en sabiduría—: “¡hijo! y si pasa ¿qué pasa?” Puede pasar lo que pase, ¡nuestro Dios está con nosotros! ¡El nos defenderá! Si ponemos nuestra causa en sus manos, él actuará.

Por eso, “misericordia quiero” nos vuelve a decir Jesús. ¡Seamos Iglesia de misericordia! También nos los vuelve a repetir Jesús: “Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón!

Una fe evanescente

“Vuestra piedad es como nube mañanera, como rocío de madrugada que se evapora”. De esta manera expresa el profeta Oseas la inconsistencia de nuestra fe, de nuestra fidelidad a la Alianza con Dios. En momentos de fervor nada nos cuesta prometer, comprometernos... pero después ¡cuánto nos cuesta perseverar! ¡Cualquier oportunidad que nos satisfaga más es causa suficiente para la infidelidad! En contraposición el Señor empapa la tierra, es fiel.

Y ¿en qué consiste esa fidelidad que nuestro Dios nos pide? “Misericordia quiero y no sacrificios”, “conocimiento de Dios más que holocausto”. Éste es el programa que se nos propone: ser misericordiosos, conocer a Dios como unos esposos se conocen mutuamente.

No vaciló en la fe

El gran pecado de los discípulos de Jesús es siempre “la falta de fe”. Esta falta de fe se manifiesta no tanto en el desconocimiento de la doctrina de la Iglesia, o de las verdades fundamentales de nuestra fe, sino, sobre todo, en la falta de confianza en Dios. Tendemos a ser muy desconfiados. En la desconfianza nos ataca el enemigo y nos vence. Cuando falta fe, cualquier tentación hace peligrar nuestra fidelidad.

Abrahám es un gran modelo de fe para nosotros. Se le acababan las oportunidades para ser padre, se le acababa el tiempo para recibir todo lo que Dios le había prometido... Podría haberse desesperado. “Tenía unos cien años... se dio cuenta de que su cuerpo estaba medio muerto y estéril el seno de Sara” y, sin embargo, “no vaciló en la fe”.

Hay muchas situaciones en la vida que harían vacilar nuestra fe, nuestra vocación. El matrimonio de no pocas personas no responde a lo que ellos soñaron y –al parecer– Dios les había prometido, la vocación al ministerio ordenado o a la vida consagrada tampoco resulta ser aquello que uno había soñado y –al parecer– Dios le prometía. Ante tal constatación, muchos pierden la paz, la paciencia y se dejan “tentar” por otras posibilidades... antes de perder el último tren.

Sin embargo, quien confía en Dios verá al final que Dios nunca deja de cumplir sus promesas.

¡No volver de nuevo a la mesa del dinero!

Mateo, el recaudador de contribuciones, fue elegido por misericordia. Jesús vio cómo le brotaba la misericordia de su corazón al verlo sentado en la mesa de los impuestos. ¡Qué fuerza tiene Jesús cuando se confronta con el poder del dinero!

Hay mucha gente así, detrás de los grandes negocios, que también hoy escucha, o escucharía, la llamada de Jesús al seguimiento. No es el dinero lo que da la felicidad, lo que suscita las grandes vocaciones. Por eso, cuando entra mucho el dinero en cosas de fe —promesas económicas, bienestar económico para quien siga unas creencias— entramos en terreno resbaladizo. ¡No podéis servir a Dios y al dinero!

En la Iglesia tenemos la tentación de volver a la mesa del recaudador de impuestos, en lugar de dejarla. Nuestra confianza en el dinero es mayor que nuestra fe. ¡Malo!, cuando las iglesias disponen de fuertes y sólidas economías. ¡Malo!, cuando buscamos paraísos fiscales y defraudamos económicamente a nuestra sociedad.

Que en algunos lugares se hacen grandes negocios... es evidente. Hay lugares en la Iglesia muy apetecidos, porque allí no falta el dinero. Hay grupos en la Iglesia que disponen de economías muy saneadas y muy discretamente protegidas. Resuena en este ámbito la doble palabra: ¡Fe! ¡Misericordia!

DECLARACIÓN DE ALIANZA

Ex 19,2-6a

Rm 5,6-11

Mt 9,36-10,8

“¡No porque seamos los mejores...!” Esto lo decía el pueblo de Israel cuando se preguntaba por qué Dios había hecho alianza con él. Esto decimos nosotros cuando nos preguntamos por qué somos Iglesia, asamblea santa de Dios: “No porque seamos los mejores”.

El pueblo de Dios necesita hoy una purificación a fondo, una sanación que no vendrá de nosotros, sino de Dios y de sus modos misteriosos de actuar en la historia. Pero hay que decir, y debemos decirnos, que... ¡a pesar de todo!... nuestro Dios nos ama, nos perdona, nos incluye en su Alianza. Y será fiel a ella, porque no puede negarse a sí mismo.

Veamos cómo se despliega este misterioso amor en cada una de las lecturas de este domingo, el domingo de la Alianza.

Declaración de amor

Las palabras que Dios dirige a su pueblo por medio de Moisés tienen mucho que ver con una declaración de amor; con la declaración de amor más sublime que pudiéramos imaginarnos. Dios se ha enamorado de un pueblo pequeño. Lo vio esclavizado en Egipto. Llegaron a su corazón los gritos de aquellas pobres mujeres y pobres hombres. Y decidió sacarlos de la esclavitud, como un padre rescata a su hijo pequeño a quien unos malhechores han raptado.

El pueblo fue rescatado sin tener que organizarse, sin tener que influir decisivamente en la acción liberadora. Lo único que se le pedía era dejarse llevar: “os he llevado sobre alas de águila”.

Y cuando por fin llegan a un lugar tranquilo, al monte santo, allí Dios se destapa, les abre su corazón. Dios quiere hacer alianza con este pueblo. Lo quiere para sí mismo. Les pide atención u obediencia, que es lo mismo: “si de veras escucháis mi voz”. En otra ocasión lo diría así: ¡Shemá Israel! La aceptación de esta oferta de Alianza le dará al pueblo una nueva identidad:

- seréis mi propiedad personal entre todos los pueblos de la tierra,
- seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa.

Esta Alianza sigue vigente. Nosotros podemos, también hoy, escuchar la voz del Señor. Ser Iglesia de Dios debería ser nuestro orgullo. Somos propiedad de Dios, somos un reino –¡no un grupo de esclavos!– somos sacerdotes, nación santa. Y una advertencia: ya en el primer momento de la Alianza Dios quiere que su pueblo,

¡todo su pueblo!, sea un pueblo de sacerdotes y no un pueblo que tenga sacerdotes. ¡Esto no hay que olvidarlo! Hemos de ser fieles al Dios de la Alianza.

La prueba de que Dios nos ama

La Alianza de Dios con su pueblo se mantiene de generación en generación. Uno podría pensar que las sucesivas infidelidades de su pueblo podrían llevar a Dios a desistir y retirarse. Sin embargo, no es así. Pablo lo proclama de forma nítida: “La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros”. Sí, murió por nosotros cuando “estábamos sin fuerza”, cuando éramos impíos—hombres y mujeres sin piedad—; cuando más merecíamos castigo que misericordia, cuando éramos enemigos y no dábamos muestras de querer cambiar.

No nos reconciliamos nosotros. Dios mismo ha venido a reconciliarnos. No nos gloriamos de nuestras obras. Nos gloriamos del mismo Dios. La muerte de Jesús por amor es la que nos transforma. ¡Eso es ser fiel a los compromisos, a la Alianza!

¡Se compadecía de la gente!

Debemos tomarnos muy en serio la Alianza de Dios con nosotros y su deseo irrevocable de definirse como “el Dios de los humanos”. El evangelio lo ratifica. Nuestro Dios no quiere condenarnos. Su Hijo, Jesús, no vino a condenarnos, sino a devolvernos la alegría, la esperanza, la vida. Por eso, Jesús se estremecía cuando se encontraba con tanta gente que estaba “extenuada, abandonada, como ovejas sin pastor”.

Si Jesús elige a los Doce, a los trabajadores de la mies, no es para que las gentes los sirvan, los admiren, los

aplaudan. Jesús los elige como servidores de la Alianza y servidores del pueblo de la Alianza. La grandeza no está en ellos, sino en el pueblo al que sirven y con el que Dios ha establecido una Alianza que no tiene fin.

Jesús ve cómo el Pueblo de Dios no es atendido como se merece. La mies es abundante, pero se pierde porque no hay trabajadores. Este pueblo está llamado a ser pueblo de reyes, pueblo sacerdotal, nación santa, pero no hay suficientes servicios que permitan mantener viva esta conciencia y esta dignidad.

Porque se compadecía de la gente, por eso Jesús eligió Doce discípulos, doce Apóstoles. Los doce recibieron poderes especiales para curar al pueblo de Dios: para purificarlo de sus demonios, para curar todos sus males y dolencias, para resucitar muertos. Jesús quería que su pueblo recuperara el ansia de vivir, la alegría; que sintiera que Dios lo cuidaba de verdad, como su único pastor. Además, Jesús le pide a sus Doce que no cobren, que todo lo den gratis, pues gratis lo han recibido.

Que sean elegidos “doce” tiene un gran significado. Esos doce discípulos eran como la imagen viva del pueblo entero, sin exclusiones. Los Doce eran como un “micro-pueblo” o como la maqueta del pueblo de Dios: elegido todo él, sin excepciones. La Alianza es global. Nadie, nadie está fuera de ella. Se trata de “todas las ovejas perdidas”.

¡Qué imagen tan preciosa de Iglesia se desprende de este texto evangélico! ¡Qué bien situados los ministerios! ¡Qué primacía corresponde al pueblo de Dios! ¡Cuánto tenemos todavía que aprender!

¡NO TENGÁIS MIEDO!

Jr 20,10-13

Rm 5,12-15

Mt 10,26-33

Hay personas que dan miedo. Hay situaciones en que la gente no actúa libremente, no se expresa, no tiene iniciativas... porque tiene miedo. Esto pasa en la sociedad... esto pasa también en la Iglesia. Jesús no quería tener discípulos movidos por el miedo. Si algo les repitió una y otra vez fue: “¡No temáis! ¡No tengáis miedo!”. El antídoto contra el miedo es la fe. Quien tiene fe se siente libre, no teme a nada ni a nadie. Porque sabe que está fundado en Dios, en su Señor Jesús. “Creí y por eso hablé”.

Hoy recibimos en la liturgia una invitación a perder el miedo.

El envidiado...

Uno de los profetas que gozan de mayor simpatía entre el pueblo cristiano es Jeremías. Además, en algu-

nos momentos, nos recuerda mucho a Jesús. El texto que acabamos de proclamar es uno de ellos.

Jeremías fue un profeta marginal y perseguido. Comenzó su ministerio profético muy joven; pero apenas le hacían caso. Sentía dentro de sí una seducción divina insuperable. Pero sufría ante el cuchicheo de la gente que lo traicionaba, las autoridades que lo perseguían y condenaban, los amigos que lo acechaban para abatirlo y vengarse de él.

Esto sigue sucediendo. Hay grupos de acusadores que buscan los traspies de los demás. Hay personas más preocupadas por la mala vida de los demás, que por transformar su propia vida. La envidia suele estar en el fondo de esta forma de actuar. Con todo, será difícil que quienes hacen estas denuncias se reconozcan envidiosos. Una de las características de la envidia es que es un mal “oscuro”, que nunca da la cara.

Jeremías, sin embargo, no se deja doblegar. Le pueden expulsar del Templo, le pueden expatriar... pero él seguirá firme, porque tiene la convicción y la experiencia de que Dios está con él, como fuerte soldado, y que todos los demás serán vencidos.

Dios sigue también con nosotros y, por eso, podemos escuchar hoy su voz, sentirnos propiedad suya, reino de sacerdotes, nación santa.

El Refundador

Solemos ser demasiado pesimistas respecto al mal de nuestro mundo. Juzgamos la realidad como si no hubiera redención, como si no tuviéramos fe.

Es cierto que la humanidad ha tenido unas raíces muy contaminadas. El misterioso pecado de los orígenes en-

turbió el cauce. El virus inicial infectó el cuerpo social y personal. El pecado abrió las puertas a la muerte. La muerte pasó a todos. Todos pecaron. Pablo dice que todo eso se debió a uno, al primer Adán. La situación cambió radicalmente con la llegada de Jesús. Jesús es más poderoso que Adán. Jesús es el antídoto que cura todo el mal. Jesús es la Vida. No se puede comparar el pecado con la Gracia. La Gracia abunda, sobreabunda. Es Gracia para todos.

Hay formas de hablar sobre la salvación que, aunque parecen muy ortodoxas, en el fondo no creen en la Redención, en el poder de la Gracia sobre el pecado. Esto sucede cuando se dice que Jesús ya hizo todo por nosotros; lo que falta ya no depende de él, sino de nosotros. Se olvida que ese nosotros no funciona si no es movido por la Gracia de Jesús. ¡Éste es el gran misterio de la Gracia!

Jesús refundó la humanidad. Ya la humanidad está salvada, aunque todavía no lo veamos. El antivirus contra el mal ya está funcionando y de verdad que lo elimina perfectamente.

¡El Consejero!

En el evangelio de este domingo nos da Jesús unos preciosos consejos para nuestro apostolado. Todo cristiano es, debe ser, un auténtico apóstol, un testigo del Evangelio. Es esencial para cualquier bautizado. Para serlo —tal como Jesús quiere—, nuestro mismo Señor nos ha dado los siguientes consejos:

Primer consejo: *¡No les tengáis miedo!* Jesús nos quiere discípulos. La misión que Jesús confía a sus discípu-

los o discípulas está llena de dificultades, de peligros, e incluso peligro de muerte. Mas ¿no hay que temer a quienes matan el cuerpo pero no pueden matar el alma! Lo que le pueda suceder a un discípulo de Jesús está bajo control. El Abbá cuida de él o ella, porque “ni un cabello de la cabeza cae sin su consentimiento”. La buena voluntad del Abbá hace que, incluso aquello que parece malo, al final sea bueno, excelente.

Segundo consejo: *¡Fuera el ocultismo... todo a las claras!* Hay quienes traman todo en la oscuridad: utilizan el secretismo, el disimulo perverso para llevar a cabo sus intereses bastardos. Jesús dice que no conseguirán lo que pretenden, porque “no hay nada encubierto que no haya de ser descubierto, ni oculto que no haya de saberse”. Los discípulos de Jesús no tienen que ocultar nada: lo que han escuchado en la oscuridad han de decirlo a la luz, y lo que han escuchado al oído, han de proclamarlo desde los terrados”. Un auténtico discípulo de Jesús no tiene nada que ocultar.

Tercer consejo: *¡Si das la cara por Mí, yo la daré por ti!* Es una especie de pacto del Señor con su evangelizador. Lo que haga el evangelizador por Jesús, lo hará Jesús por su evangelizador ante el Abbá. Jesús muestra una gran radicalidad en esto, porque llega a decir que “si alguien lo niega ante los hombres, también Él lo negará ante el Padre”. Pero sabemos que esa negación nunca es definitiva. Ya dice otro famoso texto bíblico que “si lo negamos, Él nos negará; si le somos infieles, él nos será fiel, porque no puede negarse a sí mismo” (2Tim 2,12-13).

¡EN PIE DE MISIÓN!

2Re 4,8-11 14-16a

Rm 6,3-4 8-11

Mt 10,37-42

No hay cristianismo sin misión. Toda persona bautizada es portadora de una misión, la misión misma de Jesús. Tenemos miedo de dar testimonio. Nos parece que es un atentado contra la libertad de los demás. Incluso, a veces, juzgamos que dar testimonio nos vuelve fundamentalistas. ¡No es así! Quien da testimonio ofrece lo mejor de sí mismo a la persona con la que se encuentra. Lleva un tesoro capaz de establecer relaciones de gran proximidad.

Los testigos de Jesús no se avergüenzan de su Señor. Quien cultiva día a día su relación amorosa con Jesús no puede impedir que se le note, que su experiencia se contagie. Este domingo nos pide que estemos en pie de misión, en todo momento, en el espacio geográfico en el que vivimos. No olvidemos que nuestro testimonio y servicio pueden hacer milagros.

Hospitalidad fecunda

La hospitalidad es una de las grandes virtudes. Es también sumamente necesaria en nuestro tiempo. Hay personas que, sin saberlo, acogieron a ángeles, nos dice la palabra de Dios. Era una mujer importante de Sunem. Era estéril y su esposo ya no podía darle un hijo. Esta mujer no deseaba otra cosa que “vivir en medio de su pueblo”. Pero, además, tenía una especial sensibilidad: supo descubrir al siervo de Dios, Eliseo, y lo acogió en su casa. Primero le pidió que se quedara a comer. Después —con el consenso de su esposo— hizo construir una habitación independiente —con una cama, una mesa, una silla y una lámpara— para el profeta.

Esta hospitalidad le atrajo la gracia de Dios y le fue concedido el don de la fecundidad. Nuestro tiempo hace difícil la virtud de la hospitalidad. No tenemos las condiciones sociales adecuadas para ser acogedores, hospitalarios con los extranjeros, con las personas que Dios nos envía. Hay que cambiar estructuras, la visión que tenemos de la sociedad... para poder hacer que emerja entre nosotros la hospitalidad. Con ella nos vendrán todos los bienes. Sin hospitalidad la vida no se regenera. ¡Cuánta falta de hospitalidad en no pocas parejas! ¡Qué amor tan infecundo! ¡Cuánta falta de hospitalidad nos hace incapaces de generar una nueva sociedad!

Morir al pecado y vivir para Dios

Pablo interpreta la muerte de Jesús y la define como “muerte al pecado”. Si analizamos cómo y por qué murió Jesús descubriremos qué significa “muerte al pecado”. Jesús murió porque no quiso identificarse con el

sistema del templo de Jerusalén: “Habéis convertido la casa de mi Padre en cueva de bandidos”. Jesús murió porque dijo que Él era el templo vivo de Dios y reivindicó para sí mismo la presencia de la gloria de Dios. Jesús murió porque le dijo al mismo prefecto romano que su poder le venía de Dios. Jesús murió porque se puso de parte de los más pobres, de los leprosos, de los marginados sociales, de los pecadores.

El bautismo nos solidariza con la vida de Jesús, con su forma de vivir y de actuar. El camino hacia la Vida, la vida del Reino de Dios, es un camino de muerte. Quien quiera ganar su vida la perderá. No es cuestión de ganar, sino de perder. Y no se trata de perder por perder, sino de perder para ganar. Jesús nos dice que, si queremos entrar en la Vida, hemos de dejar cosas, muchas cosas, dárseles a los pobres y seguirlo hasta el Calvario. La muerte al pecado es muy dolorosa a veces. Nos hace entrar en la noche oscura. Pero se nos promete que después de la noche oscura comenzará un largo amanecer y aparecerá la Vida.

Morir al pecado no es una acción voluntarista. Es, más bien, aceptar las muertes que nos trae ponernos de parte de Dios y de su Reino. En esas muertes no hay que perder el ánimo, ni deprimirse... porque llegará la VIDA.

Consejos evangélicos para el Mensajero

Jesús continúa su discurso apostólico, según el evangelio de Mateo que estamos proclamando estos domingos. Jesús continúa dando sus consejos a sus enviadas y enviados. En algún momento de este discurso Jesús nos identifica con el gran profeta Eliseo. Él fue capaz de

abandonar a sus padres, de olvidarse de sus propios intereses; quien lo acogió se vio recompensado por Dios. Esa figura de Eliseo ilumina la identidad de cada cristiano o cristiana cuando actúa como enviado y profeta de Jesús. Éstos son los consejos que el Señor le da:

- Primero: “El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí”. El misionero, la misionera de Jesús no debe anteponer nada ni nadie a su Señor. En caso de conflicto, el Señor es lo primero.
- Segundo: “El que no toma su cruz y me sigue no es digno de mí”. Seguir a Jesús implica estar dispuesto a una solidaridad tal con Él que uno no tema las consecuencias. La cruz de Jesús es como el yugo llevadero. La cruz siempre es llevada de una forma solidaria: Jesús y nosotros. Ésa es la experiencia de los mártires.
- Tercero: “El que encuentre su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí, la encontrará”. Perder es ganar y ganar es perder cuando uno sigue a Jesús.
- Cuarto: “Quien os recibe a vosotros a mí me recibe, y quien me recibe a mí recibe a Aquel que me ha enviado”. Cuando actuamos como cristianos, Jesús actúa en nosotros. No hace falta ser jerarquía eclesiástica para representar a Jesús. Cualquier cristiano lleva en sí mismo la representación de su Señor, sobre todo, cuando pierde su vida por Él.

¿DE DÓNDE NOS VENDRÁ LA SOLUCIÓN?

Za 9,9-10

Rm 8,9.11-13

Mt 11,25-30

Si algo echamos en falta dentro de la humanidad es “la paz”. Nuestro planeta azul está tejido por una red inexplicable de tensiones violentas. En la tierra nos sentimos inseguros. En cualquier lugar nos puede acechar la violencia: sea o no institucionalizada. ¡Cuántas muertes produce cada año, cada mes, cada día, la violencia que nos habita! Entre las naciones, entre las mismas regiones, existe una sórdida hostilidad que no cede ante el enfrentamiento, la muerte, la extorsión.

¿Cuándo llegará la paz? ¿Cuándo llegará la paz que trae consigo la justicia? No nos resignamos a cualquier tipo de paz. Esperamos la paz que restablece los derechos inalienables de cada persona. No existen, hasta ahora, políticas satisfactorias.

El “mesías” que trae la paz: humilde y justo

El profeta Zacarías anunció hace siglos al pequeño resto de Jerusalén, al grupo de los humildes y humillados,

la llegada de una alternativa: un rey humilde, justo y victorioso, montado en un pollino —cría de asna—. Él acabará con la violencia, con la guerra, con las armas de muerte. Él desbordará los límites de Israel y anunciará la paz a todas las naciones. Su dominio llegará a todo el mundo.

¿Será posible este sueño profético? ¿Por dónde llegará, o está llegando, el rey humilde victorioso, justo, que anuncia a todos la paz? En todo caso, se nos da una clave: sólo la humildad, la justicia y el amor son el Mesías que trae la paz a las naciones.

El Espíritu “nos es entregado” sin medida

¿Qué hacer para tener un espíritu alegre, emprendedor, creativo, esperanzado? No pocas veces nos vemos habitados por un espíritu lánguido, apesadumbrado, taciturno, desanimado. No es fácil vivir en un mundo tan complejo y tan enfrentado. Cada situación perversa deja en nuestro espíritu su huella.

Vivir en esta condición deprimida es “vivir en la carne”, como Pablo lo llama. No creamos que la “vida en la carne” es diversión, felicidad, desbordar los límites, creatividad... No. La vida en la carne es vida en la corrupción, es vida amenazada de muerte. Es vida sin salvación, sin perspectivas.

En cambio, vivir en el Espíritu de Jesús es felicidad, es resurrección, ánimo imbatible, constante capacidad creadora.

El Abbá es la fuente del Espíritu. Él nos entrega el Espíritu sin medida. ¿Qué hacer para recibir este santo don? ¿Qué hacer para no cerrarnos a su efusión constante? Por doquier, en cualquier momento, el Espíritu —que resucitó a Jesús de entre los muertos— nos es donado. ¿Qué hacer para que no caiga en saco roto tanta Gracia?

¡No confiar en nosotros mismos! Ser conscientes de que una Gracia Misericordiosa nos envuelve. No apenarnos por nuestras limitaciones. Poner la confianza en el Señor y esperar sin dudar.

Por dónde llega la alternativa

Es llamativo ver hacia dónde apunta Jesús en su oración al Abbá. Lo que le agradece podría parecernos sin importancia. O mejor, Jesús le agradece al Abbá lo que para nosotros tiene poca importancia: el haber revelado su Misterio a los pequeños y no a los sabios e inteligentes. ¿De qué nos sirve —dirían muchos— que los pequeños, los últimos, los desplazados, conozcan el Misterio, tengan las claves de la solución de los problemas, si nada de eso le es revelado a los poderosos, a los que rigen los destinos de los pueblos?

A quien debiéramos consultar es a quienes han recibido la “revelación”. Hoy mismo, Jesús quedaría fuera de las mesas de consulta, porque nos parecería “poco preparado”, demasiado “simple” o “sencillo”. Sin embargo, ahí está la solución. Jesús es el Maestro humilde que trae consigo la solución a todos nuestros problemas. Sólo en Él encontraremos el auténtico descanso. Su yugo es suave y su carga ligera. Él es el Príncipe de la Paz.

Jesús es habitado por un espíritu de mansedumbre, de humildad, de paz y desagobio, de no rigidez. Al parecer, estas palabras del Señor fueron dichas dentro de un determinado contexto: el talante magisterial de Jesús en contraste con el talante magisterial de los maestros en Israel.

Los Maestros de Israel adoptaban un estilo soberbio, autosuficiente, presuntuoso, discriminador. De ellos de-

cía Jesús que cargaban pesados fardos sobre la espalda de la gente, mientras que ellos no colaboraban para levantar la carga ni con un dedo.

Jesús es Maestro humilde, no presuntuoso. Jesús dice que su yugo es llevadero y su carga ligera. Al hablar de yugo está indicando que —tal como ocurre con los bueyes uncidos al yugo— la carga compartida es menos carga y Jesús está dispuesto a compartir el yugo y la carga con su discípulo. Él sabe compadecerse porque ha pasado por una situación parecida.

Jesús da gracias al Abbá porque quienes mejor acogen y comprenden sus misterios no son los sabios y entendidos, sino la gente más humilde y sencilla. A ellos les revela el Hijo todo lo que el Abbá le ha comunicado.

¡Qué buena oportunidad nos ofrece este domingo para que nos preguntemos qué espíritu nos mueve y qué tipo de magisterio ejercemos, individual y colectivamente, en la Iglesia y desde la Iglesia. ¿De quién está más cerca nuestro magisterio, del magisterio de Jesús o del de los fariseos? ¿Colaboramos a la paz social, a la reconciliación? ¿Aportamos soluciones a los problemas de la familia, de los grupos minoritarios, de aquellos que se sienten marginados, o cargamos fardos pesados? ¿Trae nuestra proclamación moral alivio o agobio, inquietud o descanso? ¿Aprecia la sociedad en nosotros la humildad y mansedumbre de Jesús o la violencia de los maestros de la ley? Son preguntas muy serias éstas; de ellas depende nuestra credibilidad social.

COMPRENDER LO INCOMPENSIBLE...
¡ESO ES LA FE!

Is 55,10-11

Rm 8,18-23

Mt 13,1-23

Dos aviones chocaron sobre el cielo de Suiza y se estrellaron. Perdimos las vidas de niños y niñas que venían de Rusia a Barcelona para unos días de descanso. No hubo ángeles en el espacio que impidieran la catástrofe. El cielo vio imperturbable el accidente. ¿Dónde estaba nuestro Dios, el Abbá? Sólo los demonios de la muerte hicieron su labor. En esos casos decimos: ¡fallo humano! Estamos hartos de fallos humanos. El ser humano falla tantas veces... El Creador, ¿porqué no repara tantos fallos?

No se trata sólo de esta desgracia. Hay muchas otras que nos hacen preguntarnos: ¿dónde está nuestro Dios?

Las grandes preguntas siguen pendientes. Y es necesario plantearlas de nuevo. Solo así creceremos en la fe. Este domingo nos ayudará a profundizar en nuestra

fe y en nuestra confianza. No basta repetir automáticamente frases tópicas como “sus caminos no son nuestros caminos”. Es importante reconocer que “creer” es un riesgo, una aventura, un jugárselo todo para ganarlo todo. Comprender lo incomprendible... ¡eso es la fe!

Como la lluvia y la nieve... ¡la Palabra!

¡Qué confianza tan admirable en la Palabra de Dios muestra el profeta Isaías! El cree –sin la menor duda– en su eficacia. Se sabía “servidor de la Palabra”. Claro que tenía la experiencia de gente que se oponía a su ministerio, que no creía en su mensaje... Sin embargo, tenía la convicción profunda de que la Palabra de Dios es más fuerte que cualquier oposición a ella.

La imagen de la lluvia y de la nieve es muy elocuente. En su ciclo, llevan consigo la fecundidad. Así también la Palabra de Dios.

Si estamos convencidos de esto, haremos lo posible por estar al servicio de la Palabra, a tiempo y a destiempo. La Palabra no necesita ayudas, apoyos, demasiados comentarios. La Palabra sólo necesita mujeres y hombres que sean sus testigos, sus transmisores fieles. La Palabra salvará al mundo.

Meditar todos los días la Palabra de Dios, dejar que penetre en el corazón, en un grupo social... es la mejor terapia, la semilla de la alegría, de la paz, de la serenidad.

La gloria que se manifestará

Tener fe es un don, un gran don. Permite ver la realidad de otra forma, desde otra dimensión. La fe abre las puertas a la esperanza.

Hace poco, iba de viaje. La persona que venía a mi lado, diplomática e intelectual, me decía que no era creyente. Reconocía no tener el don que permite ver las cosas de otra manera. Se preguntaba por la existencia de Dios en medio de un mundo tan desajustado, tan injusto como el nuestro. Una vez más, surgía la pregunta habitual que abre la puerta al ateísmo existencial: ¿cómo puede un Dios “bueno” permitir tanto mal, tanto sufrimiento, tanta muerte, tanta injusticia?

Yo me pregunté: ¿en qué consiste el don de mi fe? ¿Tengo más luces que este hombre? También a mí me duelen el sufrimiento, la injusticia, la muerte salvaje... Pero estoy habitado por una misteriosa convicción. El Abba, el Dios Creador, lo sabe todo... lo conoce todo... lo conduce todo. Quienes son intermediarios de su Revelación nos dicen, como Pablo en esta lectura:

Los sufrimientos de ahora no pesan lo que la gloria que un día se nos descubrirá

Todo está confundido en este mundo. Ha habido una fuerza negativa —que no procede del Creador— que lo ha sometido todo a esclavitud. Sin embargo, la victoria definitiva sobre el mal está ya prometida e iniciada.

Tener fe y esperanza es un gran don. Permite abordar la vida de otra forma, con otra moral. Como me decía, una vez, la hermana Victoriana (hermana de la caridad de Santa Ana): “y si pasa, ¿qué pasa?”.

El arte de ver y comprender

Cuando una persona no está dispuesta a ver, a comprender, ni ve ni comprende. Cuando una persona está alerta, busca, se deja llevar del corazón, ve y comprende

incluso aquello que nunca se imaginó. Quien nada espera, no vigila. Quien espera, intenta no perderse la mínima señal. Jesús se quejaba de esto. Había en su tiempo, entre su gente, personas que nada esperaban, que no vigilaban... Para muchos de ellos y ellas, sus palabras no tenían sentido. Sus parábolas no traían ningún mensaje: “miran sin ver, escuchan sin oír y entender”. También hoy, en nuestras sociedades, encontramos personas totalmente cerradas a entender algo nuevo, algo diferente.

Jesús lo expresó de otra forma con la parábola de la semilla. ¿Por qué la Palabra de Dios germina en unas personas y no en otras? Porque hay cerrazón, hay corazones poco abiertos a la novedad, cerebros enormemente cerrados al nuevo conocimiento.

Me he encontrado con algunas personas que se llaman creyentes pero que están cerradas, no tienen nada nuevo que aprender, ningún conocimiento con el que enriquecerse. Están cerradas, “a causa de sus dogmas”, a la Verdad.

Jesús nos enseña hoy el arte de ver y comprender. Es bueno dejarse fecundar por lo nuevo, tener una tierra en la que toda buena semilla pueda germinar.

CÓMO DIOS GOBIERNA

Sab 12,13.16-19

Rm 8,26-27

Mt 13,24-43

¿Cómo presentar hoy la ofrenda ante el altar si nuestro hermano tiene algo contra nosotros?

El estilo de gobierno de nuestro Dios

La primera lectura nos habla de nuestro Dios. Ésa es siempre una gran pregunta: ¿cómo es mi Dios? El libro de la Sabiduría nos lo presenta como un gobernante poderoso, como un soberano universal.

El gobierno de Dios: El poder de Dios es el principio de la justicia. No se dice que la justicia sea la norma que ha de acatar el poder, sino que el poder es la fuente de la justicia. ¿Cómo se ejerce ese poder?

- ¡Perdona a todos!
- ¡Demuestra su fuerza a quienes dudan!
- ¡Reprime la audacia de los que no lo conocen!

- Juzga con moderación.
- Governa con gran indulgencia.
- En el pecado da lugar al arrepentimiento.
- A quien ha justificado Dios le pide que sea “humano”.

La soberanía de Dios: nuestro Dios es único, superior a todos, pero se caracteriza por su “humanidad”:

- Fuera de Él no hay otro Dios.
- Tiene una soberanía universal.
- Puede hacer cuanto quiere.

Cuando decimos: ¡Venga a nosotros tu Reino!, estamos anhelando esta forma de gobierno en nuestra humanidad. Nos encontramos, actualmente, en una situación en la que apreciamos con toda claridad qué difícil es gobernar esta tierra, qué difícil es superar los conflictos entre las naciones, entre los grupos, entre las diversidades.

“Los buenos deseos de Dios”

Nuestro Dios no sólo nos gobierna, también es nuestro abogado, nuestro intercesor, nuestro cómplice.

El Espíritu Santo, la santa Ruah, nos acompaña, entra en lo más profundo de nuestro ser y “ora”, intercede por nosotros con gemidos inefables. Dentro del mismo Dios tenemos a nuestro intercesor: el Santo Espíritu.

Nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene. Somos incapaces de interceder ante Dios de forma adecuada. Alguien comentó en alguna ocasión que este texto paulino declara la incapacidad del ser humano para “orar como conviene”. Quizá el significado adecuado de esta afirmación sea otra: si entramos dentro de nosotros mis-

mos, si llegamos a contactar con el Espíritu de Dios que nos habita, entonces descubriremos en nosotros mismos el deseo de Dios.

La espiritualidad cristiana no consiste en apropiarse de algo exterior a nosotros, sino en descubrir lo que ya hay dentro, en lo más profundo. Ahí habita el Espíritu y esa realidad santa lleva adelante en nosotros los “buenos deseos” de Dios.

Con esto también se afirma que somos incapaces de conocer nuestro anhelo más profundo cuando vivimos en la superficialidad, cuando no dedicamos tiempo a conocer nuestro interior ni al Huésped misterioso que nos habita.

La parábola del “mal gobierno”

La parábola de la cizaña y el trigo es una genialidad de Jesús; pero es una genialidad incordiante. Yo la definiría irónicamente como la “parábola del mal gobierno”. Creemos, ordinariamente, que gobernar consiste en separar lo bueno de lo malo, hacer crecer el bien y erradicar el mal. Para ello, los gobernantes utilizan la ley, las normas, como criterio de buen gobierno. Les basta decir qué es “legítimo”, “legal”, “lícito”. Pero ¿es en realidad así?

Las leyes las hacen quienes las hacen. Son fruto de mayorías legales. Las mayorías legales responden a los deseos y apoyos de minorías, muchas veces interesadas. Lo que tiene apariencia de bien muchas veces nace del mal. ¡No va a votar un partido político una ley en contra de quienes más lo apoyan! Así resulta que —como dice el pensamiento postmoderno— la legalidad es muy cuestiona-

ble. Las leyes son distintas a medida que son elaboradas bajo una mayoría política de derechas o una mayoría política de izquierdas. Las leyes de cada país reflejan a veces el ambiente de la globalidad política, dirigida por países muy poderosos en los que se defienden intereses muy poderosos.

Por eso, la advertencia de Jesús es incordiante. Jesús vendría a decir: “¡no pienses que es fácil distinguir entre la cizaña y el trigo, el bien y el mal!”. “No quieras arrancar la cizaña, porque es muy fácil que arranques también el trigo... ¡Espera!”. Que lo que llamamos “bien” y “mal” crezcan juntos. En el momento del juicio se verá con claridad lo uno y lo otro.

Hay demasiado dogmatismo “antes de tiempo”. Hay una forma de gobierno —que se aprecia cada vez más, en la política y en la religión— que es impaciente; que se autoarroga la capacidad de distinguir netamente entre el bien y el mal. Hay políticas de “destrucción de la cizaña” muy belicosas. Van paso a paso cumpliendo su proyecto. ¿No serán esas políticas las que mejor sirven para conservar la cizaña y arrancar el trigo?

Pero veremos cómo en este domingo se tergiversa la parábola de Jesús para ponerla al servicio del “buen gobierno”. Por eso, algunos dicen que “si Dios fuera como tiene que ser...”.

TESORO Y RED

1Re 3,5.7-12

Rm 8,28-30

Mt 13,44-52

¡Tesoro! He aquí una palabra que el ser humano utiliza frecuentemente en el lenguaje de los afectos, en la literatura amorosa. Así utilizada, la palabra tesoro nada tiene que ver con el espacio en que guardamos objetos valiosos, sino más bien con la fuente generosa e inagotable de amor. Una mina de oro, una fuente inagotable, un ámbito donde nada concluye, una persona que siempre sorprende y enamora... ¡a eso llamamos “tesoro”!

¡Red! Es otra palabra propia de la postmodernidad. Es clave para entender la realidad no de forma jerárquica, piramidal, sino interconectada. Somos un haz de relaciones y desde ellas nos viene la gracia y la desgracia, la información y el virus. Estar conectados a la red es riesgo y es posibilidad.

Tesoro y red son dos claves que nos permiten acceder a las enseñanzas de nuestro Maestro.

La sabiduría como tesoro

Un “tesoro” fue lo que pidió Salomón a Dios cuando, en el misterio del sueño, Dios le habló. La súplica del joven rey fue el tesoro del “buen gobierno”, la capacidad de discernir, de actuar, de llevar a la multitud incontable hacia la felicidad, el bienestar, la justicia y la paz. ¡Qué tesoro tan importante supo suplicar! Hoy nos quejamos tanto y tantas veces del mal gobierno... Lamentamos la falta de sabiduría en las decisiones. Y esto acontece en todos los niveles: no sólo el político, también el familiar; no sólo el social, también el comunitario; no sólo el secular, también el religioso. La verdad es que Dios agradece que se le pida “sabiduría”, “corazón recto”. Es un don que Dios concede de muy buen grado.

La búsqueda del tesoro

También Jesús nos invitó a buscar el tesoro. Y nos dijo que el tesoro se encuentra después de desearlo. La paciencia purifica el deseo, no lo amortigua. Es necesario esperar. Y cuando el tesoro aparece, entonces ha de desaparecer en nosotros lo que lo desplaza; darlo todo por él: el tesoro quiere ser el único tesoro.

Para Jesús el tesoro es Dios Abbá reinando, llevando la iniciativa, siendo Dios y cumpliendo su voluntad en el mundo, en la sociedad, en cada uno de nosotros. Tesoro es saberse amado y envuelto por el Amor que todo lo llena y desea llevar a plenitud.

El tesoro del Reino está escondido en el campo. No está en el cielo, lejos de la tierra, en la inaccesibilidad de la trascendencia. El tesoro está aquí, pero pocos dan con él. Pocos lo buscan y lo encuentran.

Quien encuentra el tesoro escondido es la persona más agraciada del mundo. Cuando eso sucede, esa persona está dispuesta a despojarse de todo. Las cosas que posee le parecen insignificantes, sin valor, ante el valor único del tesoro. Por eso, el “déjalo todo, ven y sígueme”, no resulta difícil para quien encuentra en Jesús, y en su causa, su tesoro. Porque “donde está tu tesoro, allí estará tu corazón”.

La red, lugar de reunión de todos

Jesús comparaba el Reino a la red. Es obvio que nosotros le damos hoy a la palabra “red” un significado peculiar. No obstante, no está tan alejado de la realidad a la que Jesús se refería. Es acertado llamar red a ese mundo que internet nos ofrece, a esa impresionante capacidad de conexión mundial, global, que posibilita.

Y también la “red”. Vivimos enredados en la red del Reino: buenos y malos, como trigo y cizaña en el campo del Reino. ¡Qué cerca está! ¡Cómo nos atrapa a todos! Pero ¿qué pasa que no lo percibimos? ¿Tenemos ojos y no vemos? ¿Oídos y no oímos?

La fe nos descubre un horizonte inimaginable. ¡Señor, concédenos el tesoro de la fe! La presencia del Reino siempre es inquietante. No podemos decir con absoluta certeza “esto es”, “esto no es”. Hemos de mantenernos en la humildad, en la modestia. Sólo Dios nos revela dónde está realmente y dónde actúa su mano poderosa. Evitemos juicios apresurados. Sólo al final serán separados los peces buenos de los malos.

Quienes buscan no contaminarse pensarán que lo mejor es salirse de la red: ser trigo puro sin cizaña, ser pu-

reza sin impureza. Pablo, en su Carta a los Romanos, nos propone hoy una de sus convicciones más certeras:

Sabemos que a los que aman a Dios todo les sirve para el bien a los que ha llamado según su designio

Afirmemos el protagonismo de Dios en nuestra vida. Dejemos que nuestra libertad se acune en su Providencia, en su modo secreto y eficaz de llevarnos hacia Él. Él nos predestina, nos llama, nos justifica, nos glorifica. Ése es el tesoro: su reinado en nosotros, su protección constante en medio de la red.

REDESCUBRIR LA ALIANZA EN LA EUCARISTÍA

Is 55,1-3

Rm 8,35 37-39

Mt 14,13-21

Hoy es un momento especial para contemplar aquello que para tantos cristianos es “semanal” y para no pocos de nosotros “diario”. Decir eucaristía es decir “Alianza nueva y eterna”.

El interés por las alianzas

Hoy la palabra alianza se ha vuelto “interesante”. Se nos habla de “alianza de las civilizaciones” para plantear un nuevo modelo de política mundial. En alguna nación se habla de “alianzas sociales” para referirse a modelos diferentes de convivencia entre las personas dentro de la sociedad.

También se habla de “alianzas del mal”. En la alianza se anudan relaciones entre los diferentes. Se establecen compromisos de solidaridad, de mutua ayuda y

defensa. Se habla también de nuestros “aliados” cuando se declara una guerra o se plantea una defensa colectiva. Los seres humanos y nuestras colectividades necesitamos “alianzas”.

El sacramento de la Alianza

Llamamos a la eucaristía “sacramento de la nueva Alianza”. Es la Alianza que Dios soñó con la humanidad desde tiempos ancestrales. Se nos habla de la Alianza de Dios con Noé, en la que se comprometió a no enviar un nuevo diluvio y a no destruir la tierra. Se nos habla también de la Alianza del Sinaí, donde Dios se escogió un pueblo de su propiedad y le prometió la vida, la buena ventura y la tierra sagrada si se mantenía fiel. Los profetas entendían la Alianza como alianza de amor y se representaban a Dios como el Esposo enamorado y traicionado, y al pueblo como la Esposa comprometida y tantas veces infiel y prostituida.

Jesús quiso anticipar la celebración de la Alianza nueva y eterna en el acontecimiento asombroso de la multiplicación de los panes y los peces; cuando, deseoso de tranquilidad y silencio para hacer duelo por la muerte de Juan, se encontró con miles de personas que lo buscaban; sintió en sus entrañas el estremecimiento del amor y la compasión y por eso realizó el gran signo de la Alianza de Amor de Dios con su pueblo: lo alimentó en el desierto.

Pero, sobre todo, fue inaugurada la Alianza nueva, eterna, definitiva, cuando Jesús —en la última cena, anticipada en aquella otra cena del desierto— ofreció a todos (a los Doce, símbolo de totalidad) el cáliz y el pan de la

Alianza. Quería presentarnos la oferta del Dios que ama sin condiciones, para siempre, del Dios que seguirá siendo fiel aunque nosotros seamos infieles. Y ofreció el vino de la nueva Alianza y el Pan de la Alianza eterna. En ese momento, Dios quedó comprometido con la comunidad cristiana y con la humanidad “para siempre”. Se trata del “desposorio eucarístico” de Jesús con su Iglesia. Nunca la abandonará. Nunca se divorciará de ella. Aunque le sea infiel, él permanecerá fiel, pues el Esposo no puede negarse a sí mismo.

Celebrar hoy la Alianza

Acercarse a la celebración de la Alianza, cada domingo, cada día, es como acercarse al Fuego, al Amor que no se rompe. Es aprender fidelidad y perseverancia a pesar de todos los pesares. Recibir la eucaristía es estrechar lazos, hacerse más uno con quien nos entrega su Vida.

Quien está en alianza con Jesús, ¿qué puede temer? ¿Quién será capaz de separarlo del Amor del Señor? Los bautizados llevamos el sello indeleble de la Alianza. Cuando Dios nos mira, nos contempla, se acuerda de su santa Alianza y nos protege, nos perdona, nos sueña, nos ama.

Podemos presumir de ser “los hijos y las hijas de la Alianza”. Debemos caer en la cuenta del regalo que se nos ha ofrecido y se nos ofrece cada día.

Algunos países están orgullosos de sus alianzas con los poderosos de la tierra. Algunos personajes de la sociedad están orgullosos de sus alianzas con el dinero, con el sexo y el poder.

Nosotros confiamos en el Señor. Con Él nuestra Alianza es inigualable. Nuestro Aliado fiel siempre, siem-

pre nos protegerá, cuidará de nuestro camino. Nuestra suerte está en su mano. ¡Nada hemos de temer!

Renovemos día a día, semana a semana, nuestra alianza divina. De tal manera que cada eucaristía estreche cada vez más nuestras relaciones. Cada “encuentro” se torna fuego, enciende... La alianza puede llegar a lo inimaginable: a lo que el ojo nunca vio, ni el oído oyó... Es lo que Dios Abbá tiene reservado para los que le aman.

LA FASCINANTE DISCRECIÓN DE DIOS

1Re 19,9a.11-13a

Rm 9,1-15

Mt 14,22-33

Buscamos el rostro de Dios y no lo encontramos. Propio del ser humano es buscar de mil formas a su Dios y, en cierta manera, quedar decepcionado. Nuestro Dios es un Dios escondido. O, al menos, no aparece en formas convencionales. Nuestro Dios se hace buscar. Y cuando se le encuentra desaparece.

No nos resulta fácil encontrar a Dios, al menos en nuestra cultura. Hoy no dudamos tanto de su existencia como en otros tiempos. Pero sí nos preguntamos: ¿dónde está Dios?

La brisa tenue

En la lectura del Antiguo Testamento se nos dice cómo Elías se encontró con Dios. Él tendía a ser un profeta espectacular. Allá en el monte Carmelo deslumbró a todos los sacerdotes de Baal haciendo que bajara fue-

go del cielo y demostrando de esa forma el poderío de Yahweh sobre los demás dioses. Era el profeta del celo de Dios. Un profeta con nervio, con pronunciamientos claros y públicos, capaz de perseguir a sus enemigos y hacerlos caer a espada.

Este tempestuoso Elías abandona al pueblo que mata a los profetas y peregrina al monte santo, donde Dios se manifestó a Moisés. Quiere volver a las fuentes. Allí se mete en una cueva. Pasa la noche. Se le pide que salga y se ponga al pie del monte, pues Dios va a pasar. Probablemente se esperaba el paso de Dios en el huracán violento “que descuajaba los montes y hacía trizas las peñas”. Elías era así de violento no pocas veces. ¡Pero Dios no estaba allí! Aparece después un terremoto y después un fuego. Dios no estaba ni en el terremoto, ni en el fuego.

Definitivamente Dios no es semejante a Elías, el profeta terremoto, el profeta fuego. Apareció Dios cuando “se oyó una brisa tenue”. Al sentirla, Elías se tapó el rostro con el manto. ¡Era Dios!

La manifestación divina en Jesús

También Pedro y los apóstoles tendían a una cierta espectacularidad. Les hubiera gustado ser testigos de la llegada del Reino como el gran Super-Espectáculo. Sin embargo, Jesús no respondía a sus expectativas. Jesús tendía a enfriar los entusiasmos de la espectacularidad.

Así lo hizo después de la multiplicación de los panes y los peces. Los apóstoles habrían organizado sin problemas un gran homenaje a Jesús y no habrían dudado en proclamarlo rey. Jesús, humilde y discreto, se escabulle y pasa la noche en oración.

Los discípulos, tal vez decepcionados, no esperan a que baje de la montaña. Quién sabe si en un gesto de rabia y rebeldía, se alejan de Jesús poniendo mar de por medio. Un gesto de excesiva incorrección y descortesía –al menos– por su parte. Cuando así lo abandonan, descubren la complicidad del mar con Jesús. El mar se encabrita. La noche se echa encima. La muerte amenaza la barca de los discípulos. Cuando parece que está cercano el fin, en medio de las olas, aparece sereno Jesús. Lo confunden con un fantasma. Pedro lo reconoce. Tiende de nuevo hacia la espectacularidad y le pide –con una cierta osadía– que le permita ir hacia Él caminando por encima de las olas. Pero cuando arrecia el viento, se le acaba la fe y se hunde a pesar de tener a Jesús ya muy cerca. Sólo Jesús lo salva, recriminándole al mismo tiempo su falta de fe.

Queremos espectacularidad cuando la fe nos falla. Cuando no somos capaces de descubrir en la sencillez de la cotidianidad la presencia magnífica, consistente y prometedora de nuestro Dios. Pero en el “cada día” está el Reino, está la presencia que se nos da. La presencia de Dios tiene que ver con la brisa que constantemente nos envuelve, con la respiración de nuestro cuerpo, que es brisa interiorizada. Basta respirar para poder decir con toda verdad: ¡Dios está aquí!

La discreción de Dios

El teólogo francés Christian Duquoc habló hace algunos años sobre la “discreción de Dios”. Fue todo un acierto descubrir desde esa perspectiva a Dios.

La discreción suele ser representada como una matrona vestida con traje de oro (símbolo de la prudencia)

y manto dorado (símbolo de la gravedad); con una mano se tapa los ojos y con la otra la boca, Su atributo principal es una plomada, indicando que la prudencia determina y preside todos sus actos. La discreción es un atributo de gran trascendencia en las relaciones entre las personas. La persona discreta es sensata en la formulación de sus juicios, tiene mucho tacto, sabe dominar el ego. El discreto no impone su presencia molesta e inoportuna en la vida de las demás personas.

Nuestro Dios sabe mantener su reserva. Es siempre sensato. No aparece en los primeros planos de la actualidad. Descubrir al Dios de la discreción es tarea importante en nuestra búsqueda vital. Descubriremos que la Suma Discreción no falta nunca a la cita cotidiana. Que sigue amándonos, protegiéndonos, siendo nuestra permanente providencia... pero sin espectacularidad.

LA PASIÓN POR EL TODO

Is 56,1.6-7

Rm 11,13-15.29-32

Mt 15,21-28

¡Con qué frecuencia se repite en las lecturas de este domingo la palabra “todos”! Es como una melodía permanente de fondo. ¡Todos sin exclusiones! Se trata de un “todos” inclusivo: hombres y mujeres, adultos y jóvenes, los de mi grupo religioso y los de otro grupo religioso, los de una tendencia y los de otra... Decía Gregory Bateson que “sólo la totalidad es sagrada”. Yo diría que sólo “la pasión por el todo” nos hace semejantes a Dios.

¿Educados para la exclusión?

Venimos a este mundo con una maravillosa tendencia hacia ese “todos” sin exclusiones. La inocencia primera nos hace sentirnos bien en el planeta tierra, con cualquier persona, de cualquier sexo o raza, de cualquier religión o cultura, de cualquier condición humana.

Pero, poco a poco, nos enseñan a separarnos de alguien, a tener reservas ante alguien, a ser cautos y sospechar... El proceso educativo es frecuentemente un modo de enseñarnos a “excluir”. Así por ejemplo, hemos de aprender que nuestro país, nuestra raza, nuestro sexo, nuestra religión, ¡es lo mejor! Habrá matices en unos sistemas educativos y otros, pero las culturas, las naciones tienden a imponerse como si fueran “el ombligo del mundo”.

Así educados, nos cuesta mucho ser “inclusivos”, estar abiertos al todo. El profeta Isaías recuerda ya en su tiempo que Dios tiene una especial benevolencia con los extranjeros y que los incluye en su Alianza:

“A los extranjeros que se han dado al Señor para servirlo, para amar su nombre y ser sus servidores y perseveran en mi alianza, los traeré a mi monte santo, los alegraré en mi casa de oración, aceptaré sobre mi altar sus holocaustos y sacrificios, porque mi casa es casa de oración y así la llamarán todos los pueblos”

Pablo recuerda que quienes habían sido elegidos como pueblo de la Alianza ahora están lejos, excluidos, y los extranjeros se han convertido en pueblo de Dios.

Jesús, que en un principio, quería atenerse al principio de la Alianza de Dios con su pueblo Israel y no se veía autorizado para hacer ningún signo fuera de ese marco, accede a curar a la hija de una mujer cananea, porque descubre en ella una fe que le impresiona.

Es la fe la que conmociona el corazón de Dios y hace que su Alianza se extienda por todo el mundo.

El pueblo de la Alianza

Todos los seres humanos, pertenezcan al grupo que pertenezcan, europeos, asiáticos, americanos, africanos, de Oceanía, mujeres y varones, gays, lesbianas y heterosexuales, jóvenes o ancianos, adultos o inmaduros y enfermos, con estudios o sin estudios, adinerados o empobrecidos, “todos” son llamados a la Alianza y a experimentar que “el amor de Dios es eterno”.

Vivir en Alianza con Dios es para nosotros:

- ser “inclusivos”,
- ser hospitalarios con todo el mundo,
- ser misioneros de la Alianza universal.

En el fondo ¡ése es el sueño “secreto” de todo ser humano!: ¡ser considerado digno de entrar en la Alianza eterna, definitiva, de Dios con la humanidad! Y la fe arranca el Milagro. Evangelizar el mundo no es difícil, porque contamos con la complicidad del corazón humano:

“Señor, nos hiciste para ti e inquieto estará nuestro corazón hasta que no descanse en ti”

A veces se nos estará muriendo lo que más queremos. Nada ni nadie nos puede ayudar definitivamente. Pero encontraremos a Jesús y, como la mujer cananea, le gritaremos, nos postraremos ante Él, y –al final– Él nos mostrará el rostro del verdadero y único Dios “cuyo amor y fidelidad son eternos”.

LAS CLAVES SECRETAS DEL REINO

Is 22,19-23

Rm 11,33-36

Mt 16,13-20

Tener llaves es siempre señal de poder. Las llaves dan acceso a lo inaccesible. Hasta en el mundo de la informática son muy importantes las claves: quien dispone de las claves puede entrar hasta lo más íntimo, hasta la información privilegiada.

Los debates de poder suelen concentrarse en ver quién tiene las llaves. Es obvio que la responsabilidad de los portadores de las llaves o las claves es muy grande dentro de la sociedad.

Destitución e investidura: Sobna y Eliacín

La primera lectura, tomada este domingo del profeta Isaías, nos habla de una destitución. Se trataba de un mayordomo del palacio real, llamado Sobna. Dios lo destituye por su mala administración. Lo echa de su puesto.

Hay personas que por la corrupción que favorecen, por los intereses que defienden, deberían ser destituidas de sus cargos. Muchas veces no podemos hacerlo los hombres. Sin embargo, nadie escapa del poder de Dios, que de una u otra forma, provee para que su pueblo no caiga permanentemente en manos de corruptos.

En este caso Dios encontró a su siervo Eliacín, a quien eligió para ser mayordomo del palacio real. Lo constituyó en autoridad y le encomendó actuar como padre para los habitantes de Jerusalén y el pueblo de Judá. Eliacín recibe como símbolo de su poder la llave del palacio de David:

Lo que él abra, nadie lo cerrará Lo que él cierre nadie lo abrirá Lo hincaré como un clavo en sitio firme, dará un trono glorioso a la casa paterna

El poder de las llaves es confiado por Dios a un servidor suyo, que actuará como “padre” que cuida y ama.

La investidura de Pedro

Es sumamente llamativo ver cómo Jesús se fija en uno de sus doce discípulos, en Simón Pedro. Lo elige para prometerle lo siguiente:

Te daré las llaves del reino de los cielos Lo que ates en la tierra, quedará atado en el cielo y lo que desates en la tierra, quedará desatado en el cielo

Pedro queda constituido en el mayordomo de la casa de Jesús. Recibe de Jesús el poder. En otro evangelio, el cuarto, este poder será descrito como “apacentar las ovejas del Señor”. Jesús le confía a Pedro su comunidad, a sus hermanos.

Está claro que la autoridad concedida es para que cuide de ellos y ellas con amor, como un padre, como un her-

mano mayor. Pedro tiene que tener cuidado, porque puede convertirse en un “Satanás”, puede negar al Señor, puede desmerecer las llaves que se le conceden. De hecho así fue. Pero Jesús le restituyó la confianza. A partir de entonces, Pedro estaría mucho menos seguro de sí mismo.

Pero ¿por qué Jesús lo inviste con el poder de las llaves hasta convertirlo en un representante suyo cuyas decisiones son confirmadas en el cielo? Jesús les preguntó a sus discípulos quién decía la gente que era el Hijo del hombre. Simón Pedro declaró:

Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo

Esa proclamación de fe hace que Jesús, entusiasmado, proclame una solemne bienaventuranza sobre Pedro. Le indica que ha sido el Padre del cielo quien se lo ha revelado. Pedro ha sido interiormente trabajado por Dios Padre, por la Revelación. Un creyente así es piedra sobre la que Jesús edifica su Iglesia. En la fe de Pedro se insertará la fe de los demás, hasta construir la Iglesia de Dios. ¡La fe es el fundamento de la Iglesia!

La fe es la llave que abre los tesoros de Dios y los cierra, que abre y cierra las puertas del cielo. La fe es la clave de la existencia humana.

Pablo se hace preguntas fundamentales para la existencia humana. Parece que busca la clave de todo lo que nos sucede:

*¿Quién conoció la mente del Señor? ¿Quién fue su consejero?
¿Quién le ha dado primero para que Él le devuelva? Él es el
origen, guía y meta del universo*

La fe es la clave de todo. Para quien tiene fe, todo es posible. Pero sin fe, las llaves no abren, las claves resultan falsas.

¡DEJAD ESPACIO A LA PROFECÍA!

Jr 20, 7-9

Rm 12, 1-2

Mt 16, 21-27

Hagamos espacio a la profecía. Pero no nos confundamos. Denunciemos a los profetas áulicos, a los profetas cortesanos, de maquinaciones políticas, que por fuera tienen piel de oveja, pero por dentro son lobos rapaces que todo quieren controlarlo. La verdadera profecía es aquella que un día desvelará el Hijo del hombre. La falsa profecía es aquella que un día desenmascarará el Hijo del hombre.

Si somos cristianos, ¿no somos una comunidad profética? ¿Podremos renunciar a la profecía que ha sido sembrada en lo más profundo de nuestra conciencia?

Imperceptiblemente... como un intruso... llega Dios en sus profetas o profetisas

Leyendo los escritos de los profetas he percibido algo muy importante para nuestro tiempo. Se deduce, ade-

más, directamente, de la lectura que acabamos de proclamar. Eso muy importante, a lo que me refiero, es: Dios “nos” habla en las coyunturas históricas más difíciles, pero es necesario saber dónde y a través de quién.

Hubo momentos en los que Israel se sentía perdido. Sus “políticos” y sus “hombres de religión” iban de desierto en desierto y “el pueblo” estaba al borde del abismo. Hoy también sabemos que hay pueblos en la tierra que están en profunda crisis, tocando fondo, al borde del abismo. Son como un “Israel” que depende de fuerzas extranjeras, de pactos para una vergonzosa dependencia...

En esos casos, los dirigentes solían olvidar —¡también hoy suelen olvidar!— consultar a Dios. O, si lo consultaban, lo hacían a través de los conductos “oficiales”, los profetas de corte, los profetas aduladores. Y es que había “profetas cortesanos”, unos políticos más con el nombre externo de “profetas”, pero sin la menor conexión real con el verdadero Dios.

También hoy nos preguntamos ante diversos hechos qué querrá Dios, qué caminos de salida nos ofrece. Hay profetas de corte que entran en el ciclo de los consultados, pero ¿con qué eficacia?, ¿con qué alternativas? Los verdaderos profetas están escondidos. Aparecen donde menos lo esperamos. Son mujeres u hombres, como Jeremías, que han sentido la seducción irresistible de Dios y se han dejado pegar a su corazón. En la intimidad Dios les revela su querer, su voluntad. No hace falta que sean varones de muchos años y canas, tampoco prefiere Dios lo masculino a lo femenino para hacer su profecía. En la boca de una joven mujer pueden llegar profecías de Dios

para nuestro tiempo. Un joven profeta era Jeremías. Pero se reían de su juventud, se reían de su proclamación, lo despreciaban.

El profeta puede caer en la tentación de callarse al ver el desprecio que suscita entre los políticos y los hombres de religión. Sin embargo, lleva dentro el fuego de Dios. ¡Ay de aquellos que desprecien la profecía...! ¡Serán carne para el abismo!

El culto... lugar para la profecía

Este texto de la Carta a los Romanos de Pablo nos habla del culto. Dar culto a Dios es tratar de ganarlo, de agradarle, de expresarle nuestro agradecimiento... Dar culto es un acto de gratitud. Pero nuestra limitación bien nos puede hacer una mala jugada: dar culto ¡desagradando!

Los profetas pusieron el dedo en la llaga y hablaron del culto vacío, del culto que no agrada a Dios. Al fin y al cabo, resaltaban que un culto sin justicia, sin derecho, sin honestidad, sin amor al hermano o la hermana, no sirve de nada.

¿Agradará a Dios un culto en el que nos mostramos obsesionados por la ritualidad, por el fasto, por el orden? ¿Agradará a Dios un culto en el que nunca aparecen en los primeros puestos los deformes, los cojos, los ciegos, los que tienen el síndrome de Down...? ¿Agradará a Dios un culto en el que no se denuncia la injusticia y se condesciende con lo burgués y se pone el sacrificio de Jesús al servicio de una religión que decora pero no que es acicate apocalíptico? ¿Agradará a Dios un culto “televisivo”, que se atiene a los postulados del “medio” y que

renuncia a su talante profético o matiza la profecía con frases genéricas, o una crítica –en el fondo– inofensiva?

Pablo nos dice que el culto que agrada a Dios es: ¡presentar nuestro cuerpo como ofrenda viva, santa! Presentarnos como personas que no se ajustan a este mundo de injusticia, de pecado, de conexiones perversas, de cultura de muerte.

Podemos cambiar de mentalidad, podemos dejarnos cambiar la mentalidad y, sólo entonces, podremos discernir lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto.

¿De qué le sirve a un ser humano ganar... si pierde?

Jesús aparece en este evangelio como el “gran ganador”. Es su última apuesta. Está dispuesto a jugárselo todo, a perderlo todo, para ganar. Nos dice que hay momentos en la vida en que un paso hacia delante, una transformación profunda, sólo se consigue con arrojo, con audacia y superando cualquier forma de conservadurismo.

Simón Pedro se muestra muy conservador. Quiere al Jesús que conoce. Se contenta con las posibilidades que este Jesús ofrece. No quiere un Jesús que “arriesgue tanto”. Es como si Pedro le dijera: “Jesús, no hace falta tanto radicalismo... todo se puede arreglar... llevando las cosas como hasta ahora... llegarás y llegaremos muy lejos”. Pero Jesús ve en ello una tentación, una terrible tentación que lo aparta de la voluntad de su Abbá; una tentación que le llega al alma, porque viene de un gran amigo. Pero se enfrenta con el mal, con ese Satanás que le impide dar un paso cualitativo hacia delante.

Jesús quiere jugarse la vida, está dispuesto a perderlo todo para así manifestar cuánto le concierne ir a Jerusalén y proclamar el Reino. Más todavía: Jesús invita a los suyos a seguirle en ese estilo de vida y de compromiso. Quiere tener a su lado a discípulas y discípulos dispuestos a perderlo todo para ganarlo todo. La cruz no es el objetivo. La cruz es el arma más poderosa para conseguirlo todo, porque la cruz es amor que todo lo ilumina, que desenmascara el mal y la hipocresía.

¡ESCÁNDALO! ¡EL PECADO MÁS HORRIBLE!

Ez 33, 7-9

Rm 13, 8-10

Mt 18, 15-20

Contemplemos el mensaje de este domingo desde la perspectiva del Evangelio. Y entendamos el Evangelio en su contexto más amplio. Vistas las cosas así, el tema de este domingo podría ser simplemente éste: ¡escándalo!

Vigías y alarmas de la Alianza

Le dice Dios al profeta Ezequiel que lo ha puesto como atalaya, como vigilante en Israel. Su encargo consiste en dar la alarma cuando sea necesario. Vigilancia y alarma son dos palabras básicas para indicar que Dios no es indiferente ante el mal, ante la corrupción o la injusticia. Dios quiere que su profeta vigile y dé la alarma cuando el mal comience a expandirse en su pueblo.

Solemos pensar que el mal es pecado y que el pecado es la infracción de una ley, de unas normas. Cuando Dios

ama tanto a su Pueblo que hasta lo define como su “esposa”, decir que se comete pecado o que se hace el mal, es decir que se rompe una Alianza de Amor. El pecado es una infidelidad a un pacto en el que se ha invertido mucho amor. Y cuando esto comienza a producirse, ¿no es bueno que suenen las alarmas? Cuando se despiertan los ídolos, ¿no es bueno que el vigilante lo anuncie desde la atalaya?

¡Que Amor no se apague!

Lo contrario a la infidelidad al pacto, a la alianza, es el Amor. Pablo lo dice con meridiana claridad en el texto que proclamamos: “¡Amar es cumplir la ley (de la Alianza) entera!”.

El amor es un “carisma”, no el resultado de un esfuerzo o de técnicas ascéticas. Amamos cuando nos ha sido dado amar. El esfuerzo y la técnica son necesarios, —¡eso sí!— para desarrollar el don. Los mandamientos negativos nos indican por qué caminos no transita el amor. No camina donde hay infidelidad matrimonial, infidelidad en la amistad o en los compromisos serios asumidos. No hay amor allí donde hay envidia, codicia, ira homicida.

Hay que mantener vivo el amor para que no se apague. Tenemos capacidad creadora para que estalle en nosotros ese fuego. El amor que Dios ha traído al mundo y que ha depositado en su Iglesia debe encender a todos. Vivir en Alianza es amar. Sin amor, el cumplimiento de todos los pactos suena a algo vacío y sin sentido.

El obstáculo paradójico

El término hebreo que traduce la palabra griega “skandalon (escándalo)”, se refería a un “obstáculo pa-

radójico”, es decir, no a un mero obstáculo que puede ser fácilmente obviado, sino a aquel que en manera alguna puede ser evitado; cuanto más se rechaza, más atrae. Pero ya en el campo semántico griego, el verbo “escandalizar –skandalízein–” significa más o menos cojear; cojo es aquel que parece seguir como a su sombra a un obstáculo invisible con el que no deja de tropezar.

¡Extraño fenómeno el del escándalo! Los escándalos segregan crecientes cantidades de envidia, celos, resentimientos, odio. En la escalada de los escándalos, cada represalia suscita otra nueva, más violenta que la anterior. La espiral desemboca necesariamente en las venganzas encadenadas.

¡Desgraciado quien trae el escándalo! Jesús reserva su advertencia más solemne a los adultos que arrastran a los niños a la cárcel infernal del escándalo. Cuando más inocente y confiada es la imitación, más fácil resulta escandalizar y más culpable es quien lo hace. Los escándalos son temibles. Jesús nos pone en guardia contra ellos y recurre a un estilo hiperbólico: “Si tu mano o tu pie... córtalo... arráncalo”.

El escándalo es una espiral de rivalidades para conseguir el poder. Y ahí... ¡vale todo! ¿Ocurre algo de esto en nuestro mundo? ¿Ocurre algo de esto entre nosotros, en la misma Iglesia de Jesús?

El escándalo tiene mucho que ver con el ansia desmedida de poder. Hay que detener la escalada de los poderosos. Más valdría arrojarlos al mar con una rueda de molino al cuello para que no emerjan más. Hemos pensando que el escándalo procede de quienes se dejan lle-

var por la pasión amorosa. ¡No! El escándalo procede de quienes se dejan llevar por la espiral del poder. Ahí están los peligros.... Que son peligros que hay que vigilar, que alertar. En el fondo, es la mayor amenaza contra la alianza.

Para Jesús, escándalo es menospreciar a uno de los pequeños, cuyos ángeles contemplan permanentemente el rostro de Dios; por eso, pide que no se pierda ninguno de los pequeños y que se les ayude a no descarriarse, o perderse, como la oveja perdida.

En ese contexto se describe el método que hay que seguir ante un hermano que peca: 1) reprenderlo en privado, entre dos, para ganar al hermano; 2) en presencia de dos o tres para que todo el asunto quede zanjado por dos o tres testigos; 3) si los desoye, hay que decirlo a la comunidad y, si hasta a la comunidad desoye, sea para ti como el gentil y el publicano. La comunidad tiene poder para atar en la tierra a quienes escandalizan. Pero también la oración de la comunidad tiene poder para conseguirlo todo del Padre del cielo: “Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”. El perdón debe concederse setenta veces siete.

Jesús propone aquí un buen camino para evitar el pecado, los escándalos. Es un camino serio, fraterno. Lleno de circunspección.

¡PERDONAR! ¿SIN CONDICIONES?

Eclo 27,33-28,9

Rm 14, 7-9

Mt 18,21-35

Este domingo nos vemos confrontados con la gran cuestión del “perdón”. ¿En qué consiste el perdón? ¿Qué es perdonar? ¿Qué efectos produce el auténtico perdón en el mundo?

Lo que es evidente es que hay mucha gente que no ejerce el perdón. Y sólo exige justicia, justicia y justicia. ¡Su propia justicia! ¡Perdonar sin condiciones previas no es moneda corriente!

El demonio de la ira, no perdona

“El furor y la cólera son odiosos”, nos dice el libro del Eclesiástico. La ira o cólera es una efervescencia no dominada ante el hecho de que un inferior se arroge algo que no le compete según opinión del que se considera superior. Si me considero superior a mi hermano o mi hermana, cualquier invasión de lo que considero “mío” me parece una provocación.

Existe el peligro de que el iracundo destruya el objeto de su ira con los medios a su alcance: o que, al menos, haga todo cuanto esté en su mano para rebajarlo, para que así quede más claro, ante su opinión, que el otro había osado algo que no era de su competencia. El iracundo pierde fácilmente toda medida.

Ante la ira solemos ser bastante indulgentes, decimos que “tiene ese carácter”. Abundan a veces las personas a las que dejamos campar a sus anchas por los campos de su ira.

La ira nos hace ofender al otro pero, antes, enciende en nosotros los motores de la agresividad. Cuando se activa en nosotros la parte irascible, cuando ésta se turba, nuestra inteligencia cesa de ser inteligente: hace juicios temerarios, pierde la capacidad de discernir bien. La ira es muy dañina. Nos vuelve demonios. Propio de los demonios es vivir siempre encolerizados. Por eso, la mansedumbre es la virtud que más odian los demonios. La cólera oscurece el alma, el espíritu: por eso hay que cortar de raíz los pensamientos de cólera; no abandonarse a ellos.

¡Vivir para...!

Vivir es relacionarse. Destruir relaciones es como cortarse las venas por donde discurre la vida. Vivimos “para...”, es decir, “vivimos en red”. Las conexiones son vitales para la vida.

Pero hay una conexión de la que no se puede prescindir. Es como aquella conexión sin la cual un ordenador, un proyector, una iluminación no funciona: ¡la corriente eléctrica! Esa conexión se llama “Jesús”. Nos lo dijo él mismo cuando afirmó: “Yo soy la Vida”. Sin vivir para Jesús y desde Jesús no tendremos vida, vida eterna.

Por eso, quien quiera vivir, vivirá en abundancia si vive para el Señor, conectado al Señor. Hablar de esto puede ser interesante. Pero de poco sirve si no se tiene la experiencia. Cuando el Señor Jesús es nuestro principio de vida, todo en nosotros se llena de vitalidad, de luz, se potencian todas nuestras energías.

¡También en la muerte somos del Señor! También hemos de morir por el Señor. Aquí la palabra “muerte” no es la opuesta a la vida, sino que tiene el sentido de “muerte por amor”, que es la forma suprema de entregar la vida. Morir “conectado” al Señor es la forma más vital de morir. Porque es “pasar” a la resurrección.

¡La gracia del PER-DON!

¡Qué palabra tan interesante! Está compuesta de un prefijo “per” y un sustantivo “don”. Significa, por lo tanto, un “don” que es “per”, “super”. Se reduplica, se potencia el don hasta el máximo. Per-donar no es únicamente “donar”, es mucho más, muchísimo más. El mayor regalo que podemos hacernos se llama “per-dón”.

Pero ¿puede alguien perdonar? ¿No excede nuestras fuerzas? ¿Puede perdonar el esposo a la esposa que le ha sido infiel, o la esposa a su esposo infiel? ¿Pueden obligarnos a perdonar? Debe haber en nosotros una fuerza capaz de perdonar a quienes nos ofenden, si no, el mandato de Jesús no sería un deber serio. Puede perdonar quien ha recibido ese poder como un regalo, una gracia.

La gracia del perdón y del amor desinteresado se nos concede en el instante, como una aparición que desaparece al mismo tiempo. Es decir, en el mismo mo-

mento se encuentra y se pierde otra vez. Es como la inspiración.

¿Dónde está el corazón del perdón? El verdadero perdón es:

- un acontecimiento fechado que acontece en un determinado momento;
- al margen de toda legalidad, un don gracioso del ofendido al ofensor;
- una relación personal con alguien.

El perdón tiene razón de ser cuando el deudor moral es todavía deudor. Hay que apresurarse a perdonar antes de que el deudor haya pagado. Hay que perdonar de prisa, para que podamos abreviar un castigo más. Y ¡por nada a cambio! ¡Gratuitamente! ¡Por añadidura! El ofendido renuncia, sin estar obligado a ello, a reclamar lo que se le debe y a ejercer su derecho. El perdón es en hueco lo que el don es en relieve.

Perdonamos sin razones suficientes. Si para perdonar hubiera que tener razones, también habría que tenerlas para creer. Si perdonamos es porque no tenemos razones. Las razones del perdón suprimen la razón de ser del perdón. No hay derecho al perdón. No hay derecho a la gracia. El perdón es gratuito, como el amor.

El perdón puro es un acontecimiento que tal vez no ha ocurrido jamás en la historia del ser humano. La cima del perdón, *acumen veniae*, no ha sido alcanzada todavía por nadie en esta tierra. Por eso decía Jesús que “sólo Dios perdona”... y él también. Y aquellos a quienes les es concedido.

No hay mayor alegría que saber perdonar y sentirse perdonado.

**INVADIDOS POR LA GRACIA...
¡OPORTUNIDADES!**

Is 55,6-9

Flp 1,20c-24 27a

Mt 20,1-16

Decía el teólogo Karl Rahner que lo mejor en la vida siempre nos viene como “regalo”, como “algo inesperado, sorprendente”. Jesús, nuestro Maestro, nos pedía:

“¡Estad siempre vigilantes porque, cuando menos os penséis, llega! ¡Buscad y hallaréis! ¡Llamad y se os abrirá!”

¡Sí!, estamos invadidos por la gracia. Lo único que se requiere, para que la gracia penetre en nosotros, es llegar a nosotros, es que ¡sea deseada! “No pidas a Dios maravillas, sino la capacidad de maravillarte”.

¡Firmar un gran contrato!

Hay que estar atentos a la vida. Cuando menos lo esperamos nos llega una oportunidad inédita, una posibilidad milagrosa. Cuando se pierde una de esas oportunidades

exclamamos: ¡qué lástima, qué rabia, qué asco... no haber jugado, no haber aceptado, no haber entrado...!

La gracia nos llega cuando menos la esperamos. Sólo quienes están atentos van acumulando en sus graneros semillas de gracia, necesarias para vivir agradadamente. ¡Así llega la gracia por excelencia, esa gracia que llamamos “gracia de Dios”! Un poco antes del texto que acabamos de proclamar, dice el deuterio-Isaías:

*Aplicad el oído y acudid a mí, oíd y vivirá vuestra alma
Pues voy a firmar con vosotros una alianza eterna las amorosas y fieles promesas hechas a David*

Ésta es la clave para entender el texto primero de la liturgia de este domingo: quien esté atento y sea capaz de acudir tendrá la oportunidad de firmar el contrato de su vida, la Alianza de Dios.

De ahí vienen unas recomendaciones:

- ¡Busca al Señor mientras se le encuentra!
- ¡Invoca al Señor mientras está cerca!
- ¡Que el malvado abandone su camino y el criminal sus planes!
- El Señor ofrece un nuevo camino para vivir “divinamente”. Presenta un nuevo plan, un nuevo proyecto.

Allí donde se nos ofrezca la oportunidad de vivir “en Alianza” (establecer una amistad fiel, pertenecer a un grupo o a una comunidad, comprometerse solidariamente), de abandonar un mal camino, un plan malvado... ¡allí nos sale Dios al encuentro y nos ofrece vivir en Alianza! No perdamos la oportunidad de firmar un gran contrato, el contrato de nuestra VIDA.

¡En el atardecer... somos también valiosos!

¡Los méritos! ¡Qué importancia tienen, en la vida, en la sociedad, en la religión, los méritos! Por eso, hay homenajes, ascensos, reconocimientos públicos, libros conmemorativos, nombramientos honoríficos, beatificaciones y canonizaciones. Lo escuchamos decir con frecuencia: “¡es que se lo merecía! ¡Después de todo el esfuerzo realizado, era justo que obtuviera el premio!” Incluso cuando hacemos el elogio de una persona que ha fallecido, ponemos de relieve sus méritos. Por eso, solemos resaltar todo aquello que hizo, lo que trabajó, la calidad de sus obras, el prestigio que fue consiguiendo a pulso.

También los “deméritos”. Creemos que forma parte de la justicia hacer que “no gane quien no se lo merece”. Solemos en ese caso criticar a quien “sin méritos especiales” escala, es ascendido, es reconocido. En tales casos nos come la envidia, travestida de celo por la justicia.

Y luego está el típico sermón de teología para nuestro tiempo que dice más o menos: “nosotros somos pecadores, no tenemos mérito alguno, lo bueno que hay en nosotros lo hace Dios, sólo Dios”. Aunque se les suele escapar la lógica del razonamiento cuando, inmediatamente después, el predicador de turno añade: “por lo tanto, hemos de orar mucho, de ser muy humildes... porque si no, Dios no actuará en nosotros”.

El evangelio de este domingo resulta desconcertante, porque rompe el sistema vigente de retribución de los méritos. El Señor de Universo puede establecer como quiera su sistema de retribución. “Los primeros serán los úl-

timos y los últimos los primeros”, nos dice Jesús, aunque no acabamos de creérselo.

El Señor valora lo que una persona ha merecido, trabajando todo el día, o gran parte del día. Lo valora tanto, que le entrega el salario pactado. ¡Claro que nuestro Dios reconoce nuestras buenas obras y las valora y las premia! Lo que nuestro Señor no valora es la envidia, o una ley abstracta de justicia que se aplica a todos de la misma manera. Dios es libre para conceder sus dones y retribuir a cada uno según su voluntad.

Siempre hay oportunidades. Lo importante es saber aprovecharlas. ¡Vivir a tope en todos los momentos de nuestra vida!

¡CUANDO EL LÍDER... ES DEMASIADO LÍDER!

Ez 18,25-28

Flp 2,1-11

Mt 21,28-32

Es señal de salud grupal la polifonía de carismas diversos, el reconocimiento de las individualidades.

¿Es justo el proceder de Dios?

Cuando las cosas no nos salen bien, nace espontáneamente en nosotros una anti-oración, un reproche a Dios: ¡Tú tienes la culpa! El ateísmo nace de un reproche continuo a Dios por las injusticias, calamidades y males que nos acucian e invaden. ¿Será Dios el responsable del malfuncionamiento de muchas cosas en este mundo? ¿No nos ha dejado un mundo “sin garantía”, con demasiadas fechas de caducidad?

Ésta es la cuestión que nos plantea “hoy”, en esta primera lectura, el profeta Ezequiel: ¿es justo el proceder de Dios?

Dios nos da la contrarréplica por boca del profeta Ezequiel: “¡el que no es justo es vuestro proceder!”. Los seres humanos hemos de asumir nuestra responsabilidad en la existencia del mal. Tenemos libertad. Por eso, podemos entrar en territorios de vida y de muerte. No es bueno que nos dis-culpemos e in-culpemos a Dios. Tenemos todo a nuestro favor para poder “vivir” de verdad; pero, para que sea así, hemos de comprometernos y asumir nuestra responsabilidad.

Lo peor es que la responsabilidad individual no basta. Se hace necesaria una responsabilidad colectiva. Por esto, tampoco basta un cristianismo individualista, sin comunidad, a-político. Hay que convencer a la sociedad de su responsabilidad. Nos hemos de responsabilizar colectivamente, socialmente, para que la Vida tenga lugar entre nosotros.

¡Qué maravilloso es el Dios de la libertad! ¡Qué digno del ser humano tener un Dios que cuenta tanto con nosotros! Pero ¡qué terrible puede ser la persona cuando utiliza su libertad!

¿Unanimidad, concordia, consentimiento? ¡Desde la humildad!

Tenían “un solo corazón”, “una sola alma”, “todo en común”. Así describen los Hechos de los Apóstoles la comunidad cristiana ideal.

- “Un solo corazón”: “amarás... con todo tu corazón”... “manteneos con-cordes”.
- “Una sola alma”: “amarás... con toda tu alma”... “manteneos un-ánimes”.
- “Un mismo amor y sentir”: “amarás... con todo tu ser”.

Pablo quiere que su comunidad sea la comunidad que cumple el mandamiento principal, la comunidad de la Alianza. Por eso, les pide que sean concordes, unánimes desde el amor y el consentimiento.

¡Esto es precioso! Pero, al mismo, tiempo ¿no es imposible? ¿Dónde hay comunidades así? Lo que sentimos muchas veces es la falta de concordia, de unanimidad, de consenso. Cada uno tira por su camino y no cede.

No debemos olvidar algo que siempre han dicho los maestros de espíritu: ¡que el camino hacia la perfección del amor sólo tiene un nombre y es HUMILDAD! Pablo lo expresa muy bien en esta segunda lectura: “No obréis por rivalidad, ni por ostentación... dejaos guiar por la humildad y considerad siempre superiores a los demás”.

Sin humildad no salimos de nosotros mismos. ¿Y qué es ser humilde? ¿Cómo ser humilde? Jesús es nuestro modelo. Jesús cedió mucho, muchísimo. Era Dios y pasó como uno de tantos. Nosotros somos uno de tantos y nos queremos hacer pasar por dioses. El día en que me haga consciente de mis limitaciones, de mi sombra, de que no soy, dentro de la naturaleza humana, “alguien especial”, sino “uno de tantos”, ese día... comenzaré a ser humilde, me pondré en mi lugar y veré qué fácil me resulta estar junto a mis hermanas y hermanos en plan de igualdad y descubriré lo fácil que es vivir concordes, unánimes y conseguir consensos.

A la hora de la verdad... mejor un “no” que un “sí”

Un estilo muy eclesiástico, aprendido de la diplomacia, suele ser “nadar entre el sí y el no”, no ser claros, ni diáfanos, dejar las cosas en una cierta e intencionada am-

bigüedad. Cuando nos piden un “sí” o un “no”, solemos responder: “¡hay que distinguir!”. Pero más que pensar en la verdad, estamos pensando en ¡no perder poder! Una Iglesia así nunca evangelizará. Se codeará con todos, pero no cambiará la sociedad. Tendrá poder mundano, pero no poder moral.

Jesús nos pide hoy más valor, más audacia, más claridad. Quiere que el “sí” esté acompañado de la obediencia. Porque la obediencia es la expresión más importante. Pero ¿obediencia a qué?

Se trata de una obediencia filial. El amo de la viña contrata obreros para ir a su viña; pero en esta ocasión está muy interesado en que vayan a trabajar a su viña sus propios hijos. Hay un hijo que tiene siempre el “sí” en la boca. Le encanta gozar del favor del padre y tener una buena imagen. Pero, a la hora de la verdad, “no trabaja en la viña”; se dedica a otras cosas. ¡Es un hipócrita! ¿Estamos trabajando realmente en la “viña”, quienes nos sentimos llamados por Dios, como hijos suyos? ¿No existe demasiada “vagancia apostólica”, “chapucería apostólica”, “pereza misionera”? ¿No estamos excesivamente entretenidos en cosas que no son de Dios, sino nuestras? ¿Querrá Dios tanto montaje, tanta parafernalia cuando en la viña del mundo hay problemas tan serios?

El hijo que tiene el “no” en la boca, va —sin embargo— y trabaja en la viña. No se preocupa de su buena imagen. Trabaja en la viña desde el anonimato, desde la no ostentación. Al final, es el que le saca al padre las castañas del fuego. ¿Quiénes son hoy, en la Iglesia, estos hi-

jos e hijas de Dios? Pues tal vez aquellos que no tienen reconocimientos oficiales, que hacen que no se entere la mano derecha de lo que hace la izquierda, que no van a un acto con el único objetivo de “halagar”, “fichar”, “adquirir méritos”, “parecer buenos”.

Hay “síes” que son “noes”, y hay “noes” que son “síes”. Jesús nos pedía que nuestro “sí” fuera “¡sí!” y nuestro “no” fuera “¡no!”.

DERECHOS DEL ESPOSO

Is 5,1-7

Flp 4,6-9

Mt 21,33-43

Los celos de un amor no correspondido

El profeta Isaías se presenta como “amigo de Dios”. Su amistad es tan íntima, que el amigo conoce el corazón de Dios y, en cierta medida, se convierte en “portavoz”:

“Voy a cantar en nombre de mi amigo un canto de amor a su viña”

Presenta la viña con imágenes preciosas: 1) la viña está situada en un fértil collado; 2) no tiene piedras y todo en ella es tierra para la fertilidad; 3) en esa tierra fértil plantó el Amigo cepas excelentes; 4) puso en el centro una atalaya para vigilar en todo momento a su viña; 5) cavó un lagar en la misma viña para así poder convertir los frutos de la viña en buen vino.

Todo estaba preparado para una excelente cosecha; el Amigo la esperaba ilusionado; ¡cuál no fue su desen-

canto al comprobar que en lugar de uvas, la viña daba agrazones! ¿Qué ocurrió? Parece algo absolutamente inexplicable. El Amigo no tenía la culpa. Por eso, su reacción es airada. ¿De qué sirve tanto cuidado y tanto mimo? Por lo tanto, decide convertirla en tierra común, sin cultivo ninguno, la dejará a su mala suerte.

Sabemos que la imagen de la viña pertenece al lenguaje amoroso. Viña es la imagen de aquel pueblo a quien Dios ama apasionadamente como su esposa. La casa de Israel ha sido cuidada hasta el último detalle por Dios. En lugar de recibir amor, en correspondencia, Dios recibe ingratitud, injusticia, robos y asesinatos. Esta pésima respuesta hace que se encienda la ira de Dios. Pero no es la ira de quien no ama. Son los celos de un amor no correspondido.

“Lo matamos... y nos quedamos con su Iglesia”

Jesús, al igual que el profeta Isaías, quiere cantar el canto de amor por la viña. A los detalles aducidos por el profeta, Jesús añade “nuevos elementos”. El Amo o Propietario –Dios– de la Viña –la casa de Israel–: 1) la rodeó con una cerca; 2) construyó en ella la casa del guarda; 3) la arrendó a unos labradores; 4) se marchó de viaje.

El amo se ausenta; pero es providente. Cuida todos los detalles para que su viña dé buenos frutos. El problema que surge no tiene que ver con los frutos –como en el caso de Isaías–. ¡El problema son los labradores a quienes el Amo arrendó su viña!

“Los labradores, agarrando a los criados, apalearon a uno, mataron a otro y a otro lo apedrearon. Con otros enviados hicieron lo mismo. Al ver al hijo, el heredero, se dijeron ‘lo

matamos y nos quedamos con su herencia'... Lo empujaron fuera de la viña y lo mataron".

Para Jesús el problema no está en la feracidad de la viña. Da por supuesto que la viña produce buenos frutos. Por eso, precisamente, quieren los labradores quedarse con ella. El problema está en el poder que una viña tan agradecida confiere. Por eso, los labradores quieren adueñarse de la viña; y para hacerlo... recurren a todos los medios... hasta matar al Hijo.

De esta manera Jesús se refería a los que detentaban el poder en la casa de Israel. Los dirigentes del pueblo habían suplantado a Dios. No servían al pueblo. Se habían convertido en los "amos del pueblo". Y, por eso, cuando llegó el Hijo de Dios, lo mataron "fuera de la ciudad".

Nos puede parecer un texto para otros tiempos. Pero también hoy hay luchas de poder en la Iglesia de Dios. Hemos de estar atentos, porque el Maligno pone en algunos corazones el deseo de "adueñarse" de la propiedad de Dios. La Iglesia no pertenece a ningún grupo, a ningún movimiento, a ningún tipo de personas de una determinada mentalidad. La Iglesia no pertenece a una sola teología, a una sola forma de espiritualidad. La Iglesia es "madre de todos", y, al mismo tiempo, la "única esposa de Jesús". Nadie, nadie puede ni debe pretender convertirse en el "señor de la Iglesia". Por eso, hemos de temer a aquellos que quieren adueñarse de ella como únicos señores. Es algo peor que el adulterio. Porque priva a Jesús de sus derechos de esposo.

Sin corresponder al Amor no hay paz

La Paz que genera la correspondencia al Amor supera toda comprensión; va más allá de aquello que nosotros podemos entender.

Cuando no amamos no podemos estar en paz; otras preocupaciones y agobios llevan nuestra vida; el corazón se vuelve intranquilo; los pensamientos se alborotan; nos rodea por doquier algo así como una guerra fría, a la que respondemos con actitudes beligerantes.

Pablo nos exhorta a tener en cuenta todo lo que es verdadero, noble, justo, puro, amable, laudable; todo lo que es virtud o mérito.

La gran clave para conseguir el don de la paz es el amor de Alianza que expresan la oración y la súplica incesante, pero unida a la acción de gracias, o dicho de otra manera: la comunión permanente con Dios, el amor expresado en todos los gestos de la vida, el pensamiento centrado en su Misterio —que nos llega por los cauces más inesperados—, ¡esta actitud es la puerta abierta al don de la Paz! Es entonces cuando el Señor nos transmite su Paz.

¿VAN A ESTAR TRISTES LOS AMIGOS DEL NOVIO?

Is 25,6-10a

Flp 4,12-14.19-20

Mt 22,1-14

Los cristianos somos la “esperanza” del mundo, la sonrisa que todo lo hace fácil, el rostro iluminado por el futuro de Dios, por su gracia. Decía Jesús: no pueden estar tristes los amigos del Novio mientras el Novio está con ellos. Jesús nos convoca todos los domingos a su mesa. Millones de personas se reúnen en torno a ella en las diferentes partes del mundo. En el convite eucarístico percibimos el Futuro, la Esperanza. Dios está de nuestra parte. El Abbá nos ama, nos cuida, no va a permitir que pueda sucedernos algo que no esté bajo su misterioso control de Padre y Madre.

“Invitados al banquete”

La primera lectura que acabamos de proclamar pertenece a una sección del libro de Isaías –capítulos 24-27–

que es como un “pequeño apocalipsis”. En él se describe el juicio de Dios y posteriormente la instauración de un orden definitivo. La lectura de hoy pertenece a esa instauración.

El profeta Isaías nos dice que Dios hace justicia a sus pobres; que la corrupción, el asesinato, la soberbia humana, no tienen la última palabra. Nos dice, incluso, que hasta personas pertenecientes al pueblo de Dios van a ser juzgadas: pero ¡se salvará el resto de Israel, disperso! Será purificado, también reunido definitivamente en su tierra. Para inaugurar su reinado definitivo, Dios celebra un banquete. Invita a muchos: ¡a todos los pueblos! El banquete tiene lugar en el monte de Sión. Todos los pueblos de la tierra pueden ver a Dios, contemplarlo. Antes no veían a Dios, estaban como ciegos. Ahora, el Señor en persona les destapa los ojos para que puedan conocerlo.

En este contexto de banquete, de fiesta, el Señor acaba con la muerte, con las lágrimas, con el sufrimiento. A todos les ofrece una comida “única”, unos vinos excelentes.

Esta profecía nos evoca ese banquete misterioso que celebramos día a día, domingo a domingo, y que es la eucaristía. En todas las partes del mundo, comunidades humanas son invitadas a participar de ella. Dios mismo nos ofrece a su Hijo Jesús como vida, alimento, bebida. En todas las partes de la tierra resuena la alabanza. Sobre todo, evoca a tantos seres humanos, empobrecidos, que apenas tienen lo suficiente para subsistir, los pobres de la tierra, que en centros humildes, en iglesias elementales, celebran el Gran Banquete con alegría y esperanza.

¡Encontrar el Centro!

“Estar centrado” es decisivo para vivir. Propio de la vida es su circularidad. Necesita un centro en torno al cual desplegar todo su dinamismo. Es verdad que la vida es, también, pluricéntrica. Se hace necesario armonizar, al mismo tiempo, todos los centros entre sí.

El ser humano vive cuando está “centrado”. Por eso, la vida requiere una cierta estabilidad, armonía. Hablamos de la importancia que tiene la concentración, la meditación, el llegar hasta nuestro “más profundo centro”.

Pablo se despide de los Filipenses, su comunidad preferida, comunicándoles sus sentimientos. Se presenta como una persona verdaderamente “centrada”. Las variadas circunstancias de la vida —pobreza o abundancia, salud o enfermedad— no son capaces de descentrarlo. Su centro es su energía: “Todo lo puedo en aquel que me conforta”.

Mucha gente anda detrás de alguien que centre su vida. Vanos intentos nos llevan a centrarla en realidades muy pasajeras, en amores efímeros, en *hobbies* que cansan o decepcionan.

Hay Alguien que ha venido a este mundo para convertirse en nuestro Centro vital: Yo soy la Vida, Yo soy el Camino, yo soy la Verdad, yo soy la Belleza.

¡Id e invitad a todos... pero cuidado!

Se dirige Jesús, una vez más, a los sumos sacerdotes y ancianos del pueblo. Ellos son los primeros destinatarios de la parábola. Se trata de un rey que celebra la boda de su Hijo, el heredero. Los convidados no quieren ir. Y algunos de ellos, incluso matan a los mensajeros, co-

mo para disponer de una excusa y decir que ¡ni se habían enterado!

Jesús sentía el rechazo permanente de los principales de Israel. No querían participar en el “banquete del Reino”. Es más, querían deshacerse de cualquier mensajero que se lo evocara. Jesús les hace ver que ese rechazo tiene como destinatario al mismo Dios. No van a tener excusa. Dios convidará a otros a la boda. Pero ellos, los que rehúsan la invitación, se tendrán que confrontar con la justicia de Dios.

A la luz de la primera lectura, vemos cómo la invitación –tras el rechazo de los principales de Israel– será dirigida a todo el mundo. Ése es el momento providencial de la “*missio ad gentes*”.

Somos Iglesia misionera. Pertenece a los servidores del Rey que invitan a todo el mundo al banquete. Hemos de hacer creíble y atractiva la invitación. No nos hemos de preocupar si en ciertos lugares más prósperos nuestra llamada no encuentra eco. Si los preocupados por sus negocios declinan la invitación. Habrá miles y miles de personas dispuestas a participar. Dios cuenta con un pueblo inmenso en medio de este mundo.

Pero no vale todo. No es cuestión de número. También de calidad. Nadie puede ni debe entrar en el banquete sin vestido nupcial. No hay que acelerar las cosas. No es cuestión de bautizar a todo el mundo. Hay que preparar a los llamados a través de serios procesos iniciáticos. Tal cual sea la puerta de entrada en la Iglesia, así serán quienes estén dentro de ella.

LA POLÍTICA QUE SANTIFICA EL NOMBRE DE DIOS

Is 45,1 4-6

1Ts 1,1-5b

Mt 22,15-21

Hoy le haríamos a Jesús muchas preguntas de tipo político. Maestro, ¿es lícito votar a...?, ¿es lícito ilegalizar a...?, ¿es lícito defender...? Quisiéramos una respuesta clara, contundente. Ni los profetas ni el gran y definitivo profeta, Jesús, nos dieron recetas para el discernimiento político. Aunque parezca muy claro que hay que dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios, no lo es, porque el mundo no está repartido entre Dios y el César. Nada del César deja de ser de Dios. Pero también hay Césares que se quieren hacer pasar por Dios y lo suplantán. Son los que toman el nombre de Dios en vano.

¡Dios santifica su nombre!

Cuando en el Padre nuestro decimos, “santificado sea tu Nombre”, le pedimos a Dios nuestro Padre que Él

mismo proteja la santidad de su Nombre, que Él mismo defienda su honor, que se manifieste como el Dios fiel, obstinadamente fiel. ¡Qué bien se refleja esto en la primera lectura de Isaías, apenas proclamada!

La situación del pueblo de Dios, desterrado en Babilonia y con el templo santo de Jerusalén destruido, ¡no santificaba el nombre de Dios! Dice el libro segundo de las Crónicas: “subió la ira de Dios contra su pueblo hasta tal punto, que ya no hubo remedio” (2Cr 36,16). El Dios de la Alianza, sin embargo, es fiel a su pueblo. Después de una prueba hace que aparezca de nuevo la gracia. El instrumento elegido es un rey pagano, caldeo, llamado Ciro. Éste, movido por el Espíritu de Dios, publicó un edicto el año 538 a.C. que decía:

«Así habla Ciro, rey de Persia Yahveh, el Dios de los cielos, me ha dado todos los reinos de la tierra. Él me ha encargado que le edifique una Casa en Jerusalén, en Judá. Quien de entre vosotros pertenezca a su pueblo, ¡sea su Dios con él y suba!» (2Cr 36,22-23)

Ciro no conocía a Yahveh, pero, sin embargo, se abandonó a la voluntad del Dios desconocido que se apoderó de él. Sin conocer a Dios, no puso obstáculos a esa misteriosa consagración o unción que se derramaba sobre él. De este modo, Dios santificó su nombre.

¡Alianza! ¿Con el César o con Dios?

La sentencia de Jesús, “dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”, podría parecer clara, contundente, iluminadora. Pero no es así. Jesús nunca dio recetas y no nos evitó –en su pedagogía– el esfuerzo de la búsqueda, de la implicación personal. “¿Es lícito pa-

gar el tributo al César?” era la pregunta. Jesús estimula una reacción con una respuesta que en principio no aclara las cosas.

¿Es lícito pagar el tributo al país que nos está colonizando? Nosotros responderíamos: ¡No! Pero, ¿y si la colonización ha llegado a tal extremo que se ha introducido en nuestro país la moneda del país extranjero, con la imagen del colonizador imperialista? Pues diríamos: ¡para él su moneda! ¡No queremos ser un país vendido a una potencia extranjera! Jesús dice: “Devolvedle, vosotros, al César, lo que es del César”. “¡Devolvedle sus monedas!”.

¿Y qué es lo que hemos de dar a Dios porque es suyo? ¡No hay paralelismo entre Dios y el César! No se reparten entre los dos el mundo, porque Dios dice: “mía es la tierra y cuanto hay en ella”. Pero hay algo que, si cabe, es mucho más de Dios. El Dios de la Alianza tiene un pueblo que es el pueblo de su propiedad, “su pueblo”. Este pueblo no puede ser vendido al César.

¡Dad al César lo que es del César! suena a “celo amoroso”, “celos de Alianza”. Es como si Jesús nos dijera: ¡No hagáis alianzas con nadie! ¡Devolvedle al César lo suyo! ¡Entregaos a Dios sin reservas!

Esto no impide reconocer que el único Dios del cielo y de la tierra puede actuar a través de las autoridades de la tierra y santificar a través de ellas su Nombre, como reconocía el profeta Isaías en la primera lectura.

¡No al cesaropapismo en la Iglesia!

La Carta a los Tesalonicenses –proclamada en esta liturgia– se caracteriza por un uso reiterado del “nosotros” apostólico: se trata de tres evangelizadores que forman

un trío apostólico: Pablo, Silvano y Timoteo. En 2Co 1,19 vuelve Pablo a reconocerlo: “Porque el Hijo de Dios, Cristo Jesús, a quien os predicamos Silvano, Timoteo y yo...” El anuncio del Evangelio tiene mucho que ver con el grupo evangelizador. Jesús enviaba a sus discípulos de dos en dos. Y también dijo que allí donde hubiera dos o tres, estaría Él presente. Y lo reafirmó al decir: “estaré con *vosotros* todos los días hasta el fin del mundo”. El “nosotros” apostólico no es un plural mayestático, sino un grupo evangelizador.

Pero ese trío no ejerce la autoridad de forma despótica. Se dirige con un enorme respeto a la comunidad cristiana. No se trata únicamente de retórica epistolar, o de captación de benevolencia. Los “tres evangelizadores”:

- reconocen que los miembros de la comunidad son “amados de Dios”, elegidos por Dios;
- se admiran por la actividad de su fe, el esfuerzo de su amor, el aguante de su esperanza;
- recuerdan que el anuncio del Evangelio no se redujo a una mera información temática, hubo un Pentecostés del Espíritu y se generaron convicciones muy profundas.

Por lo tanto, tres enseñanzas se desprenden de esta lectura: 1ª que es excelente evangelizar en grupo, en pequeña comunidad; 2ª que los evangelizadores han de anunciar, ante todo, la gracia que descubren en los evangelizados; 3ª que si los poderosos de la tierra dominan, ejercen opresión, no ha de ser así en la Iglesia de Jesús. ¡Nada de cesaropapismo!

EL GRAN MANDAMIENTO: ¡AMARÁS!

Ex 22,20-26

1Ts 1,5c-10

Mt 22,34-40

Éste es un domingo dedicado al tema del amor, a la experiencia del amor, a descubrir en nosotros ese fuego que nos circula de mil formas, en mil direcciones, de dentro afuera, de afuera adentro.

¿Qué es amar? Lo mejor no es definirlo, sino vivirlo. Cuando se ama, Alguien se revela en el amor. Es el “tercero misterioso”.

¡El Compasivo... y su ira encendida!

“Forasteros, emigrantes, viudas, huérfanos, pobres y prójimos”. He aquí los nombres de aquellas personas en las que Dios derrama su amor, su predilección. Son ellas las que conmueven sus entrañas, las que se convierten en sus favoritas. Y la razón es ésta: “¡porque soy compasivo!”

Ésa es la definición de nuestro Dios: la com-pasión. Padece con los que padecen. Ésa es su debilidad. Hacerle

algo injusto, malévolo, a uno de estos, sus hijos o hijas, es hacérselo a Él mismo. Dios ama a sus pobres como a sí mismo... Por eso, su mandato es claro: ¡No oprimirás! ¡No explotarás! ¡No serás usurero! ¡Devolverás! Éstos son los verbos del amor celoso y preferente a los pobres. ¡Está visto! Lo que hagamos con los más desvalidos, lo hacemos con el mismo Dios. Si les hacemos mal, encenderemos la ira de Dios. El Compasivo puede ser el peor enemigo de quien no tiene compasión.

¡Amarás!

Jesús vino como el Maestro del Amor. Hizo, de toda su vida, amor. Cuando le preguntaron por el primer mandamiento, lo querían tentar, tender un lazo. Probablemente aquel “experto” quería demostrar la ignorancia de Jesús, o tal vez se esperaba una afirmación de la unicidad de Dios: “Dios es solamente uno, a Él solo adorarás”. Pero a Jesús no le interesaba la adoración sin más, sino el amor y un amor extendido a todos y en todos a Dios. El amor más particular lleva en sí mismo la semilla de la totalidad.

¿Qué es el amor? ¿En qué consiste? Sentirse amado, amar, es una experiencia inefable. Para eso están los poetas, los músicos, los artistas: la poesía, la música, el arte de nuestros gestos amorosos, de nuestras palabras. El escritor austriaco, Peter Handke, ha escrito varias frases sobre el amor que ahora transcribo:

“Él no se proyectaba en el otro Proyectaba al otro dentro de sí mismo”

“Amor bellos ojos, cualesquiera que sean Sí, el amor es una fiesta de los ojos”

“Cuando alguien, al escribir, utiliza con toda normalidad la palabra ‘Dios’, me resulta difícil continuar la lectura”

“Amor es también ‘amado cuerpo!’”

“Quienes se aman se reconocen a través del humor”

“Acabo de ver con total claridad (¡fue un descubrimiento!), que en el amor, para el amor, no bastan únicamente dos una y otra vez necesito a un tercero a quien poder dirigirme, para tranquilizarme, para fortalecerme, para permanecer firme, para volver a despertar, para decir gracias, como complemento Y a este tercero en mi amor, con quien puedo compartir pensamientos sobre mi amor, que cuida de mí siempre que me vuelvo hacia él, sólo puedo concebirlo con el nombre de ‘Dios’ (y el mero volverse hacia el tercero es ya ese complemento)”

Amor se conjuga en activa y pasiva, en divino y en humano. Quien ama cayó en la red... de la libertad.

La Palabra alimenta el Amor

Amor es elocuente y habla. La Palabra de Dios es la Palabra del Amor. Pablo y sus compañeros reconocen cómo la comunidad cristiana de Tesalónica acogió apasionadamente la Palabra de Dios y se dejó encender en su fuego. De modo que “desde vuestra Iglesia la palabra de Dios ha resonado en todas partes”.

“El que me ama guardará mi palabra y mi Padre lo amará y vendremos a él”. La comunidad de Tesalónica está habitada por el Amor, por la Palabra. Y es que el amor crece cuando se conoce. La Palabra enciende el corazón. Es eficaz y llega a lo más profundo del corazón.

CÓMO EJERCER LA AUTORIDAD

Mal 1, 14b-2, 2b.8-10

1Ts 2, 7b9.13

Mt 23, 1-12

La Palabra de Dios de este domingo nos ofrece claves para entender y vivir adecuadamente el servicio de la autoridad en la Iglesia: la profecía de Malaquías es una advertencia seria contra los malos sacerdotes, la Carta a los Tesalonicenses es un bello ejemplo de la empatía y amor de los líderes cristianos, el evangelio nos presenta el sueño de Jesús sobre su Iglesia, en alternativa al estilo farisaico y escriba.

Pero sería reductivo aplicar únicamente a nuestros pastores este mensaje. También nosotros, sacerdotes de Dios, pueblo sacerdotal y regio, estamos llamados a asumir un nuevo estilo de servicio.

¡Guardianes de la Alianza!

Eso era lo que Dios esperaba de sus sacerdotes en Israel, ¡que fueran guardianes de su Alianza con el pueblo,

que fueran para el pueblo ejemplo de fidelidad! Desgraciadamente no fue así en tiempos del profeta Malaquías.

Acabamos de escuchar su profecía contra los sacerdotes. El profeta denuncia su mala conducta. Descubre en ellos cuatro grandes males:

- *engañan y mienten;*
- *tienen acepción de personas y favoritismos,*
- *son corruptos y guías de perversión;*
- *no dan gloria a Dios.*

Por eso, Malaquías –portavoz de Dios– los maldice y los amenaza con echarles estiércol a la cara y aventarlos con él. Concluye este texto profético contra los sacerdotes con una pregunta conmovedora: “¿No tenemos todos un solo Padre?” ¿Por qué el hombre despoja a su prójimo, profanando así la Alianza?

¡Ternura y no dureza!

El trío de evangelizadores que escribe la carta a los cristianos de Tesalónica –Pablo, Timoteo y Silvano– delata en el texto apenas proclamado una ternura impresionante:

- “Os teníamos tanto cariño. Os queríamos entregar hasta nuestras propias personas... Os habíais ganado nuestro amor”.
- “No cesamos de dar gracias a Dios”.

Esta forma de relación con la comunidad y con cada uno de sus miembros es el mejor contexto para dar gloria a Dios y hacer viable la energía transformadora de su Palabra. Esta forma de dirigir una comunidad cristiana está muy lejos de la frialdad, de la actitud controladora, de la falta de empatía, de la distancia favorecida.

¡Ternura y no dureza!

No caer en la tentación

Jesús invita a obedecer a las autoridades, pero con reservas: “haced lo que ellos os dicen, no lo que ellos hacen”. Jesús critica con dureza las actitudes altaneras:

- *¡Son hipócritas, falsos! ¡No hacen lo que dicen!*
- *¡Son impositivos y holgazanes! Lían fardos pesados e insoportables y se los cargan a la gente, pero no están dispuestos a mover un dedo para empujar.*
- *¡Son vanidosos! Todo lo hacen para que los vea la gente.*
- *¡Son trepadores! Les gustan los primeros puestos y los asientos de honor... que les hagan reverencias y que la gente los llame “maestros”.*

La alternativa que Jesús propone es ésta:

- *¡No aceptéis títulos, ni protocolos mundanos! Vosotros no os dejéis llamar “maestro”... ni “consejeros”... ni “padre”.*
- *¡Poneos en el último lugar y... nada de precedencias! El primero entre vosotros, sea el servidor.*
- *Dios pondrá la auténtica autoridad en su lugar: El que se enaltezca será humillado.*

Y estas actitudes responden a lo que pedía Malaquías –en la primera lectura– a los sacerdotes: ¡dad gloria al único Padre!, ¡y no se la robéis! Tenemos un solo Padre, un solo Señor. No hemos de adorar a otro.

¿Hay todavía entre nosotros algo de esto? ¿Hay vanidad, hipocresía, personas que buscan siempre un cargo más elevado, vedetismo religioso? Aprendamos todos la lección de Jesús, del profeta y del apóstol. Sólo quienes intentan pasar desapercibidos, quienes atraviesan la puerta escondida, sólo éstos entran en el Reino.

EL DON DE LA SABIDURÍA

Sab 6, 12-16

1Ts 4, 13-18

Mt 25, 1-13

Podíamos denominar este domingo como el “día de la Sabiduría”. Hay que rescatar esta palabra. Nos es muy necesaria. La sabiduría habla poco, pero muy bien. Es palabra breve y gesto. Es insinuación, no discurso largo. Es penetrante y no superficial. Surge espontánea y responde a protocolos. Es revelación que emerge, como fruto precioso, después de todo un camino. Una gota de sabiduría vale mucho más que mares de ciencia y ríos de saberes. La sabiduría nos es muy necesaria hoy.

Misteriosa es la Sabiduría

La Sabiduría es *accesible*:

- la ven fácilmente los que la aman y ella misma se da a conocer a quienes la desean, busca a quienes la merecen, aborda a los caminantes, les sale al paso en cada pensamiento;

– la encuentran los que la buscan y quien madruga la halla sentada a la puerta.

Estas características nos hacen pensar que la Sabiduría está en medio de nosotros. Es un don del cielo al que todos tenemos acceso. Lo único necesario es “el deseo”. Si la deseamos, nos sale al encuentro. ¡Qué importante es amar la Sabiduría, desear ser morada de ella, sede de la Sabiduría! Así fue María, la Virgen, “Sedes Sapientiae”. Así podemos ser cada uno de nosotros. ¡Cuánto necesita nuestro mundo de esas personas sabias, dadoras de sentido! Son el mejor regalo para una nación, para un pueblo, para una comunidad.

¡La suerte de los difuntos!

La sabiduría da sentido al sinsentido de la muerte, nos conecta con las promesas de Dios. Se nos va muriendo la vida: la vida que se nos ha dado y la vida de aquellas personas que Dios ha anudado a nuestro querer. Nos sorprenden despedidas continuadas, inciertas, sorprendentes.

La sabiduría del apóstol Pablo nos dice hoy, después de dos milenios:

- No queremos que ignoréis la suerte de los difuntos para que no os aflijáis.
- Si creemos... Dios Padre por medio de Jesús los llevará con Él.
- El Señor descenderá del Cielo... y los muertos en Cristo resucitarán.
- ¡Estaremos siempre con el Señor!

Ésta es la fe, la esperanza, que da sentido a tanto sufrimiento, a tantos hechos luctuosos que van marcando los días de nuestra vida.

¡Estad en vela!

Las palabras de Jesús “Velad, porque no sabéis ni el día, ni la hora” nos dejan ante el misterio de la incertidumbre. Lo que es decisivo en la vida nos resulta imprevisible. No sabemos ni el día ni la hora en que descubriremos nuestra vocación, en que llegará la solución de nuestros problemas, en que aparecerá el sentido en medio del caos, en que llegará la gracia en medio de la desgracia. Pero, también, las palabras de Jesús, hacen referencia al momento terrible de la muerte no prevista, de la tentación no buscada, del adiós sorprendente a aquello que amábamos...

Ésta es la condición humana: ¡no saber ni el día ni la hora! Podemos programar todo —y programamos mucho, muchísimo! —, pero ¡sin conocer el día o la hora!

Decía Kierkegaard que vivía cada instante como si fuera el último de su vida. Nos decía Jesús: “hoy harás planes y mañana te llevarán al sepulcro”, “le basta a cada día su afán, no os preocupéis por el mañana”.

Ésta es la sabiduría de la vida: ¡llenar el presente de sentido, de vida, de plenitud! Quien está a la espera no se sorprende, no le pilla nada desprovisto. Es como las vírgenes prudentes, provistas de buen aceite en sus lámparas.

Es bueno aprovechar las oportunidades que la vida nos concede... Vivir despiertos exige tener siempre todas nuestras energías a punto, estar en forma.

¡ELOGIO DE LA FIDELIDAD CREADORA!

Pr 31, 10-13. 19-20. 30-31

1Ts 5, 1-6

Mt 25, 14-30

Resultan cada día más admirables millones de mujeres y hombres que son siervas y siervos fieles, laboriosos, creadores y artistas... de Dios. Tal vez, este domingo podría denominarse día del homenaje a la fidelidad creadora.

¡Amor artista, creador y productivo!

La lectura del libro de los proverbios y el salmo 127 son hoy un canto a la capacidad creadora, al arte, a la belleza de las relaciones entre los seres humanos. El hogar familiar es contemplado como espacio de amor, de acción creadora; la mujer —esposa, madre, organizadora y proveedora social— constituye su centro imprescindible. En ella, lo más importante no es la fugaz belleza juvenil, sino la belleza interior, cuyos rasgos la hacen ser:

- Temerosa de Dios: lo respeta, lo adora con su vida, vive en su presencia.
- Fiel a su alianza esponsal: su marido se fía de ella.
- Hacendosa, trabajadora, providente.
- Artista en el arte de tejer y la gente se hace lenguas de ella.
- Una perla preciosa, única.

El salmo 127 añade el aspecto de de la maternidad fecunda:

- Parra fecunda en medio de la casa,
- los hijos como renuevos de olivo,
- son la bendición del varón.

¡Es lícito interpretar a esa mujer-perla, hacendosa, esposa y madre, artista y providente de los pobres como un símbolo del pueblo de Israel, esposa de Dios: como la mujer de su Alianza! Eso es lo que Dios espera de su esposa: el amor creador, fecundo, productivo.

¡Amenazados de vida!

Esa imagen de la mujer hacendosa es válida para todos los seres humanos. Estamos en la tierra para realizar una misión. Nuestro Señor parece haberse ido. Nos toca a nosotros administrar los bienes que ha puesto en nuestras manos, los carismas con los que nos ha agraciado.

Llegará cuando menos lo pensemos, como llegan los ladrones en la noche. Es para nosotros como una paradójica amenaza de vida. Nos atacará con su bendición, su luz, los regalos que se añadirán a los ya recibidos. Estamos amenazados de Luz, de Vida. Que tiemble todo

el mundo de las tinieblas, pues el Hijo del hombre vendrá cuando menos lo pensemos. Y comenzarán los dolores... ¡dolores de parto!, porque algo nuevo va a nacer en medio de tanta oscuridad y tristeza.

¿Nos cuesta entender qué significa esto del “Día del Señor”? No situemos este día únicamente allá, al fin del mundo, en un tiempo inaccesible para la mayoría de nosotros. El Señor viene. Sólo hace falta que clamemos con pasión por su venida, que gitemos como los primeros cristianos: ¡Marana Tha, ven Señor Jesús!

Decía el teólogo Metz, en uno de sus escritos, que si Jesús, el Señor, no viene, es porque no lo deseamos con suficiente deseo.

¡Cuando se ama mucho... se exige!

La parábola de Jesús se ceba en la figura del pobre empleado que recibió un solo talento y no fue capaz de negociar con él. El hombre de negocios sólo tiene como objetivo la ganancia. No tolera el mínimo descuido en el negocio. Se caracteriza por su exigencia, por su minuciosidad en pedir cuentas. El empleado del caso quiere explicar su actuación con razones psicológicas: ¡tuve miedo! Además, es honesto y le dice: ¡Aquí tienes lo tuyo!

El hombre de negocios no entiende de excusas. Es un negociante implacable. Se atreve además a ofender al hombre que hizo lo que él sentía que debía hacer. “¡Eres un empleado negligente y holgazán! ¡Empleado inútil! ¡Echadlo!”. Lo único que le interesa al negociante es “lo suyo”: “Pues debías haber puesto *mi* dinero en el banco para que al volver *yo* pudiera recoger *lo mío* con los intereses”.

Nos preguntamos: ¿cómo puede ponernos Jesús un ejemplo así? ¿Se parece ese hombre de negocios en algo a Dios? ¿No será Dios mucho más comprensivo con nuestros miedos, con nuestras reservas y pusilanimidades?

Los talentos tienen aquí un valor más intenso que el meramente crematístico. Tienen un valor afectivo. Se trata de una relación de *Alianza de Amor* en la que hay infidelidad. Y la infidelidad a la Alianza se manifiesta en el desánimo, la atonía, el desinterés, el desamor. Quien hizo la Alianza no puede tolerar tanta indolencia. Sin embargo, se siente cautivado por aquel que se tornó todo creatividad, respuesta, producción: ¡el siervo fiel que recibió los diez talentos!

Si estamos de parte de nuestro Dios, seamos conscientes de que nos quiere activos, creadores, mujeres y hombres con iniciativa. Su amor es fuente de exigencia, como un entrenador a su mejor jugador, un maestro a su mejor alumno...

¡EL LÍDER SOÑADO Y SU ESTILO ALTERNATIVO!

Ez 34,11-12.15-17

1Co 15,20-26.28

Mt 25,31-46

Todos queremos estar con el “rey”. Sabemos cuánto anhelan los jóvenes, las jóvenes, estar junto a su ídolo musical, o deportivo; cuánto deseamos encontrarnos con nuestro líder político o religioso... Todos queremos estar en presencia del “rey”. El hambre de padre se transmuta en hambre de rey. Eso responde a nuestro mundo mitológico. Teresa de Jesús entendió la vida espiritual como deseo y dinamismo que lleva hacia la estancia más secreta del Rey.

La festividad de Cristo Rey nos hace entrar en el simbolismo de los grandes mitos. Por eso, el reino de Jesús no es “de este mundo”, no es de esta apariencia que pasa. Lo importante es descubrirlo como aquel que algún día restituirá el reino al Padre.

¡Añoranza del líder perfecto!

No se encuentra el jefe perfecto. Todo grupo humano quisiera contar con dirigentes excelentes, sabios, perspicaces, justos, buenos... Pero ya vemos los resultados. Del buen líder se espera capacidad de re-unir a los diferentes en una comunidad; no tanto la imposición de su dominio (de sus ideas, de sus proyectos, de su línea), como la unificación de lo desintegrado, la convergencia de lo dispar, la generación de un espíritu común que a todos entusiasme y dinamice. Pero ¿dónde encontrar una persona así? ¿Dónde encontrar el papa perfecto, el obispo perfecto, el párroco perfecto, el dirigente político perfecto, el entrenador perfecto, el superior perfecto?

Hoy el profeta Ezequiel se muestra iconoclasta. Quiere acabar con el “divismo” que manifiesta la pretensión de identificar a alguien aquí en la tierra, por muy bueno que sea, con el “líder perfecto”. Nadie, nadie lo es. ¡Sólo Dios! o ¡sólo la encarnación de Dios será el líder perfecto!, el Pastor capaz de re-unir a los dispersos. Él será un día nuestro Pastor, nuestro Líder. Cuidará a todos. No actuará con favoritismos o prejuicios: “Juzgará rectamente entre oveja y oveja, persona y persona”.

¡Jesús tiene que reinar!

Especial resonancia tiene en este día esta frase de Pablo: “¡Cristo tiene que reinar!”. Esta afirmación supone una concepción progresiva del reinado de Jesús, de su gobierno sobre este mundo.

Estamos en tiempos en que Jesús está reinando. Se fue al cielo, pero se ha quedado misteriosamente entre nosotros. El “rey invisible” no es el “rey ausente”. Aquí

está llevando adelante su misión secreta y poniendo a sus enemigos bajo sus pies. Estamos en tiempos del Reinado de Jesús, pero marcados por una lucha feroz. Las armas que Jesús utiliza nada tienen que ver con la violencia. Son las armas del amor, de la vida. Por eso, parece tan vulnerable y tan poco exitoso; Jesús está reinando desde los pobres, desde los últimos. Lo que se les haga a ellos, se le hace a Jesús. Jesús irá destruyendo a sus enemigos. El último será la muerte. Cuando haya vencido, entregará el Reino a su Abbá.

¡Reúne a todos y... juzga!

El bueno, bello y único Pastor es el Hijo del hombre. Así le gustaba llamarse a Jesús. Era el título de su tarjeta de visita. Bien sabía Jesús que el autor de esa imagen era el profeta Daniel. Después de hablar de imperios antiguos y de sus dirigentes, representados con imágenes monstruosas y bestiales, presentaba la llegada del reinado de Dios con una bella imagen humana, portadora de justicia y equidad. El Hijo del hombre es la imagen del poder alternativo a cualquier poder bestial. El Hijo del hombre trae al gobierno de la tierra la humanidad, el rostro humano. Y junto con ello, trae la justicia que los poderosos no son capaces de administrar rectamente.

El Hijo del hombre reúne a todos. Tiene el poder de unir a los dispersos, de hacer entrar en diálogo y comunión a los distanciados y enfrentados. Nadie queda fuera de su acción benéfica. Reúne a todos los pueblos de la tierra. El Hijo del hombre no elige unos pueblos en perjuicio de otros, sino “a todos”. De esta manera manifiesta que Dios no tiene acepción de personas, que to-

dos son sus hijas e hijos; que ama todas las obras de sus manos. Y también actúa así el Hijo del hombre, que es el Hijo de Dios.

El Hijo del hombre juzga entre oveja y oveja, entre individuo e individuo. La prepotencia de unos sobre otros no va a quedar impune; ni la injusticia, ni el desamor, ni el olvido... El Hijo del hombre se identifica con quienes sufren el hambre, la sed, la cárcel, la enfermedad, la marginación... En ellos está, y por eso juzgará como quien está personalmente implicado en la ofensa.

Esta perspectiva es tremenda. No hay que hacerse ilusiones. El rey es el vasallo. El líder es el último de la fila. Quiere la comunión a toda costa, pero nunca una comunión sin justicia. En su juicio definitivo se presenta como Aquel que se identifica con los hambrientos, los sedientos, los enfermos, los encarcelados. En ellos pedía, suplicaba, esperaba.

Llegado a la conclusión, mis sentimientos son de plenitud, de gozo, de agradecimiento. No conozco un camino espiritual más pedagógico, más sabio, más entusiasmante que el curso del Año Litúrgico, con todos sus tiempos y etapas.

Merece la pena entrar en esta escuela de espiritualidad, en este ejercicio semanal de la “*Lectio Divina*”.
La Palabra:

- Purifica: nos sirve de criterio para descubrir nuestro mal y el mal del mundo; tiene fuerza para fulminar el mal que tantas veces se adueña de nosotros. Nos hace recorrer con ella el camino de la purificación.
- Ilumina: es luz en nuestro sendero, lámpara para nuestros pasos. Con ella se ilumina la realidad, se comprende lo incomprensible, se hallan claves que nos hacen accesible lo inaccesible.
- Une: nos hace entrar en la comunión de la Alianza. Nos hace tender las relaciones de la Alianza, en primer lugar hacia nuestro Dios, la Santa Trinidad, hasta sentirnos bendecidos, habitados, movidos

por Ella. Nos hace tejer relaciones de fraternidad y sororidad con nuestros hermanos y hermanas. Y nos lleva a comprender nuestra comunión con la naturaleza y el universo, como espacio donde nos sentimos también identificados como criaturas de nuestro Dios.

Gracias a ti, hermano o hermana, que lees estos comentarios nacidos de la vida. Espero que el Espíritu te lleve donde él quiera y que estas páginas te sirvan de modesta compañía, que no le impidan a Él o Ella inspirarte en todo momento.

José Cristo Rey García Paredes, cmf
Fiesta de la Natividad de María, 8 de septiembre 2007

ÍNDICE LITÚRGICO

Prólogo

TIEMPO DE ADVIENTO

1 Adviento

¿Hay que esperar a Alguien?: Mt 24,37-44. 13

2 Adviento

Un bautismo de esperanza: Mt 3,1-12. 17

3 Adviento

El camino acertado: Mt 11,2-11. 21

4 Adviento

Cuidar la esperanza: Mt 1,18-24. 25

TIEMPO DE NAVIDAD

Natividad del Señor

El misterio del Nacimiento: Jn 1,1-18. 31

Sagrada Familia

Familia: espacio ecológico donde germina
la Vida: Mt 2,13-15.19-23. 35

Solemnidad de Santa María

El fantástico proceso de la maternidad:
Lc 2,16-21. 39

2 Después de Navidad

La Gloria que Jesús irradia: Jn 1,1-18. 43

Epifanía del Señor

La fiesta de la irradiación misionera: Mt 2,1-12. 47

Bautismo del Señor

La segunda epifanía prepara el Camino:
Mt 3,13-17 51

TIEMPO DE CUARESMA

1 Cuaresma

¡La tentación: poner a Dios a prueba!: Mt 4,1-11 . 57

2 Cuaresma

La vocación cristiana: visión y misión:
Mt 17,1-9 61

3 Cuaresma

El Agua que calma la sed: Jn 4,5-42. 67

4 Cuaresma

La Luz que ilumina la tierra: Jn 9,1-41. 71

5 Cuaresma

Cuando el Espíritu toca la carne: Jn 11,1-45 ... 75

Domingo de Ramos

La toma del templo: Juez de jueces:
Mt 16,14-27,66 79

TIEMPO DE PASCUA

Domingo de Resurrección

Ellos lo mataron. Dios lo resucitó.
Nosotros lo anunciamos: Jn 20,1-9 87

2 Pascua

¡Bienaventurados quienes sin ver creyeron!:
Jn 20,19-31 93

3 Pascua

¡Reconocer!: Lc 24,13-35 99

4 Pascua

Iconos vivos del Buen Pastor: Jn 10,1-10 103

5 Pascua	
Grano y Espiga: de la muerte a la Vida plural:	
Jn 14,1-12	107
6 Pascua	
Así se expande el Evangelio: ¡desde la confianza!:	
Jn 14,15-21	111
Ascensión del Señor	
Glorificación y Envío, Ausencia y Presencia:	
Mt 28,16-20.	117
Pentecostés	
No hay monopolio... ¡El Espíritu sobre toda carne!: Jn 20,19-23	121
 FIESTAS	
Santísima Trinidad	
Amor, Gracia y Comunión: Jn 3,16-18	129
Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo	
¡Pasma ante el Misterio Eucarístico!: Jn 6,51-58	133
 TIEMPO ORDINARIO	
2 Tiempo ordinario	
El testigo que muestra a Jesús: Jn 1,29-34	141
3 Tiempo ordinario	
La luz misionera: Mt 4,12-23	145
4 Tiempo ordinario	
La bienaventuranza de los pobres: Mt 5,1-12a.	149
5 Tiempo ordinario	
¡Que brille vuestra luz!: Mt 5,13-16	153
6 Tiempo ordinario	
“Pero yo os digo” o cómo vivir en Alianza:	
Mt 5,17-37	157
7 Tiempo ordinario	
“Pero yo os digo” o el arte de amar: Mt 5,38-48	161

8 Tiempo ordinario	Liberados para “lo esencial”: Mt 6,24-34.	165
9 Tiempo ordinario	Roca y arena: consistencia e inconsistencia de la fe: Mt 7,21-27.	169
10 Tiempo ordinario	Misericordia quiero...: Mt 9,9-13	173
11 Tiempo ordinario	Declaración de Alianza: Mt 9,36-10,8	177
12 Tiempo ordinario	¡No tengáis miedo!: Mt 10,26-33	181
13 Tiempo ordinario	¡En pie de misión!: Mt 10,37-42.	185
14 Tiempo ordinario	¿De dónde nos vendrá la solución?: Mt 11,25-30 .	189
15 Tiempo ordinario	Comprender lo incomprendible... ¿eso es la fe!: Mt 13,1-23	193
16 Tiempo ordinario	Cómo Dios gobierna: Mt 13,24-43	197
17 Tiempo ordinario	Tesoro y Red: Mt 13,44-52	201
18 Tiempo ordinario	Redescubrir la Alianza en la eucaristía: Mt 14,13-21.	205
19 Tiempo ordinario	La fascinante discreción de Dios: Mt 14,22-33 .	209
20 Tiempo ordinario	La pasión por el todo: Mt 15,21-28	213
21 Tiempo ordinario	Las claves secretas del Reino: Mt 16,13-20	217
22 Tiempo ordinario	¡Dejad espacio a la profecía!: Mt 16,21-27	221

23 Tiempo ordinario	
¡Escándalo! ¡El pecado más horrible!:	
Mt 18,15-20.	227
24 Tiempo ordinario	
¡Perdonar! ¿Sin condiciones?: Mt 18,21-35	231
25 Tiempo ordinario	
Invadidos por la gracia... ¡Oportunidades!:	
Mt 20,1-16	235
26 Tiempo ordinario	
¡Cuando el líder... es demasiado líder!:	
Mt 21,28-32.	239
27 Tiempo ordinario	
Derechos del Esposo: Mt 21,33-43	245
28 Tiempo ordinario	
¿Van a estar tristes los amigos del Novio?:	
Mt 22,1-14	249
29 Tiempo ordinario	
La política que santifica el nombre de Dios:	
Mt 22,15-21.	253
30 Tiempo ordinario	
El gran mandamiento: ¡amarás!: Mt 22,34-40 . .	257
31 Tiempo ordinario	
Cómo ejercer la autoridad: Mt 23,1-12	261
32 Tiempo ordinario	
El don de la Sabiduría: Mt 25,1-13	265
33 Tiempo ordinario	
¡Elogio de la fidelidad creadora!: Mt 25,14-30 . .	269
Solemnidad de Cristo Rey	
¡El líder soñado y su estilo alternativo!:	
Mt 25,31-46.	273

Conclusión

ÍNDICE BÍBLICO

Mateo		14,22-33	209
1,18-24	25	15,21-28	213
2,1-12	47	16,13-20	217
2,13-15.19-23	35	16,14-27,66	79
3,1-12	17	16,21-27	221
3,13-17	51	17,1-9	61
4,1-11	57	18,15-20	227
4,12-23	145	18,21-35	231
5,1-12a	149	20,1-16	235
5,13-16	153	21,28-32	239
5,17-37	157	21,33-43	245
5,38-48	161	22,1-14	249
6,24-34	165	22,15-21	253
7,21-27	169	22,34-40	257
9,36-10,8	177	23,1-12	261
9,9-13	173	24,37-44	13
10,26-33	181	25,1-13	265
10,37-42	185	25,14-30	269
11,2-11	21	25,31-46	273
11,25-30	189	28,16-20	117
13,1-23	193		
13,24-43	197	Lucas	
13,44-52	201	2,16-21	39
14,13-21	205	24,13-35	99

Juan		10,1-10	103
1,1-18	31	11,1-45	75
1,1-18	43	14,1-12	107
1,29-34	141	14,15-21	111
3,16-18	129	20,1-9	87
4,5-42	67	20,19-23	121
6,51-58	133	20,19-31	93
9,1-41	71		